

UACM

Universidad Autónoma
de la Ciudad de México

Nada humano me es ajeno

COLEGIO DE HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES

LICENCIATURA EN CREACIÓN LITERARIA

“Antes de caer”

TRABAJO RECEPCIONAL

PARA OBTENER EL TÍTULO DE LICENCIADO EN

CREACIÓN LITERARIA

PRESENTA:

Fernando David Márquez Reyes

Director del trabajo recepcional

Lic. Armando Alanís Canales

México, D.F. Noviembre, 2015.

SISTEMA BIBLIOTECARIO DE INFORMACIÓN Y DOCUMENTACIÓN



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LA CIUDAD DE MÉXICO COORDINACIÓN ACADÉMICA

RESTRICCIONES DE USO PARA LAS TESIS DIGITALES

DERECHOS RESERVADOS[©]

La presente obra y cada uno de sus elementos está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor; por la Ley de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, así como lo dispuesto por el Estatuto General Orgánico de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México; del mismo modo por lo establecido en el Acuerdo por el cual se aprueba la Norma mediante la que se Modifican, Adicionan y Derogan Diversas Disposiciones del Estatuto Orgánico de la Universidad de la Ciudad de México, aprobado por el Consejo de Gobierno el 29 de enero de 2002, con el objeto de definir las atribuciones de las diferentes unidades que forman la estructura de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México como organismo público autónomo y lo establecido en el Reglamento de Titulación de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

Por lo que el uso de su contenido, así como cada una de las partes que lo integran y que están bajo la tutela de la Ley Federal de Derecho de Autor, obliga a quien haga uso de la presente obra a considerar que solo lo realizará si es para fines educativos, académicos, de investigación o informativos y se compromete a citar esta fuente, así como a su autor ó autores. Por lo tanto, queda prohibida su reproducción total o parcial y cualquier uso diferente a los ya mencionados, los cuales serán reclamados por el titular de los derechos y sancionados conforme a la legislación aplicable.

Índice

Agradecimientos.....	3
Presentación	4
<i>Antes de caer</i>	5
Capítulo I.....	7
Capítulo II.....	19
Capítulo III.....	38
Capítulo IV	74
El encuentro.....	90
<i>Antes de caer</i> desde una mirada crítica	94
Algo así como un epílogo.....	95
Buscando un lugar en el tiempo y espacio	103
Precedentes de <i>Antes de caer</i> en la literatura mexicana	106
Libros y autores que influyeron directamente en <i>Antes de caer</i>	111
El tiempo	119
La memoria	128
En busca del tiempo perdido	130
Conclusiones.....	135
Bibliografía	137

AGRADECIMIENTOS

Este proyecto de titulación está dedicado a mis padres y hermanos. Gracias por la vida, por su amor y por respetar cada una mis decisiones, más todavía: por apoyarlas y hacerse cómplices de mis proyectos. Siempre estaremos juntos en lo que la vida nos depare.

Gracias a todos mis profesores y amigos. Algunos hace años que ya no están cerca de mí, la vida nos brindó caminos separados. Donde quiera que estén, sepan que un poquito de lo que me regalaron, de sus enseñanzas y amistad, está impreso en estas páginas. Entre todos ellos, necesito destacar a uno: Miguel Medina Arvizu. De no ser por ti, amigo, yo no estaría aquí viviendo todas estas cosas maravillosas. Gracias por ser parte de mi familia. Por estar siempre presente.

Por último, gracias al payaso Risitas, mi incondicional amigo, porque se ha hecho cargo de mi sustento: yo estudio, él trabaja, yo me divierto... y él también. Risitas me devuelve la fe en la vida, él sí cree en Dios, ¡ambos son buenos amigos! Risitas también me hace confiar en los seres humanos porque es capaz de hallar lo bueno que hay en cada persona. ¡No dejes de trabajar, amigo: ahora vamos por la maestría!

PRESENTACIÓN

Se ofrece este proyecto para obtener el grado de licenciado en Creación Literaria por la Universidad Autónoma de la Ciudad de México. Consta de dos partes: la novela inédita *Antes de caer* y un ensayo crítico.

La licenciatura de Creación Literaria fue concebida para dar bases sólidas a todos aquellos que deseen incursionar en el ámbito de la literatura desde una perspectiva creativa. El espectro de posibilidades que tienen los estudiantes de esta licenciatura es amplio: la dramaturgia, la novela y la poesía, por citar algunas. Quien esto escribe decidió fortalecerse en la rama de la narrativa. La novela en cuestión está compuesta por cuatro capítulos y tiene una extensión de ochenta cuartillas. Se escribió en su mayoría en los cuatro talleres de novela que ofrece la licenciatura y se terminó de escribir durante los últimos meses bajo la tutela del lic. Armando Alanís Canales.

La segunda parte de este trabajo consiste en un ensayo crítico que analizará los elementos narrativos más importantes dentro de esta novela —en especial el tiempo—, así como sus referentes literarios, las lecturas y autores que influyeron para escribirla. Este ensayo también tiene como finalidad comprobar que el desarrollo del estudiante en Creación Literaria no sólo se da en el ámbito de la creatividad, sino que existe la formación necesaria como investigador y crítico literario.

Antes de caer

Esta novela está dedicada a mi amigo Osvaldo.

*Pudo ser escritor, bombero o astronauta,
pero un 2 de abril se convirtió en un ángel y decidió volar.*

CAPITULO I

Las hienas

¡Tírenle a matar! —dijo Chester, el jefe de la banda de pandilleros que, frenéticos, corrían por las calles oscuras de la ciudad y continuó—: Ese hijo de la chingada ya valió madre. ¡Córranle, cabrones!, ¡que no se escape! Los jóvenes empuñaban, ansiosos, sus armas. El olor a sangre enardecía su instinto asesino. Los tenis, al correr, salpicaban el agua de lluvia regada por un torrencial aguacero caído por la tarde. La mayoría de la banda no rebasaba los quince años de edad, sin embargo, no era la primera vez que se unían en jauría detrás de una presa. Les gustaba sentir el temor ajeno; nada los satisfacía más que el rostro de un hombre arrodillado implorando por su vida; ver en los ojos del otro el terror de quien no puede hacer nada por defenderse. Después... mmm, después el dulce sabor de la sangre que salpica tras cada cuchillada. También vendrá el *blanco* que se confunde con el *rojo* después de que cada miembro de la banda pasa a dar el “tiro de gracia” en la cabeza de la desafortunada víctima.

Corrían veloces las jóvenes hienas; darle alcance a la gacela sería cosa de sólo unos momentos. Las hienas sonreían extasiadas; sus ojos destellaban; empujaban sus fuertes cuerpos hacia adelante, preparando las fauces para el encuentro. La gacela, por su parte, abría al máximo las pupilas y fosas nasales; las piernas le temblaban, pero no podía detenerse ni un segundo. Llevaba los sentidos totalmente

despiertos, buscando en el camino alguna leve esperanza para salvarse; todo esfuerzo sería inútil, en cualquier instante las fauces que se acercaban le arrancarían la vida.

**

Gustavo se levantó temprano para ir a clases, estaba nervioso. Una parte de él pensaba que ya no tenía por qué regresar a la escuela, que ya había perdido mucho tiempo, y lo mejor era ponerse a trabajar, pero él tenía un profundo deseo de superarse. La vida le daba una oportunidad y él no la desaprovecharía.

Luisa, su madre, le preparaba el desayuno. En tanto que la comida se calentaba en la vieja estufita, ella lo miraba orgullosa. Hace meses su hijo había estado preso, acusado de haber robado en un centro comercial. En ese momento Luisa no hubiera podido imaginar que él regresaría a la escuela y menos aún que conseguiría un empleo para ayudarle con los gastos de la casa. ¡Era un milagro! El más bello milagro, se decía para sí. Gustavo, ajeno a todos estos pensares, metía los cuadernos en su mochila nueva; en ella no sólo guardaba sus útiles escolares, sino también los sueños y la fe. Trataba de tararear alguna canción para disimular ante su madre su nerviosismo por este inesperado regreso a clases. La vida le sonreía otra vez.

**

—No mames, pinche Chester, dice el *Pecas* que el Gustavo se cogió a tu vieja
—dijo el *Ruelas*, un integrante de la banda.

—¿A cuál de todas, cabrón? —respondió Chester casi sin inmutarse.

—Pos a la Lupita, wey. ¿No que tú ibas a ser el primero en tronarle su ejotito? ¡Ja, ja, ja, te comieron el mandado, pinche Chester! —se rió sarcástico el Ruelas.

—¡Chinga tu madre, wey! —vociferó Chester y continuó—. Vamos a ver a esa perrita, y si es cierto, no sólo le rompo su madre a esa culera, sino que a ese pendejo lo mato.

Para Chester la vida era así, fácil, un balazo en la cabeza y quedaba solucionado el problema. Ésa era la máxima ley, aquélla de la que no te podías escapar, certera y pronta; después no había más que silencio.

Sus recuerdos lo llevaron a los días de infancia. No fueron pocas las ocasiones en que él miró a su padre golpear, por cualquier motivo, a otros hombres en la calle; era un prepotente y altanero. Llegaba con frecuencia ebrio a la casa y pateaba salvajemente hasta el cansancio a la madre de Chester:

—Para que la culera sepa quién es el hombre de la casa —decía, mientras Chester se escondía detrás de las cortinas.

Muchas veces su propio padre lo indujo a pelearse con otros niños, incluso algunos más grandes que él. “Vaya haciéndose hombre, m’ijo”, le decía mientras se recargaba en la pared para mirar la pelea. “Y si no le partes bien su madre, te la parto yo a ti, para que se te quite lo pendejo”, sentenciaba su padre y no bromeaba, nunca lo hizo. Chester no perdió ninguna pelea, no tenía otra opción.

Tal vez el recuerdo que dejó una cicatriz profunda en la niñez de Chester fue aquella tarde que regresó del mercado y encontró a su cachorrito, Lucas, jugando dentro de la casa; un mal presentimiento lo abordó. Hacía tiempo su padre había pateado hasta cansarse al pobre animalito por haber ensuciado la sala: “Si ese perro se vuelve a cagar en mi casa no lo voy a patear, ¡lo mato!; y ya sabes que yo no amenazo, cabrón, ¡te lo cumplo!”, dijo aquel hombre, mientras Chester temblaba asustado. Por eso temía mucho que el perrito entrara a la casa e hiciera desperfectos. Corrió rápido para revisar que todo estuviera bien. Halló unos calcetines tirados y un zapato fuera de su cajón. Hasta ahí no había nada raro. Un escalofrío le bañó el cuerpo cuando vio excremento debajo de la mesa.

—No, pinche Lucas, te dije que adentro de la casa no te hicieras del baño, ¿por qué me desobedeciste? —dijo Chester sintiendo mucho temor de que su papá llegara en ese momento.

Se apresuró a limpiar, con cepillo y trapos viejos, aquella mancha del suelo. El perrito ajeno a todo esto, mordisqueaba, juguetón, el zapato del Chester. Había traído una pelotita y se la ofrecía para que juntos jugaran.

—Diosito, haz que se limpie rápido esta cosa, por favor —imploraba Chester.

Pero de poco le sirvió su ruego, el cerrojo de la puerta que daba a la calle se abrió; Chester deseó con todas sus fuerzas que no fuera su padre. En efecto, el hombre se paró en el quicio de la puerta y gritó:

—¿Se puede saber qué jijos de la chingada estás haciendo allí, tirado en el suelo, chamaco cabrón? —El olor de las heces fecales inundaba la casa, miró los

trapos y volvió a inquirir a Chester—: ¿Se vino a cagar otra vez tu pinche perro en la casa, verdad, hijo de la chingada? ¿Qué fue lo que te dije que le iba a pasar si lo volvía a hacer? ¡Yo no me ando con mamadas, cabrón! ¡Ven para acá, pinche perro! —dijo gritando, a la vez que levantaba en vilo al pobre cachorrito, sujetándolo fuertemente de las patas traseras. Lucas aulló dolorosamente; sus alaridos se tatuaban en los oídos de Chester. El niño no lograba entender lo que veía: su mejor y único amigo estaba sufriendo y él no podía hacer nada para ayudarlo.

Aquel hombre colgó de una viga a medio patio al cachorrito, lo había atado fuertemente por las patas sin que éste dejara de aullar. Chester se había escondido detrás del lavadero como a diez metros de Lucas; nuevamente elevó sus ruegos a Dios, pidió con todas sus fuerzas tener súper poderes como en las caricaturas para tomar a su amigo entre sus brazos e irse lejos de allí, a donde nunca más volvieran a sufrir. Pero aquel Dios se comportó como siempre: ciego, mudo y sordo. Su padre regresó, rápidamente, con un grueso leño entre las manos. Las piernas del niño se doblaban, tenía que sujetarse del lavadero para no caer; lloraba mucho, pero en total silencio. Deseaba lanzarse a las piernas de su padre e implorarle que por favor no lastimara a su amigo, pero sabía que ante la voluntad de ese hombre nada, ni el mismo Dios, podía oponerse. El salvaje aquél movió el cuerpo del cachorrito con la misma tranca, sin que el animal dejara de lanzar lastimosos aullidos. Sujetó hábilmente el trozo de madera y tiró los brazos tan atrás de sí como pudo. En ese preciso momento los ojos de Lucas y el Chester se encontraron; el dolor del uno y la impotencia del otro. Un breve momento que sirvió de despedida. Chester recordó esas tardes pateando y correteando una lata por las calles, bañados en sol, ambos

con el estómago vacío pero felices. Cuando el calor era insoportable, el niño buscaba la sombra de algún árbol para recostarse y Lucas se acomodaba junto a él. Al poco tiempo dormitaban, cada cual en sus sueños pero juntos, como dos amigos.

El mazo dio un golpe seco y contundente; el perro emitió un último y estremecedor quejido, un lamento que se convirtió en un eco que perseguiría a Chester durante toda su vida. El dolor había terminado, Lucas era un péndulo bañado en sangre, con los ojos abiertos y el hocico crispado; Chester no dijo nada, jamás habló de esto con nadie; pensaba que si lo hacía era como matar a su amigo otra vez. En su vida delictiva Chester nunca titubeó en acuchillar a otro ser humano, pero nunca dañó a ningún cachorrito: en los ojos de ellos creía mirar a Lucas, su amigo.

**

—Pos yo vi a la Lupita en el mercado; vamos de una vez pa' que te enteres cómo estuvo todo, wey —dijo Ruelas, apartando a Chester de sus recuerdos.

Chester se había imaginado que quizá la jovencita algún día sería su novia. Hasta ahora ninguna chica se le había negado. Ya sea por el prestigio de ser la novia del líder de la banda o por la descarada presión a la que las sometía, pero todas aceptaban ser sus novias.

—Ya rugiste, cabrón, ese pinche putito del Gustavo ya valió madre — respondió el líder de la banda sin titubear. La suerte de Gustavo estaba decidida.

**

Lupita apagó el despertador, pero aún permaneció un poco más de tiempo en la cama; el día de hoy iba a ser muy pesado. Recordó que Gustavo pasaría por ella en la noche y sonrió. Ansiaba acariciarle el cabello mientras miraba sus ojos cafés. Al levantarse estiró todo su delgado cuerpo. Era una chica muy bella, pero su principal encanto era su sencillez. Desde niña entendió que en la vida las cosas no eran fáciles, que todo tenía un precio. Jugó el papel de madre con sus hermanos pequeños. Su madre trabajaba todo el día para poder pagar los gastos y aún así las carencias en la casa eran muchas. Ella nunca se quejaba, hacía uso de las cosas que tenía a la mano y jamás ambicionó más de lo que con su esfuerzo lograba obtener. Si podía estrenar unos zapatos se sentía muy contenta, pero siempre prefería que fueran sus hermanos a los que no les faltara nada, sobre todo, los útiles de la escuela: “Serán unos buenos hombres si estudian”, se repetía constantemente.

Frecuentemente decía que el amor no estaba en sus planes, y aunque nunca le faltaban pretendientes, ella jamás le dio pie a ninguno, mucho menos al patán de Chester, que la acosaba cada vez que la encontraba a su paso. Tal vez por eso se fijó en Gustavo, porque él nunca le prestó mayor atención, apenas la saludaba al pasar; ella entendía que no era una grosería de su parte, correspondía más bien a la actitud despistada de ese muchacho. Sin que lo deseara entró de lleno en su vida, tanto que no supo el momento en el que ya estaba profundamente enamorada de él. Sólo a Gustavo le dio todo de sí, su amor y confianza. Pero ya era hora de ir al trabajo, es más, se había hecho tarde y su ajetreada vida no le permitía retrasos.

**

Ese día para Gustavo no fue nada habitual. El trayecto a la escuela no resultó tan sencillo: titubeó todo el camino; lo único que deseaba era dar vuelta a casa y hundirse entre las cobijas. Afortunadamente no le hizo caso a ese diablillo de la duda y, por la tarde, después de clases, ya caminaba al lado de algunos de sus nuevos compañeros. Hacían bromas y jugueteaban como si se conocieran de años atrás. Cuando se despidió de ellos sonreía y pensaba que llegando a casa le platicaría su mamá de todo esto: de los nuevos amigos, de sus profesores, de las tareas, de Lupita, ¿por qué había sido tan necio en no buscar todas estas cosas antes? Los horizontes que se presentaban ante él eran verdaderamente prometedores.

Pasó toda la tarde en la tienda donde trabajaba, por la noche tenía una cita con Lupita; pensar en ella lo hacía sonreír.

**

—¡Suéltame! ¿Qué te crees? ¡No eres nada mío! —le gritaba Lupita a Chester mientras éste la sujetaba fuerte del brazo y continuó—: ¡En ningún momento te di razones para te creyeras algo de mí! ¡Traté de ser amable para ver si así dejabas de molestarme, pero ni siquiera me considero tu amiga!

—¡Mira, culera, conmigo nadie juega! —gritaba colérico Chester—. ¡Tú me dijiste que podía venir de vez en cuando a saludarte! ¡Hasta te traje unas rosas!

—Te dije que no tenía problema en saludarnos, sólo eso. Yo no te pedí nada, en cuanto te fuiste las tiré a la basura. No deseo nada de ti; te repito, ni siquiera ser tu amiga.

—Y todo por el culero de Gustavo, ¿verdad?

—No, no es por él; es sencillamente porque me das asco —dijo Lupita con un valor que la sorprendió a sí misma—, ¿entiendes? ¡Me das asco!

Esas palabras tocaron muy profundo a Chester y le trajeron un recuerdo doloroso. Recordó a su padre, quien después de golpear a su madre, la tiró al suelo, la escupió y le dijo:

—Yo puedo andar con cuanta pinche vieja se me antoje. ¡Tú ya estás *guanga* y me das asco!

Ahora, con Lupita, Chester sintió tanta rabia que dejó caer un fuerte golpe con el puño cerrado sobre el rostro de la muchacha, arrojándola contra el piso.

—¡Pues dile a ese culero que se cuide, porque en donde lo encuentre lo mato! ¡A mí nadie me arrebatada nada!

Lupita sintió miedo, sabía que ninguna amenaza de Chester quedaba sin cumplir.

**

Ajeno a todo lo que pasaba, Gustavo salió de la tienda por la noche. Aunque la faena había sido pesada se sentía satisfecho de sus pequeños, pero grandes logros. Caminaba rumbo a la casa de Lupita cuando Óscar, su mejor amigo, lo sujetó fuerte del brazo.

—¡Cabrón, pélate!, pero en putiza, porque el pinche Chester te anda buscando y anda con diez cabrones. ¡Dice que te va reventar la madre porque andas con la Lupita! —dijo acelerado Óscar, sus palabras eran entrecortadas por la agitación y apenas se podían entender.

—¡Pues, si quiere pedos, a mí me la pela ese puto! —respondió Gustavo.

—¡No mames, wey! Te digo que no viene solo, esos culeros cuando menos traen puñales, si no es que hasta fusca. ¡Pélate, carnalito!

Apenas había dicho esto Óscar cuando se oyó un grito a lo lejos:

—¡Allí está el puto de Gustavo!

Eran Chester y su banda. Al ver a Gustavo corrieron hacia él. La intención de ellos era clara. Así que sin pensarlo Gustavo echó a correr tan rápido como pudo. Óscar trató de seguirlo, pero un rocazo certero en la cabeza, por parte de uno de los amigos de Chester, lo hizo caer inconsciente al suelo.

Por varias calles, Gustavo corrió sin siquiera voltear. Tenía las piernas entumecidas. Sus pulmones no hallaban la manera de obtener más oxígeno. Sabía que si lograban alcanzarlo lo matarían sin reparo alguno; en ese caso lo mejor que podía pasarle es que la muerte fuera rápida. Deseaba enormemente estar en su casa platicando con su mamá, viendo televisión, abrazando a Lupita, cualquier cosa, menos estar viviendo esta pesadilla.

Las veloces zancadas los ponían más cerca de su presa, el cordero se podía oler. El desenfrenado galope era acompañado de risas, carcajadas, mentadas de madre y promesas del sufrimiento que le esperaba cuando lo llegaran a alcanzar.

Gustavo cruzó la avenida rápidamente sin fijarse en los automóviles.

—Si llego a la unidad habitacional será fácil perderme entre los pasillos y estaré salvado—pensó, pero para ello aún faltaban varias calles.

Ese preciso día el Chester había cambiado varias tachas de cocaína por una pistola automática. Era una magnum 7 mm, poderosa. Un pandillerito local la había robado a unos policías federales en una casa de citas mientras estos se divertían con las nenas del lugar. Fue arriesgado, pero el juguete valía la pena.

Gustavo giró en la esquina de la calle Dibujantes. Llevaba rato que al voltear no alcanzaba a ver a ninguno de sus perseguidores. “Me les *pelé*, putos, ja, ja, ja”, se dijo para sí y continuó pensando: “Mañana veré qué hago, tal vez me desaparezca un rato, no lo sé, lo importante es librarla ahorita”. Dio unos cuantos pasos y cuando volteó, el horror le recorrió todo el cuerpo al ver al Chester y sus amigos salir de manera intempestiva por una de las calles, estaban a sólo unos metros de él. Los chicos de la banda lanzaron un inenarrable sonido gutural, tribal, asesino.

Chester se llevó una mano a la cintura, comprobando que tenía allí la pistola, la sacó del cinturón y la empuñó fuertemente sin dejar de correr; una sonrisa apareció en su rostro. Mientras miraba correr a Gustavo pensó: “¿Quién diría que este pinche putito sería el primero en probar mi pistola? Ja, ja, ja ¡Chingaste a tu madre, culero!”. Sin pensarlo más detuvo su carrera, sujetó el arma firmemente con ambas manos,

plantó bien los pies en el suelo flexionando las piernas (tal y como lo había visto en los programas de televisión) para tener una buena base de apoyo. Apuntó a la espalda de Gustavo y gritó:

—¡Párate, que ya te cargó la verga!— sentenció Chester.

La bala salió del arma tras una estruendosa detonación, los mismos compañeros del Chester se detuvieron sorprendidos. El proyectil, ciego, mudo y sin voluntad, cumplió su trayectoria. Fiel a su oficio destructor, surcó el aire, tocó con su lasciva caricia la espalda de Gustavo, perforándole instantáneamente la piel; destruyendo a su paso tejidos, vértebras y el alma misma.

Gustavo escuchó la detonación como si fuera una verdad lejana, un murmullo de muerte ajeno a él. Sin embargo, sintió el golpe de la bala, el calor, el miedo y aun así se negó a creerlo; las piernas perdían rápidamente las fuerzas y se negó a admitirlo; se volvía un hilacho aún en vertical y se negó a aceptarlo. La luna llena se reflejaba en un charco de agua en el cual Gustavo también vio reflejado su rostro mientras caía. Sólo en ese momento pudo aceptar que la bala había entrado en su cuerpo; que la vida se le iba rápidamente, se le escaba en un suspiro.

El breve instante que tardaría Gustavo en caer sin vida al suelo pudo parecer efímero, quizás de apenas un par de segundos; sin embargo, en aquel lugar sucedió algo difícil de explicar. Fue como si el tiempo, en una actitud humana y noble, detuviera su paso para darle a Gustavo una última oportunidad: contemplar su vida en retrospectiva antes del trágico e inevitable momento de estrellarse, muerto, contra el duro pavimento.

CAPITULO II

Jacobo

Gustavo era un muñeco que se deshilvanaba cada vez más rápido conforme su cuerpo caía. Sus ojos perdidos buscaban en la noche un claro de dónde asirse, una esperanza, algo que le dijera que todo era una mentira, una macabra broma de Dios. Escuchó un susurro lejano: era la respuesta a su búsqueda, oyó la voz de Jacobo, su hermano:

—Gus, carnalito, ¿qué te pasa?

Gustavo abrió los ojos y frente a él se encontraba su hermano Jacobo. Se sorprendió mucho y sintió alivio, despertaba de una pesadilla.

—No lo sé, tuve un sueño muy feo. ¿Qué hora es?

—Pues ya es tarde. Ya son las ocho; mamá dijo que fuéramos por ella a su trabajo a las seis. Nos va a regañar.

Gustavo no entendía lo que pasaba; se sentía ansioso. Trataba de recordar algo, pero no sabía qué; era de verdad importante; sin embargo, no conseguía acordarse. De momento, lo único que le interesaba era correr a alcanzar a su mamá a la fábrica en donde ella trabajaba, algo se le ocurriría en el camino para excusarse. Cuando se puso de pie rechinaron todos los resortes del colchón; era un colchón viejo que alguna vecina les había regalado, viejo y regalado como casi todo lo que

había en esa casa. Se miró en un pedacito de espejo que estaba sobre la cómoda de su madre. “¡Qué extraño!”, pensó y tocó con ambas manos su rostro, una faz conocida y a la vez tan distante, ajena, impropia, y aun así no notaba nada raro en él. Trató de peinar su cabello indomable pero, sin importar qué hiciera, siempre terminaba por esponjarse. Así que sólo le dio dos pasadas con el cepillo y se puso los zapatos (los únicos que tenía). Tomó a Jacobo de la mano y salieron los dos apresurados. Jacobo caminaba tan rápido como le era posible, con la mano derecha se esforzaba por sujetar ora su pantalón al cual había olvidado ponerle el cinto, ora la boina que amenazaba con salir volando por el viento frío de la noche. Nadie supo nunca dónde la había conseguido, pero desde hace mucho tiempo ya era parte de él, ni para dormir se la quitaba; cuando su madre lo bañaba procuraba poner su boina en un lugar en donde él la pudiera observar, era como si Jacobo y la boina hubieran nacido juntos.

Apenas habían caminado algunas calles cuando oyeron la voz de su madre:

—¡Chamacos pingos! ¿Se puede saber por qué no fueron por mí a la fábrica? Necesitaba que me ayudaran a traer las camisas que debo coser en la casa.

Luisa no pasaba de los treinta años, pero lucía de mayor edad, tal vez porque ser madre de dos niños sin ningún apoyo no era nada fácil.

—Mamá, espera, fíjate que... —empezaba a excusarse Gustavo cuando su madre lo detuvo.

—Me tenían preocupada. ¡No vuelvan a hacer eso! Debes de cuidar ti y de tu hermanito —dijo mirando fijamente, pero sin enojo, a Gustavo, y continuó—.Sabes

que no puedo estar todo el tiempo con ustedes; si no trabajo, no comemos. Apúrenle, vamos a ver si todavía alcanzamos la tienda abierta.

Luisa hablaba y los niños sólo asentían con la cabeza. Gustavo sujetaba a su hermano por el brazo y éste no dejaba de subirse el pantalón y asir la boina. Veinte minutos más tarde los tres cenaban en tanto su madre trataba de ajustar la antena del televisor. A esa hora era común ver un programa de noticias, pero una raya se paseaba intermitente por la pantalla y Luisa se desesperó. También la televisión era vieja, blanco y negro y de bulbos. Jacobo no dejaba de jugar con un soldadito de plástico que había hallado en el trajinado trayecto a casa. Gustavo los miraba a ambos sorprendido, él mismo no se explicaba su asombro, era como si tuviera que darles una mala noticia, o una buena, no lo sabía. Era, sin lugar a dudas, un mensaje importante pero que ya había olvidado. Pensaba y pensaba, pero nada que le hiciera recordar aquello tan valioso le llegaba a la cabeza. Hundió su pedazo de pan en la sopa de fideos. Luisa le dio un certero golpe al televisor y la molesta raya desapareció. Sonrió satisfecha. “Pum, pam, pam, pam, pam”, decía Jacobo mientras jugaba. Su madre lo animó a que terminara su cena, ya era hora de dormir. Luisa acostó a los niños en la cama que ambos compartían y los cobijó; las mantas estaban rotas, así que dormían con suéter.

—Mamá, en la mañana dijiste que antes de dormir nos contarías un cuento — dijo Jacobo a la vez que guardó su soldadito, se recostó, pero antes se acomodó muy bien su boina. Deseaba escuchar aquel cuento prometido. Gustavo no recordaba la promesa de su madre, pero también anhelaba oír el relato, así que, hartado de contento, subió la cobija para que le cubriera hasta el cuello y esperó.

Luisa sonrió y empezó a narrarles muy bajito la historia:

—Era una vez dos niños hermosos que vivían en un lejano y muy grande castillo... —¡Ese cuento ya nos lo contaste, mamá! —replicó Jacobo.

—Ah, perdón —corrigió Luisa y recommenzó la historia—. Era una vez dos niños hermosos que viajaban en una nave muy grande...

Jacobo y Gustavo sonrieron. La historia era nueva y se oía muy prometedora. La dulce voz de Luisa los fue meciendo hasta que poco a poco se quedaron dormidos. El primero fue Jacobo quien, aun dormido, no dejaba de sujetar su gastada gorra. Gustavo todavía estaba despierto cuando Luisa se levantó del lado de la cama en donde estaba sentada, con mucho cuidado para que los resortes no despertaran a los niños. Los besó a ambos. Para Gustavo ese beso fue muy especial sin saber por qué. Cerró los ojos como deseando guardar para siempre aquella caricia.

A esta hora de la noche, Luisa se apuraba con algunas labores de la casa, también dejaba listos el desayuno, la comida y, principalmente, pasaba dos o tres horas frente a su máquina de coser, maquilando los puños de varias docenas de camisas, con lo cual se procuraba unos pesos extra para poder pagar la renta. Era un trabajo mecánico que Luisa realizaba a pesar de tener mucho sueño y cansancio. Sentía mucho ardor en los ojos y aun así no debía equivocarse: un error en la costura le representaba pérdidas económicas que no podía permitirse.

Para los niños, el incesante traqueteo del pedal y la aguja de esa máquina de coser se asemejaban a una canción de cuna. Les daba seguridad, significaba que su madre estaba allí, en el otro cuarto, velando sus sueños.

Al dormir, Gustavo sintió como si un viento tibio lo llevara por los aires hasta las nubes. Tocó la luna llena cubierto de alas de ángeles. Nunca, ningún sueño había sido igual de hermoso.

La mañana del sábado llegó y con ella la tranquilidad para Gustavo. Aquella extraña zozobra que sentía un día antes había desaparecido. Aun así, los objetos cotidianos le seguían pareciendo ajenos, nuevos para él; pero apenas ponía las manos en ellos cobraban sentido y misteriosamente sabía cómo emplearlos; ya fuera la gastada cafetera o la licuadora, era raro todo eso, pero no había mucho tiempo para pensarlo, así que Gustavo y Jacobo pusieron empeño en sus labores de la casa. El sol hacía rato que había inundado el cuartito en donde vivían, Jacobo sabía que era hora de salir a regar las plantas. Se acomodó la boina con su ritual acostumbrado, en ello era muy meticuloso. Se miraba de frente y de perfil en el pedacito de espejo para comprobar que, efectivamente, la gorra estuviera en su justo lugar; ese ritual consistía en movimientos lentos y precisos. De pronto la boina quedó inmejorable. Esbozó una suave sonrisa, satisfecho. Amarró fuertemente sus remendadas botitas —desde que había aprendido a hacerlo por él mismo, no permitía que nadie le ayudara—. Esta vez no olvidaría ponerse el cinto, así que lo ajustó a su pantalón de pana café y una vez que todo estuvo en orden recogió la regadora de mano y salió al patio.

Tarareaba alguna canción de juegos infantiles mientras dejaba caer un generoso chorro de agua en las flores. Gracias a los cuidados de Jacobo, el jardín tenía un verde envidiable; las rosas, los girasoles y los claveles abiertos lucían bonitos y saludables. Este pequeño oasis tan admirado por todas las vecinas pasaba inadvertido para el propio Jacobo; jamás fue su intención mantenerlo así de hermoso, él simplemente hacía lo que su mamá le había pedido: “Riegas las plantas un día sí y otro no, antes de las ocho, para que el sol no les queme las hojas. Los restos de la comida sirven de abono...”. Él no tomaba ningún apunte, escuchaba y asentía; sin embargo, todo ya estaba grabado y lo hacía en tiempo preciso.

Gustavo lo miró por la ventana y le arrojó la cáscara de un limón; apurado y contento se resguardó detrás de la pared. Cuando volteó a ver la cara de enfado de Jacobo, éste ya no estaba. Asomó un poco más la cabeza y de pronto sintió el agua fría en la espalda. Jacobo se había metido, quién sabe por dónde, a la casa y se estaba vengando. Ambos estallaron en carcajadas y regresaron a sus labores.

Cuando la casa quedó limpiecita, Gustavo, con confiada destreza, puso la sartén en la estufa y calentó lo que su mamá les había dejado para desayunar. Jacobo lo esperaba en la mesa, jugaba con su soldadito. Comieron en silencio, cada uno enredado en sus propios pensamientos. Su madre les había dejado un poco de leche y una concha de chocolate que ambos debían compartir; eso no era extraño para ellos y tampoco les molestaba.

—¿Falta mucho para que vayamos al parque? —preguntó Jacobo sin dejar de jugar con su soldado—. Ya quiero jugar con la bici que nos regaló el tío Beto.

Gustavo no respondió nada, levantó los platos y los dejó en el fregadero que estaba junto a la estufa. Los talló con mucho cuidado. Antes de eso puso su cassette favorito en el tocacintas del cuarto de su madre. Este aparato era una de las pocas cosas que habían adquirido nuevecitas, saliditas del almacén. Se lo habían comprado a un vendedor en abonos que insistió e insistió hasta que su madre aceptó comprarlo. Lo hizo más por compasión ante aquel pobre hombre, quien en realidad resultó ser un agiotista que les hizo pagar más del doble del valor del aparato. Cada retraso en el pago de un abono implicaba la correspondiente “sanción de intereses acumulados”. En una ocasión, el “pobre hombre” llegó acompañado de otros dos sujetos para amedrentar a Luisa por el retraso de tres pagos. Fue un calvario ese tocacintas, pero un buen día, Luisa recibió la factura del aparato cuando dio su último —y tan anhelado— pago. ¡Era completamente suyo! Cada uno en la familia tenía su cassette favorito. Se habían organizado de tal manera que a cada quien le correspondían dos días a la semana para escucharlo. Hoy era sábado, día de Gustavo. Los domingos eran de Iglesia, así que no se escuchaba tocacintas. Las noches, invariablemente, le tocaban a su madre, así lo decidieron todos, sin siquiera platicarlo, simple y sencillamente así se dio.

Las notas del tocacintas acariciaban cada uno de los rincones de la casa, inundaban los oídos y corazones de los dos hermanos:

“Súbete a mi moto,
nunca has conocido
un amor tan veloz”.

Gustavo escuchaba esa canción y se imaginaba volando en una de esas motos tan bonitas que salían en la tele.

—Mamá dijo que podíamos ir al parque y llevar la bici, pero hasta la tarde. Antes debemos pasar a dejar con doña Carmen las camisas que cosió ayer.

Jacobo siguió jugando. De pronto caminó al espejito y miró si su gorra estaba bien acomodada. Frunció el cejo y buscó darle un mejor perfil. Después de un rato de intentarlo no quedaba contento con ninguno. Fastidiado se encaminó a secar los platos. Ambos hermanos sabían sus labores y ninguno de ellos titubeaba en hacerlas. Su madre les había repetido en muchas ocasiones que ésa era la única manera de salir adelante como familia, ayudándose unos a otros. Los niños asentían, su madre siempre tenía la razón.

Cuando dieron las tres de la tarde, Gustavo tomó una de las bolsas de camisas y le avisó a Jacobo que era hora de irlos a dejar. Su hermanito brincó de alegría, porque él sería el encargado de llevar la bolsa de camisas en la canastita de la bicicleta, la sonrisa que tenía dibujada en el rostro era inigualable.

La bicicleta era un regalo de un vecino que siempre estaba al tanto de Luisa y de sus hijos; ellos cariñosamente lo llamaban tío Beto. Era muy bonita, prácticamente nueva; el marco era rojo y con calcomanías por todas partes. Los rayos de las llantas estaban adornados con bolitas de colores que se volvían un aro blanco cuando giraban. Lo que más les gustaba de ella era, sin duda alguna, el cesto que llevaba al frente y en donde podían llevar las cosas del mandado y sus juguetes; también los

tenía fascinados la campanita que estaba sujeta al manubrio, repiqueteaba muy fuerte, la hacían sonar a cada momento.

Jacobo corrió rápidamente al patio, deseaba ganar el privilegio de llevar él la bolsa en la bicicleta. No había necesidad de ello, ya lo habían platicado y acordado: Jacobo conduciría en el trayecto, entregarían las camisas donde siempre lo hacían y de allí al parque. Gustavo le repitió a su hermano las instrucciones:

—No puedes bajarte de la banqueta por ningún motivo; al llegar a la esquina debes esperar a que yo llegue para que juntos crucemos la calle; si por algún motivo nos separamos debes detenerte y esperar a que yo vaya a buscarte —Jacobó apenas si escuchó lo que le decía; estaba impaciente por empezar la aventura.

Los sábados a esa hora, la ciudad estaba libre de tráfico, al menos en la parte en la que ellos vivían. La mayoría de los comercios empezaba a cerrar sus cortinas metálicas. Algunas familias salían con sus mejores ropas de fiesta. La tarde era fresca, soplaba un viento frío, un puño de nubes empezaba a juntarse y oscurecer el cielo. Los días anteriores había llovido muy fuerte por la tarde. Pero todo esto les era ajeno a los niños. Jacobo conducía feliz su bicicleta. Nunca una sonrisa desdentada había sido tan hermosa. Sonaba la campana a cada rato. Se sentía feliz. Gustavo lo seguía tan rápido como podía.

—Ya te dije que me esperes en la esquina. No seas necio. Mira que te puedes perder.

Jacobo no escuchaba, venía contentísimo repiqueteando su campana, “Rum, rum”, decía, mientras el timbrecito resonaba en el aire.

Gustavo vio que sus agujetas estaban desatadas y se inclinó a amarrarlas. Estaba justo frente a una tienda de artículos para el hogar en donde había visto una olla de presión que deseaba comprar para su mamá. “No ha subido de precio”, pensó y sintió alivio. Desde hacía más de tres meses ahorraba para comprarla. Calculó que podría juntar más rápido ese dinero si se ofrecía para hacer algunos mandados a sus vecinas después de la escuela: “Doña Carmen paga muy bien para que uno vaya al mercado por la comida de sus perritos”, pensó. Tan distraído estaba en sus pensamientos que se olvidó de su hermanito. Volteó apresurado a buscarlo, pero ya no estaba. Corrió tan rápido como pudo para ver si estaba al dar la vuelta a la esquina. Nada, no se le veía por ningún lado. Se angustió y le llamó gritando:

—Jacobito, ¿en dónde estás?

Cuando Gustavo se había distraído, Jacobo creyó ver a su tío Beto del otro lado de la esquina, así que sin fijarse mucho, cruzó la calle para intentar saludarlo. Aceleró la bicicleta e hizo sonar la campanita.

—¡Tío, tío, espéreme! —dijo y se metió en la vecindad en donde había entrado aquella persona. Reclinó la bicicleta en alguna pared y, sin voltear a ver, dijo muy contento:

—La bici corre muy rápido, y la campanita... —no terminó de decir esto cuando volteó el hombre. No era su tío. Jacobo lo observó sorprendido y salió rápido de esa vieja casita. Miró para todas partes y por ningún lado se veía a Gustavo. Angustiado gritaba:

—Gustavo, Gustavo, ¿dónde estás?—. Por más que se esforzó, no lograba reconocer el lugar en donde estaba; su hermano había trazado una nueva ruta para llevar las camisas, precisamente pensando en que Jacobo pudiera andar seguro con la bicicleta. —¡Carnalito! ¡Mamá! —gritó llorando Jacobo. Volteaba desesperado buscando de un lado a otro. En el pecho sentía un dolor que jamás antes había experimentado. Atravesó la calle pensando que tal vez del otro lado pudiera ver con mejor facilidad por donde debía regresar. Se echó a andar en la bicicleta y dio vuelta la esquina. Su llanto apenas le permitía ver por dónde iba. El cielo se había oscurecido, una tormenta anunciaba su llegada.

Gustavo, por su parte, había corrido dos cuadras adelante, Miraba para todos lados y gritaba llamando a su hermano. No sabía qué más hacer. Jacobo no podía haber ido tan lejos, pensó, así que decidió regresar. Las piernas le temblaban, deseaba que su mamá estuviera allí para ayudarlo. Anhelaba, también, no ser él el hermano mayor. Se sentía débil, desprotegido y solo, el ser humano más solo en la Tierra. Un enorme trueno estalló en el aire y erizó la piel de ambos hermanos. Unas cuantas gotas fueron el anuncio de la lluvia. La gente corrió a resguardarse. Jacobo y Gustavo, cada uno por su parte, se sentían más preocupados con cada minuto que transcurría.

**

Luisa salió de su trabajo, como todos los sábados, a las cuatro de la tarde. “Los niños ya habrán pasado a dejar las camisas”, pensó y caminó apurada para evitar la lluvia y cobrar a buena hora lo de la maquila. “Ojalá no hayan ido esos chamacos al

parque”. Aunque le habían pedido permiso y ella había accedido, la tormenta que se avecinaba prometía ser muy dura.

—No, manita, tus hijos no han venido por aquí. Los estuve esperando, ya que siempre son bien responsables esos chamaquitos —dijo la señora que le daba el encargo de las camisas. Luisa tuvo un leve mareo, un dolor en el estómago; los niños jamás se habían retrasado en hacer ningún encargo. “Algo malo debió sucederles”, se dijo y sintió que el aire no llegaba a sus pulmones. No pudo siquiera despedirse y salió corriendo. La lluvia ya había empezado a caer. El corazón de Luisa latía rápidamente; deseaba llegar lo más pronto posible a su casa. Cuando llegó a la vecindad en donde vivía encontró la casita vacía. La zozobra era insoportable. Tocó la puerta de una de sus vecinas:

—¡Uy, sí! Salieron desde hace ratote —dijo la señora—. El más chiquillo de tus hijos iba duro y dale con la campanita. Han de estar por allí escondidos del agua. Pronto llegarán —dijo con la intención de calmar un poco a Luisa. Los constantes truenos y la lluvia que a cada minuto caía con mayor fuerza no ayudaban en nada para calmar su desasosiego.

Gustavo se refugió frente a la tienda en donde se había atado las agujetas. Se sentía muy culpable de lo que estaba pasando. No sabía cómo se lo iba a explicar a su madre. Deseó con todas sus fuerzas poder regresar el tiempo y corregir su error. Los dientes le temblaban más de terror de que de frío. El viento intermitente no permitía ver nada lejano. Ya era imposible seguir buscando, no sabía en dónde hacerlo, la tormenta no amainaba.

Jacobo en ningún momento había dejado de pedalear la bicicleta, ni de llorar; su llamado de auxilio era cada vez más débil y con esa tormenta nadie podía oírlo. Estaba totalmente empapado y tiritaba de frío. “Diosito, ayúdame, por favor. Diosito, por favor...”, se repetía una y otra vez. Anduvo por aquí y por allá tratando de encontrar un lugar conocido.

El pánico del que era presa Gustavo lo impulsó a salir del lugar en donde se protegía de la lluvia. Atravesó la calle rápidamente y corrió por toda la banqueta hasta la esquina en donde giró a la derecha. La lluvia no le permitía ver bien. A lo lejos creyó ver la silueta de su hermano sobre la bicicleta. Una ligera esperanza lo iluminó.

—¡Jacobo! —gritó tan fuerte como pudo.

Luisa no pensó siquiera en buscar un paraguas para salir a buscar a sus hijos, se cubrió con su suéter y salió a la calle. Si los niños no habían ido a dejar las camisas, muy seguramente se habrían ido directo al parque, pensó. Corrió en esa dirección. Sus pies se hundían en los charcos de agua que se habían formado por todas partes, pero a ella no le importó. Corrió y corrió por varias cuadras. El viento y la lluvia le azotaban el rostro. Pero en su mente no dejaba de rogarle a Dios que sus hijos estuvieran bien.

Cuando Jacobo se detuvo, levantó la vista y de pronto sintió gran alivio: entre tanto ir de aquí para allá había llegado al parque. ¡Sí, de verdad era el parque en donde solían jugar! A pesar de que la lluvia no había cedido en ningún momento, podía reconocer los columpios y las resbaladillas. Todo estaba solucionado, pensó.

Era cuestión de buscar la tienda que estaba en una de sus esquinas y de allí podría llegar sin problema alguno hasta su casa.

Gustavo continuó corriendo hacia la silueta que creía su hermano, no dejaba de gritar, llamando a Jacobo. El ruido de la tormenta no permitía que lo escuchara. Estaba seguro que era su hermano.

—¡No te muevas, por favor, Jacobo, espérate ahí! —gritaba sin que su voz pudiera llegar muy lejos. Pero no dejó de correr ni un instante. Estaba a menos de sesenta metros de su hermano. No había ninguna duda, era él.

Luisa había titubeado un poco sobre cuál era la calle que la llevaba al parque. De tan ansiosa que se sentía no podía pensar claramente.

—Doy vuelta en la que sigue y esa calle me saca derecho al parque —se dijo y continuó—. Dios mío, no permitas que nada les pase a mis hijos. Por favor, no lo permitas.

Jacobo volvió a pedalear la bicicleta, le apuraba llegar lo más pronto posible a su casa. Gustavo, al ver que su hermano se alejaba, se angustió y apresuró el paso.

—¡Jacobo, detente! —gritó tan fuerte como pudo.

Esta vez su hermano sí lo oyó y frenó al instante.

Luisa llegó al parque justo en el momento en que Gustavo gritó llamando a su hermano. La escena que vio la horrorizó.

**

Goyo estaba muy contento: apenas eran las tres de la tarde y ya había descargado todas las cajas de tomate de su camión. El resto del día era libre.

—¡A huevo! —se dijo —Y pa' celebrar, un pinche pulquito, cabrón.

El barullo que se escuchaba en el El sarape viejo era el de cualquier pulquería que se dé a respetar: mentadas de madre, risas, albuces, chistes de chichis, pelos y panochas. El babeante pulque se servía casi a ras de tarro.

—¡Échale con huevos, pinche Hipólito!—dijo Goyo mientras el encargado del bar llenaba su tarro. Sonreía de puro gusto nada más de ver el curado de guayaba que se bebería—. ¡Apúrale, cabrón, ya me estoy muriendo de ganas!

Para Goyo la vida era así: sencilla, simple; trabajar jornadas de hasta diez horas diarias para llevar dinero a su casa; también, por supuesto, embriagarse los fines de semana.

—No mamen —dijo Goyo con un aire de lujuria en el rostro a sus compañeros de mesa—, que le digo a la pinche morrita, ¿qué pedo, mi amor?, presta la nalga ¿no? Se me quedó viendo bien pinche chistoso y que se va llorando, ja, ja, ja, —se rió con sonora carcajada y continuó— ¡Putá suerte, al rato ya tenía a la mamá de la pinche chamaca reclamándome! —los demás de la mesa se rieron—. No, *pérensen*, cabrones, porque la doñita estaba más rica que la escuincla y ¿qué creen?... ¡Que a ésta sí me la cogí! Ja, ja, ja. Pinche vieja caliente. No más decía: “¿pa' qué quieres a la chamaca, si aquí tienes a esta hembra, Goyito?”.

La mitad de lo que se decía en El sarape viejo era mentira y la otra parte fantasía. Pero todos se escuchaban sin cuestionarle nada al otro; al fin y al cabo a cada quien le llegaría su momento para dejar papalotear a la imaginación. Después de tres tarros más de pulque y varias vueltas a los mingitorios, Goyo se despidió de sus amigos. El trayecto a casa era largo, se sentía cansado y las nubes cerradas y oscuras en el cielo advertían una tremenda tormenta. Encendió su camión de carga; era viejo, pero nunca le fallaba.

—Estás como nuevecito, cabrón—dijo Goyo acariciando el volante mientras el poderoso motor rugía. Las primeras gotas de lluvia empezaron a caer sobre el parabrisas.

—Pus le meto pata, pa que no me agarre la lluvia en el camino —pensó, pero un enorme trueno le anunció que ya era demasiado tarde, la tormenta había empezado.

El limpiaparabrisas daba todo lo que podía, pero aun así la visibilidad era muy poca. Sin embargo, Goyo conducía a gran velocidad, deseaba llegar temprano a casa para ver por la televisión un partido de fútbol de su equipo favorito. Llevaba la vista al frente e iba atento al camino, pero la fuerte brisa y el alcohol en las venas le impedían conducir bien el camión.

Dicen por allí que la vida se compone de instantes y que hay acciones, pequeñas acciones, que pueden, de un momento a otro, cambiar por completo la historia de las personas. ¿Qué habría pasado si Gustavo no hubiera perdido de vista

a su hermano? Si Luisa no les hubiera dado permiso de llevar la bicicleta muy seguramente los niños no se habrían separado. ¿Pero cómo saber que todo esto iba a ocurrir? Tal vez esto, tal vez aquello, tal vez... Pero parece que el dedo indómito del destino ya había fijado la ruta de cada uno de los personajes de esta historia:

Goyo salió de la curva del parque a gran velocidad y, cuando se dio cuenta, frente al él, a mitad de la calle, se encontraba un niño sobre una bicicleta. A la velocidad a la que iba en pocos segundos lo arrollaría. Goyo sujetó firmemente el volante; pisó, tan a fondo como pudo, el freno del camión. Las llantas sobre el piso mojado derraparon e hicieron zigzaguar el camión. El camionero hizo todo cuanto pudo en ese breve momento, pero era inútil: el terrible accidente era inminente.

Luisa se llevó la mano a la boca al ver a Jacobo detenerse en plena calle y al camión salir a toda velocidad de la curva. Un grito difícil de describir salió de su garganta; en ese grito quiso decir todo: “¡Cuidado con el camión!”, “¡Corre, Jacobo!”, “¡Dios mío, haz algo!”. Pero sólo fue un grito ahogado, desesperado, nada más que eso.

Pidió al cielo que ésa fuera una pesadilla y que su mismo grito la despertara. Deseó que el niño que estaba parado a la mitad de la calle no fuera su Jacobo, su tierno Jacobito, el niño que había nacido con los ojos tristes, pero con el alma llena de amor.

Cuando Jacobo escuchó a Gustavo llamándolo sintió mucha alegría. Se detuvo al instante y lo buscó entre la lluvia. Levantó la mano en señal de saludo, y con la

otra mano acomodó su boina —había sido tanta su angustia que durante ese tiempo se olvidó por completo de ella—. Respiró sonriente, pues aunque la lluvia caía como un torrente sobre él, se sabía salvado por la presencia de su hermano. Empezaba a abrir los labios para llamarlo cuando el ruido de unas llantas derrapando lo sacudió. Volteó tan rápido como pudo.

Gustavo tenía la mano en alto llamando a Jacobo cuando oyó el chillido de los neumáticos; se sintió confundido. Desde el punto de la calle en donde se encontraba no podía ver el camión que ya estaba a unos cuantos metros de su hermano. Su semblante de alegría cambió por completo en tanto vio la enorme mole veloz que se aproximaba a Jacobo. El momento del golpe fue atroz. Gustavo cerró los ojos...

Todos los ruidos: el camión golpeando seco y contundente a Jacobo, el grito desgarrador de su madre, las llantas derrapando en el pavimento, se convirtieron en uno solo, un ensordecedor e inenarrable sonido. Sin abrir los ojos, sintió que la calle giraba a su alrededor, podía sentir cada gota de lluvia que, inclemente, le golpeaba el rostro. Con el poco aire que tenía gritó el nombre de su hermano como si así lo pudiera rescatar y llevarlo a su lado. Un trueno cayó cerca del lugar e iluminó toda la calle. Esto no podía ser real; seguramente debía ser el infierno del que tantas veces había escuchado. Gustavo tenía ya muy poca fuerza. Las piernas se le doblaron, estaba próximo al desmayo. Su cuerpo se empezó a desplomar. Mientras caía, pensaba en Jacobo, en el pobre cuerpo de su hermano volando violento hacia el pavimento. Se creía culpable de lo que había pasado. Jamás podría jugar con su hermano, ni mirar a los ojos a su madre. De pronto dejó de sentir la lluvia en su cuerpo; un nuevo y feroz relámpago le dijo que todo esto era un recuerdo pasado; un

viraje mágico en el tiempo a sus años infantiles, a esos días al lado de Jacobo, a la tarde en que el destino juntó todos los engranes para acabar con la vida de su hermano. Pero ahora, ya consciente y a unos pocos centímetros de estrellarse contra el suelo, Gustavo se hallaba en otra aterradora pesadilla: la de su propia muerte, con una bala asesina en su espalda y un abismo negro e indómito que, burlón y profano, le abría los brazos para recibirlo.

CAPITULO III

Luisa

Luisa había salido ya dos veces a la puerta, Gustavo no llegaba y era tarde

—¡Canijo chamaco! No me dijo si pasaría a algún lugar después del trabajo. Sabe que me preocupo y ni así me avisa.

Ella siempre se culpó de no haber pasado más tiempo con su hijo. Fue la vida en la calle quien verdaderamente educó a Gustavo. Después de la muerte de Jacobo se volvió un chico retraído y sin amigos. La primera vez que supo que algo andaba mal con su hijo fue cuando la llamó la directora de la secundaria en donde él estudiaba:

—Señora, lo siento mucho, pero no podemos permitir que su hijo siga estudiando en nuestra institución. Ésta es la segunda vez en el año que se pelea con alguno de sus compañeros. De no ser porque intervino el conserje, estoy segura que lo mata— señaló mirando inquisitivamente al muchacho; éste no levantó siquiera los ojos. Gustavo ya había peleado a golpes varias veces con otros muchachos, por ello Luisa no dudó de lo que le decía la directora.

Luisa nunca supo cómo entrar en aquel mundo en donde se refugió su hijo; muchas veces le dijo que él no fue culpable del accidente de Jacobo, pero Gustavo

no respondía nada, miraba al suelo y crispaba los puños. Sólo Dios sabe los remordimientos que cargaría durante toda su vida por aquel accidente.

También Luisa llevaba consigo culpas más allá del descuido por trabajar tanto tiempo. Se lamentaba por no haberle podido ofrecer una familia estable a sus hijos; un padre que les diera seguridad y viera por ellos. De ser así, tal vez Jacobo seguiría con vida; ella nos los habría dejado tanto tiempo solos.

Jacobo y Gustavo tenían padres diferentes. Del padre de Jacobo había poco que decir: era un compañero de la fábrica con el cual pensó podría darle estabilidad económica y emocional a su hijo. Sin embargo, cuando tenía dos meses de embarazo, se enteró de que él era casado. Ella dejó la fábrica y jamás supo nada de ese hombre. No fue un periodo sencillo: con un niño pequeño, la preñez y ganando un sueldo miserable nada pintaba a su favor. Pero Luisa era una mujer valiente y, como pudo, sacó adelante a sus hijos. En el fondo la ruptura con este hombre no le dolió; su amor, desde muy joven, había pertenecido al padre de Gustavo.

**

—¡Luisa, hija, no se te olvide la cacerola nueva! Me voy adelantando. No tardes —le gritó doña Juana a Luisa y se encomendó a la imagen de la Virgen de Guadalupe que tenía junto a su puerta.

—Me termino de peinar y salgo corriendo, doña Juanita —respondió Luisa mientras cepillaba su negro y brillante cabello. Lo ató con un listón rosa y acomodó

con cuidado el fleco sobre su frente. Sus ojos color miel, su bello e infantil rostro eran el cuadro perfecto para esa estampa.

Doña Juana, vieja amiga de la familia, se había hecho cargo de Luisa cuando sus padres perdieron la vida en un accidente. Como eran originarios de un pueblo cercano a la capital, sus padres tenían que recorrer varias horas de trayecto para trabajar; ella en una fábrica textil y él en un almacén de abarrotes como cargador. Salían desde muy temprano de su casa y tomaban el primer autobús. Tiempo después, Luisa se enteró por los periódicos que esa mañana el conductor conducía más rápido de lo normal, el camión iba abarrotado y no cabía nadie más. Al tomar una curva de la carretera, uno de los muelles se venció y el chofer perdió el control del autobús. Nadie sobrevivió. Tardaron más de dos días en recuperar todos los cadáveres. Los vecinos de Luisa se solidarizaron con la niña y pagaron con muchos esfuerzos el sepelio de sus padres.

Doña Juana era viuda y vivía sola, y recibió con cariño a Luisa; ella supo responder a ese afecto y cooperaba afanosa en las labores de la casa y en la fonda con que ella se mantenía. “Esa niña tiene buen sazón”, decían los comensales; en su mayoría eran empleados de las fábricas aledañas. “Si viera qué hacendosa y noble es la niña. De verdad, es un tesoro”, respondía doña Juana mientras miraba a Luisa lavar las cacerolas. Era sábado y le había prometido que le compraría un vestido.

Luisa, por su parte, estaba ilusionada por el vestido nuevo: “Será aquél de florecitas, que vi cerca de aquí”, pensaba. “Se verá muy bonito con mis zapatos blancos”. Sin embargo, no era ni el vestido ni los zapatos lo que la tenía

entusiasmada. La verdadera razón de su júbilo es que al día siguiente vería a Sebastián, el chico del cual estaba profundamente enamorada.

Sebastián trabajaba en un taller mecánico cercano a la fonda. Tenía diecinueve años, era alto y delgado. Lo que más les gustaba a las jovencitas de él era su sonrisa impecable y sus cabellos rizados; no importaba qué tan dura fuera la faena de cada día, él siempre estaba sonriente y bien peinado. Por las tardes estudiaba la preparatoria y mantenía un excelente promedio. Siempre le había gustado la poesía y anhelaba que algún día poder dedicarse a escribir los poemas que volaban por su cabeza. Nunca le habían faltado admiradoras; incluso, hubo más de dos jovencitas que abiertamente le declararon su amor. Toda su familia se mostraba orgullosa de él, era buen hijo y hermano. Si alguien hubiera podido enumerar de mejor manera la cantidad de virtudes de Sebastián, sin duda alguna, habrían sido sus compañeros de equipo de fútbol. Con ellos se reunía religiosamente todos los domingos en los campos llaneros de Culhuacán. Era el jugador indispensable del cuadro titular. Por lo menos anotaba un gol por partido; no importaba cuántos del equipo contrario lo rodearan, él siempre hallaba la forma de librarse para conseguir la anotación. También, si se necesitaba, apoyaba a sus compañeros en la defensa del equipo. Siempre era valiente, gallardo y leal en cada jugada. El día del campeonato salieron vencedores y ninguno dudó que era Sebastián el que debía quedarse con la copa. Cuando llegaron al barrio, ya los esperaban sus vecinos. Don José, el dueño del taller mecánico en donde trabajaba Sebastián y director técnico del equipo —él mismo se dio ese título porque les compró los uniformes y durante el juego daba indicaciones a los jugadores; nadie le obedecía, pero aún así ganaban todos los

partidos y se iban contentos a casa—, mandó cocinar un cerdo y compró varias botellas de tequila y un barril de cerveza. Asistió mucha gente al festejo. Luisa no conocía a nadie pero Jessica, una muchachita que les ayudaba en la fonda, la invitó. Aun entre tanta algarabía Luisa no pasó desapercibida para Sebastián. Él no fue el único interesado en ella; a muchos de sus compañeros les atrajo la joven. Sin embargo, la atracción entre ellos fue casi instantánea. Luisa le regaló una sonrisa y él supo que podía acercarse sin ningún problema. Platicaron por varias horas; se terminaron la comida y la bebida, pero no las palabras, las miradas a los ojos y las sonrisas entre Luisa y Sebastián. Parecía que todos y todo en la fiesta se habían confabulado para dejarlos libres. Caminaron juntos hasta la casa de ella. Él le hablaba de los libros que había leído, de un tal Ray Bradbury que escribió sobre los días en los que los bomberos no apagaban incendios sino que quemaban libros. Ella sonreía y lo miraba; no quería que él se diera cuenta de que jamás había leído ningún libro, pero se decía a sí misma que al otro día buscaría alguno en el cuarto de cosas viejas de doña Juana. Se despidieron ofreciéndose la mano y con la promesa de verse pronto.

Cuando Luisa entró a casa aún sonreía por la grata tarde que había vivido junto al joven. Doña Juana la miró. La jovencita se enrojeció de vergüenza, ¿qué pensaría de ella si se enterara de que había pasado todo el día en compañía de un joven al que acaba de conocer? Incapaz de levantar el rostro le dijo a su mentora que se le había pasado el tiempo volando, que no volvería suceder. Doña Juana, quien no había demandado explicaciones, sólo le pidió que tuviera más cuidado, las señoritas no debían andar solas y menos por la noche.

Para la chiquilla esa noche fue especial. Nunca, desde la muerte de sus padres, se había sentido tan bien. Recordar la voz y la sonrisa de aquel muchacho provocaban que su corazón latiera más rápido y le cosquillearan las manos. No volvió a ser la misma desde aquel día. Se miró al espejo y le gustó la imagen que éste le ofreció, se supo hermosa y sonrió.

La rutina en la vida de Luisa no cambió. Como todos los días se levantó en punto de las cinco de la mañana e inmediatamente fue a la cocina. En cosa de minutos ella y doña Juana bajaron y subieron cacerolas de aquí para allá. Picaron varios kilos de cebollas, jitomates, ajos, chiles y berenjenas para ser sazonadas en las sartenes. El olor a comida pronto inundó la casa. Antes de abrir la fonda irían a la construcción para vender pan y café. En cuanto Luisa llegaba, los albañiles le lanzaban una carretada de silbidos y piropos. Ella, discreta, apenas si sonreía. Se sentía avergonzada, pero no decía nada pues sabía que doña Juana dependía de esas ventas para pagar la renta de su casa y de la fonda, así que soportaba desde las burdas galanterías hasta las descaradas miradas lascivas de los constructores. Más tarde ya tenían todo listo para atender a los comensales en la fonda y era entonces cuando Luisa no se daba abasto. Era necesario servir los platillos, el agua y el postre de siete mesas; también recoger platos sucios, lavarlos y limpiar por aquí y por allá. Todo lo hacían sólo con la ayuda de Jessica. A Luisa jamás le faltaron insinuaciones abiertamente sexuales de los hombres que visitaban la fonda; hubo quien, incluso, llegó a proponerle dinero a cambio de sexo. Más de uno quiso propasarse e intentó tocarle las caderas mientras ella servía alguna mesa. Ella guardaba silencio y mantenía su distancia; una mirada le bastaba para dejar en claro

que ella era una mujer decente. Por la tarde, Luisa y Jessica lavaban los trastos y doña Juana hacía las compras de todo lo que necesitarían al otro día.

Casi siempre la jovencita terminaba tan cansada que lo único que deseaba era llegar a casa, ver televisión y dormir para reponer energía. Pero esta vez fue diferente, ella saldría con Sebastián el domingo y se prometió a sí misma leer un libro para tener tema de conversación.

—Éste te gustará mucho —le dijo Pablo, un joven universitario que todos los días iba a comer y que sentía mucho aprecio por Luisa. Él le regaló el libro y ella a cambio le ofrecía una cantidad extra en sus alimentos.

Luisa sacó el libro del cajón en donde lo había guardado. Ya desde la portada lucía atractivo. Aunque el libro era delgado, le pareció que sería difícil terminar de leerlo en tan pocos días. La historia hablaba de un joven que fue asesinado. Todo el pueblo sabía que lo matarían y, sin embargo, nadie le advirtió. “¡Qué extraño!”, pensó. “En todas las novelas que pasan en la televisión siempre dicen lo más importante al final y aquí ya sabemos que van a matar al tal Santiago Nasar desde el inicio”.

Mientras leía la historia trataba de memorizar muy bien las anécdotas que le platicaría a Sebastián. Le pareció muy graciosa la escena de aquella bala disparada por accidente que destruyó el armario, atravesó la casa, la del vecino y la plaza hasta destrozar un santo de la iglesia. Llegaron las horas de la madrugada y Luisa continuaba absorta con su primera lectura; sabía que tenía que dormir porque dentro de pocas horas se venía la faena de siempre, pero no podía despegar sus ojos de

aquel libro: “¿Por qué nadie le dice a este hombre que lo van a matar?!” se dijo y por fin dio por concluida la lectura de ese día. Dejaría a ese pobre infortunado a su suerte entre ese mar de palabras y dedicaría sus sueños al joven de cabellos rizados y sonrisa de ángel.

El domingo llegó y los jóvenes acordaron visitar el viejo parque de Chapultepec. Luisa no lo conocía y quedó maravillada. Caminaron alrededor del lago y se detuvieron en el Castillo. “Desde aquí mero fue de donde se aventó el cadete con la bandera envuelta”, dijo Sebastián, quien, a decir verdad, desconocía si este dato era cierto, pero deseaba impresionar a Luisa.

Ella se sorprendió por los conocimientos del muchacho y se acercó al barandal. Abajo se veían unos grandes árboles de tupidos follajes que se bamboleaban con el viento. En el fondo, se veían las rocas desnudas, brillantes por el sol de media tarde y rodeadas por una extensa alfombra de pasto verde.

— Por favor, léeme otra vez un pedacito del poema de la mañana —dijo Luisa mientras miraba desde la altura la gran ciudad. Sebastián desdobló muy contento la hoja de papel que tenía en el bolsillo, afinó la garganta y con su mejor voz de poeta declamó:

Amo tus ojos, amo, amo tus ojos.

Soy como el hijo de tus ojos,

como una gota de tus ojos soy.

Luisa cerró los ojos y se dejó envolver por la voz de su amado. Todo esto era tan onírico que, a veces, se preguntaba por qué le estaba pasando a ella. Huérfana y

sin estudios, esto era mucho más de lo que hubiera podido desear. Sintió mucho agradecimiento hacia Dios por lo que estaba pasando en su vida. Por poner a doña Juana y a Sebastián en su camino. El muchacho, ajeno a todos estos pensamientos, continuaba leyendo el poema:

*Levántame. De entre tus pies levántame, recógeme,
del suelo, de la sombra que pisas,
del rincón de tu cuarto que nunca ves ni en sueños.
Levántame. Porque he caído de tus manos
y quiero vivir, vivir, vivir.*

—¡Qué bonito poema! ¡Quiero que me regales la hojita en donde lo escribiste! —dijo Luisa y rodeó con sus brazos el cuello de Sebastián. Era la primera vez que estaban así de cerca. Ambos se miraron a los ojos y se besaron. “Para toda la vida”, se dijeron el uno al otro sin palabras. Ninguno de los dos hizo nada por romper aquel abrazo. Esa tarde de abril jamás la olvidarían.

Cada domingo, después del juego, Sebastián pasaba por Luisa a la vecindad en donde vivía para ir de paseo. Doña Juana sentía mucho aprecio por él —además, siempre llegaba con algún detallito, aunque fuera sólo una barra de chocolate para ella—. Ese día cumplían tres meses de novios y para festejarlo fueron al cine. Sebastián apoyaba a sus padres con los gastos de la casa y él mismo se pagaba sus útiles y pasajes para ir a la escuela, así que no era mucho el dinero que le sobraba. Sin embargo, esto jamás fue un obstáculo para salir a divertirse juntos; Luisa era feliz sólo con estar al lado de él y no pedía nada más. Compraron frituras en una tiendita

y las metieron escondidas entre sus ropas. La película no fue nada interesante, pero eso era lo de menos. Durante el camino se detenían en cualquier lugar y bajo cualquier pretexto para abrazarse y besarse. Pasarían ochos días antes de que se volvieran a ver. Ninguno de los dos tenía prisa por despedirse.

—Ya tengo el libro que leeré esta semana —dijo Luisa—. Es de una gaviota que se llama Juan o algo así. Lo encontré en las cajas que tiene arrumbadas doña Juanita. La próxima semana te lo platicaré.

Se dijeron esto y se prometieron lo otro. Ya era tarde y se tenían que despedir. Tan absortos estaban en sí mismos que ninguno de los dos advirtió la presencia de Germán, un hombre que vivía en la primera casa de la vecindad y que los miraba desde dentro por una rendija de la ventana

—¡Pinche escuincla, se está poniendo bien buena la canija! —pensó Germán mientras se acariciaba la entrepierna y no quitaba la mirada del cuerpo de Luisa.

**

Germán tenía más de cuarenta años y era soltero. Vivía solo en ese cuartito de la vecindad desde hacía varios años. Se reunía a veces con sujetos de la colonia Obrera para fumar marihuana y delinquir. También, en ocasiones, consumía la droga junto con algunos de sus compañeros de la fábrica. Hacía tiempo que se había fijado en Luisa, le atraía su encanto juvenil. Trataba de mirarla siempre que podía. Se escondía en los lavaderos para observarla mientras ella tallaba y tendía su ropa. Alguna vez trató de saludarla cuando pasó junto a él, pero su voz se trababa y ni el

buenos días era capaz de ofrecerle. Por las noches sacaba de un cajón una prenda íntima que le había robado. Se excitaba fantaseando con el grácil cuerpo de la jovencita acostado a su lado; imaginaba esos labios tersos y abiertos esperando los suyos; la desnudaba y veía los pezones erectos de Luisa mientras los acariciaba; continuaba explorando su cuerpo hasta encontrar el húmedo sexo... Después venía a él la imagen de Luisa abrazando enamorada a Sebastián. Esto provocaba que Germán se revolcara de dolor; dolor de impotencia por saber que ella jamás sería para él. Lo llenaba de rabia y mordía la prenda para no gritar mientras se enroscaba entre las cobijas de su cama.

—¡Maldita, maldita! —decía entre dientes Germán. —¡Pinche escuincla puta!, ¡eres una puta! ¡Tú y todas las demás!

Se levantó y golpeó con el puño varias veces la pared hasta que los nudillos le sangraron. Lloraba y tenía el rostro descompuesto por la ira.

—¡Te voy a coger hasta que grites, pendeja!

**

Ese domingo se mostraba insuperable: por la mañana Sebastián había anotado tres goles y sus amigos no dejaban de felicitarlo.

—¡Ahora sí te luciste, pinche Sebastián! Con esos goles quedas como líder de goleo y la próxima semana jugamos contra el equipo que va en segundo lugar de la tabla —dijo uno de sus compañeros de equipo y continuó—: ¡Nos la van a pelar, putos!

Sebastián aceptaba gustoso las demostraciones de afecto de sus compañeros, pero lo que le hacía verdaderamente feliz era saber que vería en un par de horas a Luisa. Ella se había convertido en el pilar de todas sus metas.

**

Luisa se levantó temprano aquel día y, con mucho cuidado para no despertar a doña Juana, salió de su vivienda con dos canastos llenos de ropa para lavar.

—A esta hora de la mañana los lavaderos están vacíos —pensó—. ¡Qué bueno!, así podré terminar más rápido.

Con mucha destreza y empeño comenzó la ardua faena. En ningún momento dejaba de pensar en Sebastián, ansiaba verlo. Se había levantado con tanta prisa, que sólo llevaba puesta una ligera playera y una bermuda; su cabello lo sujetó con una pañoleta. En su rostro no había ni una gota de maquillaje; sin embargo, el esfuerzo que realizaba al tallar la ropa le pintaba las mejillas de rosa. Su cuerpo, esculpido por el trabajo diario, era un hermoso cuadro que observaba Germán detrás de los tinacos de agua. Había subido a fumar hierba desde muy temprano y se escondió allí cuando vio a Luisa. Lo dejaba mudo con tan sólo mirarla. Sin que ella lo notara, la camiseta que llevaba puesta se había mojado ligeramente y él podía ver con mayor facilidad el suave vaivén de los senos de la muchacha mientras lavaba la ropa. Tal vez fue el influjo de la droga lo que le dio valor para acercarse a ella.

—Bonito día, ¿no? —dijo y caminó hacia Luisa.

La joven ya lo conocía, al menos de vista, pero siempre le causaba temor.

—Sí... sí... Está bonito —titubeó para responder. Instintivamente empezó a recoger la ropa que iría a tender y la colocó en uno de los canastos.

—¿Luisa?, así te llamas ¿verdad? He escuchado que a veces te dice así doña Juanita —dijo Germán y se acercó todavía más a los lavaderos y dejó su mirada fija en los senos de la jovencita—. Ya no he ido a comer con la doñita; ¡qué rico cocina! Como para chuparse los dedos — alardeó sin dejar de mirarla.

—Vaya cuando quiera. Allá será bienvenido. Buenos días —contestó como queriendo despedirse a la vez que levantaba el canasto y se dirigía a los tendederos.

—¿Para qué te vas, chula, si estamos platicando *re* bien? —dijo y le cortó el pasó a la joven.

Ella tembló y lo miró fijamente a las pupilas; era tanto el miedo que sentía que no podía ni hablar.

—Chamaca —gritó una de las vecinas de Luisa—, ¿estás bien? ¿Te está molestando Germán?

—No, si yo nomás le decía que, si se le ofrecía algo, sabe que cuenta conmigo. Es más, ya me estaba despidiendo —balbuceó el hombre, se dio la vuelta y se alejó caminando apresurado.

A Luisa aún le temblaban las piernas cuando su vecina le ayudó a tender la ropa. —Ten cuidado, muchachita, ése no es de fiar — le dijo, pero la chica aún no podía decir ni una palabra y sólo asintió con la cabeza. —Le diré a mi marido que

hable con él para que no se te vuelva a acercar. ¡Ay, chamaquita!, cuando a una la ven sola, nunca falta quien se quiera proparar.

Luisa sintió dolor en el estómago. Un dolor que no experimentaba desde la muerte de sus padres. “No, ahora no estoy sola, doña Juanita ve por mí; Sebastián está conmigo. Ya no estoy sola”, se dijo a sí misma, como tratando de convencerse.

No fueron pocas las ocasiones en que Luisa sorprendió a Germán observándola, pero ya no se le acercaba, y eso la tranquilizaba. La vida continuó y por varios meses más le trajo a Luisa, a doña Juana y a Sebastián muchas satisfacciones.

**

—¡Doña Juanita, apúrese, se nos va a hacer tarde! —dijo Luisa a su mentora mientras ésta se retocaba el cabello. Aquel día era de fiesta: Sebastián había concluido su preparatoria. Todos sus familiares y amigos lo acompañaban. Incluso ese día no se abriría la fonda; la ocasión lo ameritaba. Cuando doña Juana salió del cuarto se veía realmente impecable.

—¿Cómo me veo?— preguntó sonriente. Se había cortado el cabello y llevaba sus mejores aretes; se los había regalado su finado esposo. También se mandó hacer un traje café y hoy era un día excelente para estrenarlo. Los zapatos eran color beige y de tacón bajo.

—Se ve muy bonita —exclamó Luisa, verdaderamente emocionada, y la abrazó. Ese abrazo decía mucho, hablaba de la gratitud de una hacia la otra; esa

unión había saneado en mucho la orfandad de Luisa y la soledad de doña Juana. Eran una nueva familia; una pequeña pero fuerte familia. Nada las separaría.

**

—A la una, a las dos, a las tres —dijo un amigo de Sebastián y después todos lo acompañaron—: ¡Chiquitibum a la bim-bom-bá, Chiquitibum a la bim-bom-bá, a la bio, a la bao, a la bim-bom ba, Sebastián, Sebastián, ra, ra, ra! —gritaron todos a coro en aquella aula de la preparatoria.

La entrega de diplomas había terminado y sus amigos festejaban rebosantes de algarabía; como ellos sabían hacerlo. El joven se sentía satisfecho de sus logros; de tener tantos y muy buenos amigos; del apoyo de su familia y del amor de la jovencita que ahora le sujetaba la mano y lo hacía tan feliz. Ambos chicos se miraron y el coro volvió a hacerse presente.

—Beso, beso, beso —hasta doña Juanita apoyaba la solicitud.

Sebastián abrazó con mucha ternura a Luisa, llevó la mano derecha de la joven a sus labios y la besó. Después, con delicadeza tomó con ambas manos el juvenil rostro y Sebastián le dijo al oído algo que sólo ella y él pudieron escuchar: “Para siempre juntos”.

—Para siempre —respondió ella. Cerró los ojos y levantó los labios para recibir el beso. Los muchachos juntaron sus labios y la ovación de los amigos se hizo presente. El buen Dios les sonreía.

Entre tanta dicha, Luisa era la más feliz, pues guardaba en sí una alegría que aún no era del conocimiento público, un secreto muy suyo, un regocijo que crecía en su vientre. Iba a ser mamá.

Al principio, cuando ni su menstruación ni los molestos cólicos llegaron puntuales como siempre, tuvo temor. No quiso platicar de esto con Sebastián pues, se dijo, “éstas son cosas de mujeres”. Dejó pasar algunas semanas hasta que ya no podía más con la angustia y con mucho temor decidió ir al médico —a un consultorio lo bastante lejos del lugar en donde vivía. Tras una breve auscultación para desechar cualquier otro padecimiento, el médico le recomendó que se hiciera un par de exámenes en el laboratorio de salud para estar plenamente seguros del embarazo. La joven hizo todo esto en silencio, inventándose cualquier motivo para justificar sus repentinas ausencias. Cuando Luisa regresó al consultorio con los estudios clínicos en las manos, el médico confirmó que, efectivamente, llevaba en su vientre una criatura de doce semanas de gestación. Esa noche lloró, había muchas razones para hacerlo. Sentía vergüenza de mirar a los ojos a doña Juana y confesarle su preñez. Había traicionado la confianza que le brindaba su mentora. Pero, por otro lado, abrigaba mucha felicidad en su alma. Este niño la uniría más a Sebastián, estaba segura de ello. Además, era maravilloso saber que dentro de ella se gestaba la vida. Como si un poco de sus padres muertos renaciera en este pequeño ser. Y así pasaron aquellos días, en la incertidumbre de no hallar ni las palabras, ni el momento justo para hablar con doña Juana y con Sebastián. “Si es niño, se llamará Gustavo”, dijo mientras miraba al espejo la curva en su vientre que cada día empezaba a ser más notoria.

**

—El puto ése se llama Sebastián —dijo Germán a sus camarillas—. Con él no hay pedo, es un pinche chamaco; cualquiera de nosotros le rompe su madre, pero escuchen: no quiero que lo maten; deseo que ese puto vea cómo me cojo a su noviecita. Que el marica ése sepa que no es macho ni pa' defenderla. —Le dio una fumada rápida a su porro y con voz ahogada sentenció—: A Luisa, nadie me la toca, culeros. Esa nalguita nada más es para mí.

Los demás escuchaban sin dejar de hacer lo suyo, unos fumando mota, otros inhalando thinner, allá otro más pinchándose las venas con una jeringa y Germán con la mirada en el suelo, mascullando lo que vendría, imaginándose sobre el tibio cuerpo de la joven. La violación iba más allá de la satisfacción sexual. Eran muchas cosas las que guardaba. Era la frustración de Germán por todas las chicas que lo habían despreciado. Era su rostro carcomido por el acné que maldecía cuando se miraba al espejo. Era, también, el odio por Sebastián, porque muy dentro de sí lo hubiera gustado ser como él: guapo, simpático, amiguelo y con una novia hermosa que lo amaba. Mientras más roía su odio, Germán se convencía de que disfrutaría mucho a Luisa, a ella y su dolor. “Bien se lo merece la desgraciada, por tanto desaire que me hizo”, decía justificando el acto que tenía planeado.

Germán llevaba tiempo observando a Luisa y su novio. Sabía que, invariablemente, tendrían que llegar por la avenida porque allí era en donde los dejaba el único autobús que atravesaba la colonia. La hora en que llegaban también era algo fácil de saber. Jamás después de las nueve y treinta de la noche. Germán

suponía que después de esa hora, no le daba permiso doña Juana a Luisa de andar en la calle. Los chicos, por lo general llegaban en el autobús de las nueve, y para hacer tiempo, caminaban lentamente por la calle, deteniéndose a cada rato para abrazarse y besarse. En su trayecto, Luisa y Sebastián pasaban junto a varios terrenos baldíos. Así que sin mucho problema, Germán tenía muy controlados sus movimientos; todo pintaba perfecto.

**

Luisa y Sebastián habían pasado una tarde agradable. Después de la función de cine, regresaban a casa como siempre, tomados de la mano y queriendo que el tiempo avanzara lento para no despedirse. Eran poco más de la nueve, todavía tenían treinta minutos para estar juntos. Caminaban un par de cuadras y se detenían en cualquier lugar para besarse.

—El próximo domingo quiero que me acompañes a la fiesta de una de mis primas —dijo Sebastián.

—Pero no tengo nada qué ponerme —respondió Luisa— ¿Por qué no me avisaste antes? Hubiera podido comprarme algo, unos zapatos, un vestido...

—¡Ya, ya, niña linda! Con tu vestido de florecitas te verás hermosa —mientras decía esto, Sebastián tomó de la cintura a su novia y la atrajo a él—. Además, quiero que toda mi familia te conozca. Mi abuela tiene muchas ganas de volverte a ver. Dijo que eres muy bonita y estoy de acuerdo con eso.

Ninguno de los dos podía imaginar que en uno de los lotes baldíos que estaban de camino a casa los esperaban Germán y cuatro cómplices más. Estaban drogados y llenos del fervor que se necesita para lacerar, para golpear y humillar. Uno de ellos, el Borrego y en quien más confiaba Germán, se había colocado pasando la calle para hacerles una señal cuando se acercara la pareja de novios. Germán había pensado que, para someter al joven, se encargarían el Borrego y otros dos de sus amigos. A Luisa la cargarían él y uno más. Ni siquiera habían preparado ningún tipo de armas.

—A puro madrazo nos calmamos a ese wey —dijo Germán, refiriéndose a Sebastián—; si se pone al pedo, lo agarramos de los huevos y lo metemos, ja, ja, ja.

Compartían un cigarro de marihuana. Germán estaba sereno, seguro de lo que harían. Sus amigos eran los que estaban verdaderamente ansiosos. De vez en cuando robaban algún autoestéreo o a un caminante distraído para sacar para la droga, pero violar era algo que rebasaba cuanto hubieran querido imaginar.

—¿Qué hora es?, ¿qué tal si ya pasaron y no los vimos? —dijo uno, presa de la incertidumbre y continuó—. Yo digo que mejor aquí la dejemos. Mira, viejas hay por todos lados. ¿Para qué nos metemos en pedos?

—¡Sí, wey!—reviró otro más de la banda—.Una cosa es decirles acá, cosas chidas cuando pasan por la calle, y otra cosa es cogérselas. Nos vamos a meter en un pedote, Germán. —Sus compañeros asintieron y los tres se pusieron de pie con la intención de irse del lugar. Pero la voz de Germán fue contundente:

—¡Ya les dije que no hay pedo, putos! Ninguno de esos dos va decir nada. Al wey ése no le conviene que la gente sepa que a su vieja se la cogieron. Además, ella está sola, no tiene familia. La pinche viejita que la cuida no es nada suyo. ¡No sean putos! —alegó Germán y los demás bajaron la cabeza. Les había ofrecido mota y dinero para que lo apoyaran.

Un silbido los puso en alerta; era la señal del Borrego avisándoles que los jóvenes se acercaban. Germán se estiró con sigilo y, asomándose por una rendija de la barda, comprobó que, efectivamente, la pareja estaba a no más de cincuenta metros del lugar.

Mientras caminaban tomados de la mano, Luisa volteó y vio que muy cerca de ellos venían Carmen y Leopoldo, un matrimonio de la misma vecindad que ellos. Le pidió a Sebastián que se detuvieran a esperarlos, consideraba una grosería no hacerlo.

—¡Luisa, qué bueno que te veo! —dijo Carmen con una alegría genuina—. Mi hija me dejó unas blusas para ti, están nuevecitas; se las regalaron, pero como no le quedaron, pensó en ti para dártelas.

—Muchas gracias, doña Carmen. Paso mañana por ellas en cuanto llegemos de la fonda.

—¿Hijo, sigues trabajando en el taller mecánico? —dijo Leopoldo— Me están dando lata los frenos de mi *vocho*, quiero cambiárselos. No confío en otros mecánicos porque te los cobran como nuevos y te ponen de medio uso. Prefiero llevártelo a ti.

—Por supuesto —dijo sonriente Sebastián—. Yo estoy por las mañanas, desde las nueve. Además, nos acaban de llegar unas balatas alemanas muy buenas.

Los cuatro comenzaron a caminar en dirección a la vecindad.

Esto no estaba en los planes de Germán. Borrego dio un doble silbido, señal de que se tenía que suspender el secuestro. Los que estaban dentro se miraron sorprendidos, no sabían qué es lo que ocurría. Germán nuevamente se asomó por una rendija y, cuando vio al matrimonio caminando junto a los jóvenes, no le gustó en absoluto. Dio un golpe con el puño cerrado en la barda.

—¡Putra madre! ¿De dónde salieron éstos?

Conocía a sus vecinos, y por ningún motivo quería tener problemas con ellos. Mientras estuvieran con la pareja de jóvenes, nada podían hacerles. Les informó a sus cómplices sobre el imprevisto y éstos se alegraron. “Ni pedo, wey; será pa’ la otra”, dijo uno.

—¡Ay, viejo! —dijo sorprendidamente doña Carmen a su esposo— Se nos olvidó comprar el pan. Regresemos, porque en la casa no tengo nada para la cena.

Don Leopoldo le había pasado un brazo por encima de los hombros a Sebastián para caminar juntos. Lo conocía desde que era un niño. “Este chamaco tiene futuro en el fútbol”, pensó desde la primera vez que le vio jugar. En ese entonces, Sebastián sólo tenía nueve años.

Se despidieron; el matrimonio dio media vuelta y se fue. A Sebastián y a Luisa esto no les incomodó, al contrario, les daba la oportunidad de abrazarse un rato más.

Se dieron la mano y caminaron unos metros; para su mala suerte se detuvieron justo frente al lugar en donde Germán y los suyos les esperaban. El Borrego silbó y arrojó un puñado de pequeñas piedras al interior del baldío; era la señal acordada para actuar de inmediato. Germán no lo pensó dos veces, dio la orden a sus hombres y los cuatro salieron corriendo para someter a los jóvenes. Al primero que sujetaron fue al muchacho. Borrego tenía formación militar, con gran habilidad se colocó detrás de Sebastián, le pasó el brazo derecho por delante y el izquierdo lo puso detrás, ambos a la altura del cuello y los apretó con fuerza. Esto le provocó asfixia y la pérdida inmediata del conocimiento. Luisa no tuvo tiempo de hacer nada; Germán le tapó la boca con la mano mientras que con el otro brazo la rodeaba; uno de los truhanes la tomó por los pies y juntos la metieron al terreno. A Sebastián lo cargaron aún inconsciente entre otros dos. El Borrego se quedó afuera cerciorándose de que nadie los hubiera visto. La calle estaba oscura y solitaria. Sonrió satisfecho. De todos los secuaces de Germán, era el más frío para actuar.

Luisa estaba aterrada; la habían amordazado con un pañuelo y atado las manos detrás de la espalda. Durante el forcejeo al interior del lote baldío se había lastimado las piernas y su vestido se había roto. Lloraba y miraba con miedo el cuerpo inerte de Sebastián.

—A ése también amárrenlo y échenle agua en la cabeza para que despierte —instruyó Germán señalando al joven—. Esto no tiene que perderselo, ja, ja, ja.

Borrego se había inyectado heroína, las demás drogas las consideraba vulgares para él. Miraba fijamente a Luisa y se relamió los labios. Se quitó la camisa

y quedó con el torso desnudo; era fuerte, todos los días ejercitaba su cuerpo. Acomodó un pesado tronco sobre una de las paredes y lo golpeó rítmicamente — desde muy joven entrenó boxeo—; lo golpeaba cada vez más fuerte. Su mirada estaba concentrada en el tronco, los golpes eran contundentes y sus nudillos estaban rojos. Los demás lo miraban callados.

—¿Cuándo empezamos? —preguntó a Germán.

—¡Espérate, cabrón! Deja que el puto ése despierte. Además, quedamos que a la niña nadie más que yo la toca.

El Borrego levantó el rostro en señal de desafío. Secó el sudor de su frente con la palma de la mano derecha y escupió al suelo. No estaba acostumbrado a seguir órdenes y ésta no le agradó en absoluto.

—Pues a mí no me dijiste nada, y si me la estoy jugando, también quiero probar a la chamaquita.

Hablaba en serio. Su cuerpo estaba agitado por el ejercicio y por la excitación sexual. Hurgaba con la mirada entre las piernas de la jovencita. Germán sabía que Borrego era un tipo peligroso, por eso mismo lo había llamado; jamás pensó que sería contraproducente. Creyó que bajo esas circunstancias su único recurso era ser firme; mantenerse al frente de la situación sin titubeos. Así que se plantó con firmeza y dijo:

—¡Pues te chingas!, porque aquí mando yo...

Apenas si terminó la frase cuando Borrego le asestó un duro golpe con el puño cerrado en la mandíbula. Germán trastabilló un par de pasos, con la vista borrosa. Antes de que siquiera pudiera levantar los brazos, el puño izquierdo de su rival ya le había asentado un golpe más. Borrego asentó otro par de puñetazos. Fue rápido y sencillo. Era un hombre de aquéllos que han hecho de la pelea su oficio. El último movimiento fue jalar la cabeza de Germán con una mano y de un salto estrelló la rodilla en el rostro de aquel hombre. Cayó desmayado al suelo, arrojando borbotones de sangre por la nariz y la boca. Borrego respiraba copiosamente. Estaba totalmente concentrado en su tarea asesina. Miró a su alrededor hasta que halló una gran roca. Sin titubear la tomó con ambas manos, caminó rápidamente a donde se hallaba Germán y golpeó con ella en un par de ocasiones la cabeza de aquel pobre infeliz. Los demás permanecían inmóviles. Ninguno se atrevió a hacer nada. La fuerza de Borrego era suficiente para someter a los tres. Así que sólo fueron espectadores de esa escena. Él los miró como preguntando si alguien deseaba defender a su amigo. Los hombres no movían ni un dedo, quizá ni respiraban. Borrego se acercó a Germán y hurgó entre sus pantalones. Sacó unos cuantos billetes, los arrojó a esos tipos, señaló una bolsa con la marihuana y les dijo:

—Aquí no hay pedo. Acá está su parte y todos contentos. Espérense tantito, y el que quiera va a poder cogerse a la chamaca —dijo y los otros respiraron con alivio—. ¡Este pendejo quería comérsela solita!, y nosotros ¿qué? ¡También nos la estamos jugando!, ¿o no? —Los otros tres dijeron “sí” al mismo tiempo. No estaban enteramente convencidos de esa respuesta, sin embargo, tampoco tenían otra opción.

Sebastián poco a poco fue recobrando la conciencia. Tan aturdido como estaba, no entendía lo que pasaba. Además, tenía la visión borrosa. Todo lo escuchaba lejano, como en un sueño; mejor dicho, una pesadilla.

—¿Cómo te llamas, preciosa? —preguntó Borrego a Luisa en una actitud cínica, pues la chica tenía la boca cubierta y no podía hablar. —¡Te estoy preguntando que cómo te llamas, pendeja! —dijo y abrió el cierre de su pantalón. Miró a los sujetos que le acompañaban buscando complicidad. —No me quiere responder esta culerita.

Levantó con ambas manos de los cabellos a Sebastián; una vez que lo tuvo de pie le gritó:

—Le estoy preguntando a la puta de tu novia que cómo se llama y no me quiere contestar, ¿qué se merece?

El chico estaba en vilo, con las manos atadas, sin fuerza en las piernas, sujeto sólo por las fuertes manos de Borrego; lo miró a los ojos como buscando una respuesta a lo que estaba ocurriendo: ¿Quién era esta persona?, ¿cómo habían llegado hasta allí Luisa y él?

—Tú tampoco me vas a contestar, ¿verdad, cabrón?

Sin pensarlo, Borrego le dio un cabezazo en el rostro a Sebastián, tan fuerte que inmediatamente le abrió el pómulo derecho. Lo soltó y el joven fue a dar al suelo.

Luisa estaba aterrada. Lanzó un grito ahogado por el pañuelo cuando vio a su novio caer con el rostro lleno de sangre. No había para ellos ni una pequeña luz que les diera esperanza. Y ahora, su verdugo se acercaba a ella.

—Mira, vamos a empezar otra vez. Yo quiero ser bueno, pero tú no me dejas — dijo y levantó firmemente a Luisa hasta sentarla sobre un viejo cajón de madera —Si tú te portas bonito, no les pasará nada ni a ti ni a tu novio. Mis amigos y yo sólo queremos divertirnos un rato contigo. Vas a sentir rico; ya lo verás —dijo y desabotonó la blusa de Luisa. Ella se resistió encorvando el torso tanto como pudo, pataleando y sacudiendo los hombros.

Ante eso, Borrego respiró profundamente y caminó con calma en dirección a Sebastián que seguía aturdido y sangrando. Los otros rufianes eran un público encantado ante este espectáculo; reían estúpidamente. El hombre sentó a Sebastián sobre el suelo y le pidió a uno de los que estaban allí que le acercara algo para sostener el cuerpo del joven. Rápidamente le llevaron un tambo oxidado. Borrego lo acomodó de tal forma que Sebastián pudo mantenerse sentado en suelo, con el tambo como respaldo; le levantó el rostro jalándolo de los cabellos para que pudiera ver a Luisa. A pesar de la sangre que le escurría por todo el rostro, y que ya tenía completamente cerrado el ojo derecho, Sebastián pudo distinguir a Luisa.

—Escuchen. Yo no tengo nada en contra de ustedes. El pendejo ése —dijo, señalando el cuerpo de Germán— fue quien nos pagó para traerlos hasta acá; y miren, ya hasta les hicimos el favor de matar a esa rata. Ustedes dos están chavos, si se portan bien, mañana regresarán a sus casas como si no hubiera pasado nada.

Lo único que queremos es cogernos a tu vieja, wey —enfaticó, mientras se acercaba al rostro de Sebastián, como si se tratara de lo más normal del mundo. Soltó al joven y caminó hacia Luisa.

—Si cooperas, ya no le pegaremos a tu novio, pero si te pones al pedo, te juro por la Virgencita que lo mato como al otro pendejo. Tú decides.

A la par que decía esto, Borrego acariciaba los senos de la chica. Ella apartó la mirada de Sebastián.

—Te voy a soltar, pero cuidado, si gritas, rasguñas, muerdes o pateas a cualquiera de nosotros ya sabes lo que le pasará a tu novio.

La chica no podía controlar el temblor en su cuerpo. Los dientes le castañeaban y hacía rato que se había orinado. A nadie parecía importarle esto. Clavó los ojos en Borrego pidiendo piedad, pero los halló vacíos, carentes de cualquier rastro de humanidad; eran unos ojos rojos inyectados de rabia, lujuria y ansia; eso y nada más. El hombre continuaba acariciando su cuerpo. Ya no tenía los amarres en las manos, sólo el pañuelo que le cubría la boca. Borrego fue por la misma piedra con la que había matado a Germán y la colocó junto a Sebastián.

—Te quitaré el pañuelo y repito, si gritas, así sea el más mínimo murmullo, le sorrajo esa roca a tu novio. Y yo no amenazo a lo pendejo; ya lo viste.

Borrego se colocó detrás de la chica y desató el pañuelo. Luisa y Sebastián nuevamente estuvieron frente a frente y sus miradas se encontraron. Aquellos ojos con los que antes se juraron amor para siempre se hallaron en el peor de los

infiernos. Cada uno se sentía culpable por lo que estaba pasando. Sebastián se sentía impotente por no poder defender a su novia. Luisa creía que la culpa era suya porque había algo en ella que provocaba deseo en los hombres. La joven no quería que nada le pasara al hombre que amaba; deseaba que terminara esta horrible noche. Tal parecía que se hablaba sin palabras: “Te quiero”, se dijeron como tantas veces lo habían hecho. Luisa cerró los ojos, Sebastián entendió perfectamente que tenía que hacer lo mismo y lo hizo. El joven lloró en silencio; crispó los puños de impotencia. Esos malditos mancillarían a su novia y él no podría hacer nada por impedirlo.

“*Ojos cerrados, ojos cerrados, ojos cerrados*”, repetía la jovencita en suspiros que sólo ella podía escuchar... Y con los ojos cerrados llegó a Luisa la tarde en el Castillo de Chapultepec junto a Sebastián, casi pudo sentir el aire de aquella tarde; quiso estirar la mano para acariciar el rostro de su novio. *Ojos cerrados* para no sentir el frío de aquella noche en su cuerpo desnudo; para no sentir el ariete que forcejeaba para entrar en su boca, ni los dedos ansiosos que hurgaban en su vagina y nalgas. La joven permitió que su cuerpo le fuera ajeno, que su mente pudiera volar lejos y así pensar que no estaba pasando nada. Creyó que esto le ocurría a alguien más, que era otra chica a la que ahora tenían sujeta de la cintura mientras un hombre hundía brutalmente su pene en la vagina. Entonces su cuerpo fue liviano y voló tan alto que aquellas embestidas ni siquiera la tocaron. No eran sus pezones los que mordían sin piedad, ni sus caderas las que golpearon con tanta saña. No, no era ella la víctima de esas crueldades. Ella era un ángel libre que voló hasta donde se hallaba angustiada doña Juana y le susurró al oído que todo estaba bien, que pronto

llegaría a casa. También voló a donde sus padres y les dijo cuánto los extrañaba. Regresó al lado de Sebastián, tomó su mano y le pidió que siguiera con los ojos cerrados. Le platicó de Gustavo, el hijo de ambos que venía en camino, “Algún día iremos los tres al mar. Mantén los ojos así, mi amor, que la noche se acaba”.

El cuerpo de Luisa fue vejado aquella noche. Tenía rastros de sangre por todos lados; su piel quedó marcada por innumerables moretones, no hubo resquicio en ella que no hubiera sido violentado. Despertó en la madrugada, aún estaba oscuro pero se dio cuenta de que los hombres ya se habían marchado. En el lugar sólo quedaron algunas botellas de aguardiente, y los rastros de una incipiente fogata. El cuerpo de Germán no se veía por ninguna parte, pero una gran mancha de sangre en el lugar en donde lo habían asesinado les recordaba que esto no había sido un sueño. Ella intentó levantarse pero no pudo, sus piernas y brazos estaban débiles. Cada intento por incorporarse le provocaba mucho dolor; necesitó apoyarse de un tronco para hacerlo. Sebastián seguía apoyado en el tambo. Desde donde estaba, Luisa lo llamó un par de veces; tan débil se sentía que ni su voz se podía oír. Se mantuvo de pie, sujeta del árbol por varios minutos hasta que poco a poco se dio confianza para llegar a su novio. Cuando estuvo junto a él, trató de inclinarse pero las rodillas se le doblaron y cayó. Ya no hizo por levantarse, sólo buscó acomodo junto a Sebastián y desde allí lo despertó.

—Sebastián, mi amor, ya pasó todo. Despierta; hace frío. Vámonos a casa.

Mientras decía esto, acariciaba el cabello rizado del muchacho. Con mucho esfuerzo y dolor se reclinó hacia él para besarle las mejillas. El joven abrió

lentamente el ojo izquierdo. La miró sin decir una sola palabra. Era una mirada incierta, como de alguien extraño a ella. Volvió a cerrar el ojo, y tras un par de minutos de total silencio intentó ponerse de pie. No fue fácil para ellos salir de ese lugar. No hallaron por ninguna parte la ropa interior de Luisa y su vestido estaba completamente roto. Utilizaron algunos trapos que hallaron en el lugar para cubrir un poco el cuerpo de la muchacha y caminaron hasta la vecindad donde ella vivía. La escena que los recibió no fue tampoco sencilla. Los padres de Sebastián estaban en la vivienda de doña Juana. En cuanto los jóvenes abrieron la puerta, la primera reacción de los padres del chico fue regañarlo, pero no pudieron ni decir completa la primera frase cuando vieron las condiciones en las que venían los muchachos. Doña Juana corrió a abrazar a Luisa. Lo que vino después fue una amalgama de llanto y abrazos acompañados de “¿Dónde estaban?, ¿qué les pasó?, ¿quién les hizo esto?” Había muchas preguntas y ninguna respuesta. Las mujeres llevaron a Luisa a su habitación; Sebastián se quedó con su padre en la sala. El señor apretaba los puños de coraje al ver el rostro lacerado de su hijo y de imaginar lo que podía haber sufrido.

— ¡Vámonos, hijo! Te llevaré al médico para que te revisen la cara —dijo y sujetó por los hombros a Sebastián. Llamó a su esposa y le susurró algunas palabras al oído. Salió el hombre con su hijo de la casita sin decir una sola palabra de despedida.

La madre de Sebastián murmuró un “Después regresamos; estaremos al pendiente”. Doña Juana se quedó sola; no sabía qué hacer. Al poco tiempo llegó un par de vecinas que desde la noche anterior se enteraron que no aparecían los muchachos y estaban preocupadas. Inmediatamente intuyeron lo que le había

sucedido a la muchacha. Una de ellas se apresuró y tomó algunas hojas de naranjo que halló en la alacena para preparar un té; la otra trajo pan dulce de su casa.

—Mire, doña Juana, lo que le pasó a Luisa es algo que nos puede pasar a cualquier mujer; es nuestra cruz. Está muy niña y no tiene por qué cargar durante toda su vida con el dedo de la gente sobre de ella nada más porque la vio... —se detuvo antes de completar la palabra—. No, la gente no tiene por qué enterarse de esto. De aquí no sale. Se les hizo tarde a los muchachos y ya no hallaron camión para acá, por eso se quedaron en la casa de una tía de él. Nada más. Eso fue lo que pasó.

—No la deje salir en un ratito, hasta que ya no se le noten los golpes—dijo la otra mujer.

Doña Juana no atinaba a decir nada. Pensaba en Luisa que no paraba de llorar en la cama; pensaba en por qué no tenía a alguien que las defendiera y diera la cara por ellas. Se sentía culpable por no cuidar bien a esta criatura. Mil cosas se preguntaba, pero esa mañana las respuestas parecían haberse quedado en el limbo a descansar.

Entre las tres mujeres llevaron a bañar a Luisa. Doña Juana no resistió ver el cuerpo herido de la joven. Las mujeres les dijeron que ambas tenían que ser fuertes. Esto les había pasado a las mujeres desde que Dios las había creado y no por eso el mundo se acababa. La vida tenía que seguir. Luisa no paraba de llorar; quizá el dolor físico era el menor. Pedía que la llevaran con Sebastián. Le preguntaba a doña Juana si le había dicho algo. Que a qué hora habría de venir. Más preguntas que no

conseguían respuesta. Lo único que le quedó claro a Luisa, mientras sus vecinas la bañaban con una suave esponja, fue que la condición de mujer supone sufrimiento y resignación. “Silencio y tiempo, hija, es lo que sanará tu cuerpo y alma”.

La tarde llegó y Luisa no había comido, no quería hacerlo. Tenía la imagen de Sebastián rondándole la mente.

En las siguientes semanas, doña Juana tuvo que conseguir quien le ayudara con la fonda. Fue complicado, Luisa era insustituible. Además, los comensales preguntaban mucho por ella. A doña Juana le hicieron falta respuestas que ofrecer, “Ha estado enferma”, “Fue a ver a unos parientes suyos”, “Anda viendo lo de la escuela”...Y la jovencita en su casa no hacía más que sollozar y pensar en Sebastián. Se sujetaba a todo lo que fuera de él: a sus palabras, a los papelitos en donde le escribía pequeños poemas, a sus besos... Y un par de preguntas le giraban en la cabeza todo el día: “¿cómo estará?, ¿por qué no viene a verme?”

Pasó un mes y la chica no supo nada de él. Cuando los moretones de la cara y brazos desaparecieron, Luisa, sin que lo supiera doña Juana, fue a buscar al joven. Tocó por mucho tiempo sin que nadie abriera la puerta. Decidió ir al parque que estaba pasando la calle a esperar que alguien apareciera. Al cabo de una hora llegó la madre del joven. Luisa le habló desde la otra banqueta. La mujer, en cuanto oyó la voz de la jovencita, cambió su semblante, su faz se tornó muy seria y se apresuró a buscar en su bolso las llaves de la casa.

—Hola, hija, ¿cómo sigues? —preguntó la mujer mientras abría la puerta y sin mirar a Luisa. Ni siquiera esperó la respuesta de la muchachita cuando dijo:

—Sebastián no está, se fue con unos primos a Sonora. Ya desde hace tiempo quería ir a verlos y como ahorita no está estudiando...

Adentro de la casa y sin permitirle decir ni una sola palabra a Luisa finalizó:

—Bueno, pues cuídate mucho. Salúdame a doña Juana— Y así, sin más, cerró la puerta y dejó a Luisa totalmente confundida.

La madre de Sebastián siempre había sido muy amable con la joven. Era una mujer sonriente y apoyaba en todo a su hijo. Por ello, Luisa no podía comprender estas actitudes.

Después de esa tarde, ella regresó a buscar a su novio en tres ocasiones más; la actitud de la señora no fue diferente, al contrario, cada vez era más tajante y hasta grosera. La chica suplicaba le permitiera verlo, que no entendía por qué se comportaba así. Todo fue en vano.

Ya habían pasado dos meses desde la violación. Nadie sabía del embarazo de Luisa; existían varias razones que le habían favorecido para ocultarlo: ella era una chica delgada y quizá por eso no se notaba mucho la curva de su vientre; también, después de la violación había optado por ya no usar ropa ajustada, siempre llevaba una sudadera o una chamarra; y por otra parte, era poco el tiempo que convivía de cerca con doña Juana.

Una de esas tardes que se sentaba frente a la casa de Sebastián por fin lo pudo ver. El padre del chico llegó en su auto, bajó apresurado y caminó a la casa. Después de cinco minutos salió con un par de maletas que guardó en el automóvil.

Fue cuando Luisa vio a Sebastián. Era el mismo joven guapo del que se había enamorado, con el cabello rizado que tanto le gustaba, pero sin su habitual sonrisa. También su mirada era diferente, parecía lejano.

—¡Sebastián, Sebastián! —le gritó Luisa desde la otra banqueta y corrió hacia él, pero el chico no dio ninguna señal de entusiasmo. El padre del joven que ya se había sentado ante el volante, bajó la ventanilla y le exigió que se subiera. Luisa tomó la mano del muchacho y lo miró fijamente.

—¡Dime qué está pasando! ¿Por qué no me has buscado?, ¿a dónde vas?

Pero ahora se hallaba ante un ser callado y de semblante sombrío. Un hombre que de pronto la miró como si no la conociera, o peor aún, como si ella hubiese cometido el peor de los delitos.

—Mira, tú y yo ya no tenemos nada que ver. Si no te he buscado es porque ya no me interesas.

Éste no era de quien Luisa se había enamorado. Mucho menos el joven tierno que siempre le hacía sentirse segura. Sebastián tenía los ojos rojos de furia, mostraba los dientes como las bestias. La tomó de los brazos y la atrajo hacia él.

—No me importa nada de lo que hagas. A partir de hoy, olvídate de mí. No existes, ¿oíste? Ya no eres parte de mi vida. No regreses nunca.

Nuevamente se le negó a Luisa la oportunidad de decir una sola palabra. Sebastián la empujó, se subió al auto y su papá arrancó.

La madre del joven miró la escena desde una rendija de su ventana. Lo último que vio cuando la cerró, fue a la muchachita cubriéndose la boca con ambas manos; lloraba copiosamente. Lo que Luisa en verdad deseaba era gritar, gritar hasta quedarse vacía; expulsar de su alma los recuerdos, las promesas de felicidad eterna que se prometió con el chico que ahora se alejaba. La joven miraba de aquí para allá buscando algo de dónde asirse. No hallaba el fin de esta pesadilla que inició la noche de un domingo dos meses atrás. Un huracán se había estacionado en su vida y no tenía la intención de irse. Luisa bajó las manos hasta su vientre; a pesar de todo, trataba de darle amor al ser que, valientemente, se había sujetado a ella, resistiendo la violación. El pequeño Gustavo estaba allí, aún quería vivir.

Sin embargo, todavía venía un golpe muy fuerte para Luisa, como si lo que ya había vivido no fuera suficiente. El buen Dios no aparecía por ninguna parte. Apenas dos semanas después de eso, doña Juana sufrió una trombosis que la mantuvo en estado crítico y al cuarto día falleció. Luisa tuvo que hacerle frente a los gastos de hospitalización y de sepelio con los pocos ahorros que tenían y con la ayuda de los vecinos. De los familiares de su mentora no supo sino hasta pasada una semana, cuando llegaron dos mujeres y un hombre que se dijeron hermanos de doña Juana a exigir “los bienes de la difunta”. Luisa no pudo hacer nada para evitar que estas personas se llevaran todo cuando pudieron: sillas, mesas, cortinas. Dejaron la fonda vacía. Jamás los volvió a ver. Luisa volvía a estar sola, sin trabajo, sin doña Juana, sin Sebastián. ¿Algo peor podría venir a su vida?... Sí.

**

El frío de la noche arrancó a Luisa de aquel mundo de recuerdos. Gustavo no llegaba y eso era ahora lo más importante para ella. Por más que intentaba serenarse no lo conseguía. Estaba a punto de cerrar la puerta cuando escuchó que alguien le llamaba: era Óscar, el amigo de su hijo. El joven caminaba tambaleándose y sangraba de la cabeza.

—¡Señora, señora... Gustavo...! —dijo con dificultad y continuó caminando hacia ella.

—¿Qué le pasa a mi hijo?, ¿en dónde está? —preguntó Luisa desesperada. Todo era muy confuso. —¡Óscar, respóndeme, por favor! —suplicó.

—¡Señora, van a matar a Gustavo!

Luisa creyó que esto era una pesadilla, otra de tantas que la habían perseguido por la vida, un sueño maldito que se repetía. Miró a los ojos al joven ensangrentado, quería pensar que era una broma y que en cualquier momento aparecería Gustavo burlándose a carcajadas de ella. Pero no, el chico estaba a nada del desmayo y su hijo, perdido, lejos de allí, en peligro o tal vez ya muerto. Con gran esfuerzo, recostó en el sillón de la casa a Óscar que balbuceaba cosas sin sentido, salió apresurada.

—Dios mío, cuídalo —imploró mientras le temblaba todo el cuerpo; no sabía siquiera en dónde debía ir a buscar a su hijo. Corrió en sentido contrario por donde había llegado Óscar. La calle estaba vacía y la única testigo de esta escena era la luna que, apacible, se reflejaba en un charco de agua.

CAPITULO IV

Sebastián

—1... 2...3... ¡Jalen fuerte! —dijo uno de los hombres que tiraban de la pequeña embarcación varada en la playa de aquel pequeño puerto. Era de noche y la marea estaba alta. Seguramente en el próximo intento podrían meterla al mar. Una vez que estuvo en el agua, algunos hombres subieron a ella, otros más tomaron sus herramientas de pesca y se fueron. Sólo un hombre permaneció en la playa. Despidió a los pescadores sacudiendo en alto la mano, sonreía ligeramente. Llevaba una playera blanca, un short café, no traía calzado, era un tanto obeso y cubría su cabeza con una desgastada gorra. Era Sebastián.

—¡Nos vemos al ratito para echar el trago, Sebastián! —gritó uno de los pescadores que iban a bordo de la lancha.

Ya no era el jovencito de diecisiete años de edad; ahora era un hombre de treinta y cuatro. Tomó la mochila que había dejado colgada de un árbol y subió a la punta del cerro que se hallaba junto al puerto; ésa era su rutina de viernes por la noche desde hacía varios meses. Esperaría unas cuatro horas a que regresaran los pescadores. Allá arriba encendería una fogata, bebería un poco de mezcal, leería alguna novela y se echaría a ver las estrellas.

Mientras miraba cómo chispoteaban las brasas de aquella fogata, recordó como había llegado hasta ese lugar hacía diecisiete años...

**

—Mira, mijo —le dijo su padre—, no tienes la culpa de lo que le pasó a esa muchachita. Las mujeres son coquetas, andan por la calle enseñando la pierna, se dejan piropear y por eso les pasa lo que les pasa. Tienes toda una vida por delante y no vas desperdiciarla por esa chamaca. Es más, ni sabemos de dónde viene, ni quién la parió. No —dijo enfático—, tú te irás unos meses con tu tía a Oaxaca. Allá está muy bonito y viven cerca del mar. Ya luego te regresas, cuando se haya olvidado todo y estés más sereno.

Sebastián no tenía voluntad. Ni siquiera asintió ante la decisión de sus padres. Se sentía confundido. Siempre había sido un joven dueño de sus decisiones, pero ahora no. Estaba abatido y todo su mundo había cambiado desde aquel domingo. Dormía sólo un par de horas y lo despertaba la misma escena. Aquella que Luisa y él habían vivido juntos. Se veía a sí mismo amarrado y amordazado en el suelo. Miraba cómo esos hombres ultrajaban a su novia una y otra vez sin que él pudiera hacer nada. Había sentido impotencia y también miedo de que en cualquier momento lo mataran. No supo cuántas horas duró ese horrible trago. Pero ahora lo revivía a diario, a cada hora. Dejó de salir con sus amigos, se escondía cada que alguien iba a buscarlo. En cuanto a Luisa, no podía verla de frente; sentía que ella le reprocharía no haberla protegido.

La última vez que la vio fue la tarde en que su padre compró los boletos de autobús. Fue un golpe duro, quiso decirle que lamentaba lo que había pasado; que la amaba pero que no se sentía un hombre capaz de merecer su amor, que no podía oponerse a la voluntad de su padre, no tenía fuerzas para hacerlo. Pero en lugar de eso, fue cruel con ella, la sacudió y le exigió que se alejara de él. En cuanto el auto avanzó Sebastián lloró. Lloró como nunca en su vida. No le importaba que su padre lo mirara. Mordía la manga de su suéter y se retorció. Su padre lo miraba desconsolado y reforzaba su idea de que sólo alejándolo de esa muchacha se sentiría mejor.

Tardaron dieciocho horas y dos trasbordos de autobús para llegar a la casa de su tía. El pueblo era sencillamente hermoso. Tenía una placita rodeada de jardineras y muchas casuarinas jóvenes al centro. Los cerros que lo rodeaban estaban tupidos de verde, había palmeras, fresnos y todo tipo de plantas y flores. Los canarios, faisanes y pelícanos entonaban un enérgico saludo al nuevo día. Antes de llegar a su destino, Sebastián y su padre se detuvieron a tomar chocolate y pan de canasto en la escalinata de la iglesia del pueblo.

—Te dije que te traería a un paraíso—dijo mientras lo tomaba por los hombros—. Lo pasado en el pasado está. Déjalo allí. Éste es sólo un escalón, en cuanto te sientas mejor veremos cómo te inscribimos en la universidad de Oaxaca, allá, en el centro del Estado, te rentamos un cuarto y cada mes te daremos un dinerito para tus gastos. No tardarás en hallar amigos, trabajo, ¡y una novia hermosa, carajo! ¡Nomás mira qué chamacas tan chulas hay por acá! Gente sana, no como la que vive en la ciudad.

Sebastián escuchaba y nada más. Sí, había muchachas muy bonitas caminando por el lugar; sí, el aire era fresco; sí, el canto de las aves parecía ofrecerle una nueva y renovada vida. Sonrió. Fue una sonrisa ligera, apenas si una elevación de las comisuras. Tomó con gusto su chocolate.

La familia los recibió de muy buen modo. Dejaron las maletas en un rincón de la casa y uno de sus primos los llevó a conocer el lugar en tanto las mujeres preparaban la comida. El joven era como todos los del lugar: moreno, delgado y fuerte. Masticaba como si nada una vaina que había cogido por allí. Con su machete de campo apartaba las ramas que se le atravesaban en la vereda y les decía:

—Llueve casi todos los días, y recio, pero ya por la mañana está despejado y el aire limpio. Acá no hay eso del smog, ni nada de esas cosas. Se trabaja duro desde tempranito, se duerme la siesta a media tarde; ya luego uno se sale a dar la vuelta por la plaza. Acá se vive bien; se vive en paz.

¡Paz!, ¡qué palabra tan hermosa! Eso era lo que necesitaba Sebastián.

Le mostraron el cuartito cerca de la casa que habían acondicionado para Sebastián.

—No es mucho lo que podemos ofrecerte, primo, pero estoy seguro de que si le echas ganas, te harás de una nueva vida.

Sebastián asintió con la cabeza. Le sonrió a su padre. Éste lo abrazó satisfecho.

Cuando regresaron, la mesa estaba llena de platillos y las sillas dispuestas para que las ocuparan. Había pollo en mole negro salpicado con ajonjolí; cecina frita, con cebollas y pimientos; chicharrón en salsa verde, frijoles y arroz. En una mesa aparte habían puesto una jarra de vidrio llena de leche y otra de barro con café de grano. Había también un pequeño sesto con cocoles, conchas y panqué de queso de cabra. Llegó toda la familia y algunos vecinos. ¡Aquel día era de fiesta! Las mujeres les pidieron que se sentaran, que las tortillas estarían listas en un par de minutos. Comieron todos con gusto; se preguntaron por éste y por aquélla; que si ya se había casado la prima tal. Sebastián sonreía, no como antes, pero en ese lugar, y con su gente, se sentía cobijado. Verdaderamente pensó que ya estaba todo bien, que lo peor había pasado... ¡Qué equivocado estaba!

Esa noche, el mismo maldito sueño le arrebató su breve lapso de tranquilidad. Pero ahora era más fuerte la culpa: no sólo había sido incapaz de defenderla sino que había abandonado a Luisa. Llevaba la palabra cobarde tatuada en la frente. Lo sabía.

Al otro día le pidió a su padre se regresaran a casa, que deseaba hablar con Luisa y pedirle que lo perdonara.

—¿De qué te tiene que perdonar esa escuincla? Lo que le pasó fue sólo culpa suya, por andar provocando a cuanto hombre se paraba por la fonda. De seguro, hasta con *premio* la dejaron.

A Sebastián nunca le había pasado por la mente que Luisa estuviera embarazada de aquellos hombres. ¿Cómo se sentiría ella si esto fuera cierto? A

partir de allí, cada día iría creciendo la culpa que sentía el joven. Su padre fue tajante, se quedaría allí al menos por unos meses. No había vuelta atrás. Su estancia en ese lugar no fue nada cómoda, ni para el chico ni para su familia que, por más esfuerzos que hacía, no lograba animarlo. Pasaba todo el día encerrado en su cuarto pensando en Luisa. No había forma de comunicarse con ella. No tenía el teléfono de nadie cercano a ella. En el mercado en donde ella trabajaba sólo había una línea telefónica y allí le pasaban los recados. Por más esfuerzos que hizo no lograba recordar el número. Lo había anotado en uno de sus cuadernos y todos los había dejado en casa.

Los meses se hicieron un año y la situación aún era desesperante para el joven y los que lo rodeaban. En un par de ocasiones fueron sus padres a hablar con él y nada cambió.

Tenían otra tía que vivía cerca de allí y también se ofreció a darle alojamiento. Aceptaron, aunque sabían que el joven seguiría con la misma actitud. Sin embargo, ahora su deseo de ir a ver a Luisa había decrecido; no sabía cómo reaccionaría ella al verlo a más de un año de haberla abandonado; seguramente le reprocharía su cobardía.

Sebastián estaba hundido en una depresión y ninguno de los esfuerzos de sus seres queridos podía salvarlo, quizá ni el mismo Dios.

El nuevo cuarto en donde viviría Sebastián era un poco más grande que el anterior. Sólo le ofrecerían una comida al día y de lo demás él se debía de encargar. Poco a poco buscó la manera de generar algo de dinero. No estaba acostumbrado a

las labores del campo, pero le pidió a don Jesús, el único mecánico del lugar, que le diera empleo. Su rutina era sencilla: levantarse temprano para ir a trabajar, allí mismo le llevaba su tía la comida y por la tarde se encerraba en su cuarto. Para matar el tiempo empezó a leer. Leía cualquier cosa que le llegara a las manos. Alguien le dijo que en un poblado cerca de allí solicitaban un maestro para la escuela primaria y, aunque él sólo contaba con los estudios de preparatoria, todos estuvieron de acuerdo de que era más que suficiente para dar clases. Incluso el sueldo que le ofrecían era inferior al que le daban como mecánico. Él no sentía vocación por la enseñanza; a Sebastián lo que le importaba era estar el mayor tiempo alejado del lugar en donde vivía, por eso llegaba desde temprano a preparar sus clases y se iba hasta la noche, porque apoyaba a un grupo de alfabetización para adultos. Los sábados organizaba tardes de lectura. Al principio no fue fácil, nadie quería leer, ¿qué necesidad había de eso? Así que las disfrazaba de tardes futboleras; eso sí les interesaba. Cuando ya estaban todos cansados y contentos les platicaba sobre alguna novela o cuento que hubiera leído. Descubrió que si les decía que esas historias eran obras inventadas por alguna persona muchos años atrás no les ponían interés, pero si les decía que eran “chismes de la capital” la cosa cambiaba, y escuchaban con gran entusiasmo. En una ocasión les dijo que *Cien años de soledad* era una novela que estaba de moda en la ciudad y tal fue su alegría que lo escucharon cada sábado durante los dos meses que tardó en leérselas. Jamás se interesó por ninguna chica. Una que otra muchacha hizo el intento de acercarse a él, pero en cuanto lo hacían, él les cortaba toda intención. Les hablaba brusco e incluso hasta grosero.

Fue en esos tiempos en los que empezó a visitar el puerto pesquero cercano a donde él vivía e hizo amistad con los pescadores del lugar. Habían transcurrido varios años desde que lo habían traído a vivir acá; no tenía ningún deseo de regresar a la ciudad y pensaba que su pasado con Luisa ya había quedado atrás, hasta aquel día en que se había ofrecido a ayudarlo a uno de sus amigos en su negocio de renta de lanchas. No le gustaba mucho tener contacto con la gente, pero se sintió comprometido y aceptó.

El día ya estaba por terminar cuando escuchó que alguien le habló:

—¿¡Sebastián!?! ¡Carajo, no puedo creer que seas tú! ¿Cómo estás?

Era Neto, un amigo de la infancia. Habían pasado mucho tiempo juntos, pues ambos jugaban en el mismo equipo de fútbol.

—¡No lo puedo creer, mi hermano! ¡Pensé que nunca te volvería a ver! Nadie supo, jamás, ni una pizca de ti. Tus padres sólo nos decían que te habías ido al Norte con unos tíos, pero nada más. ¿Qué pasó contigo?

Neto insistió que le acompañara a tomar una cerveza con él. “No me puedes negar ese gusto. Es casi un milagro volverte a encontrar, ¡y hasta acá!”, —le dijo sujetándolo de los hombros. Caminaron hasta una palapa, Neto pidió que llevaran cervezas y una orden de camarones al mojo de ajo.

Hablaron por varios minutos de cosas triviales, del clima y de fútbol. Neto lo puso al tanto de quien se había casado y con quién. De que el taller lo clausuraron y jamás lo volvieron a abrir. Sebastián lo escuchaba, pero lo único que deseaba era

preguntarle por Luisa. Su amigo siguió hablando por varios minutos, pidió otra orden de camarones. Después de un trago a su cerveza, fijó la vista al mar y preguntó:

—¿Qué fue lo que pasó, Sebastián? ¿Por qué saliste huyendo? Háblame con franqueza, viejo. Si tenías algún problema nos hubieras dicho; tenías a muchísima gente que te quería y que hubiera dado el alma por ti.

Sebastián no dijo nada, tenía en su mente las escenas que creía olvidadas, las que le habían quitado el sueño por años. ¿Cómo decirle a Neto que habían violado a Luisa y que él no había podido hacer nada para defenderla? Que a partir de ese día dejó de sentirse un hombre capaz de merecer el amor de esa hermosa mujer. Que por varios años fue sólo un guiñapo que se movía a la voluntad de los otros. ¿Con qué palabras podía explicar todo eso?

—Viejo —dijo Neto con un valor inducido quizá por el alcohol—, perdóname por lo que te voy a decir, pero a ti no te creo capaz de haber abandonado a Luisa. Estoy completamente seguro que tú te fuiste sin saber que ella estaba esperando un hijo... un hijo tuyo, sin lugar a dudas.

Sebastián lo miró con los ojos atónitos y el alma hecha un tirón. Movi6 la cabeza como negándose a escuchar lo que le decían. No lo podía creer: Luisa estuvo embarazada, ¿de él o de aquellas bestias? Todo era posible. Sí, la joven y él habían tenido relaciones, y el niño podría ser suyo; pero también podía ser fruto de la vio... No pudo ni terminar la frase para sí mismo.

—Mira, compita, mi esposa es amiga de Luisa y la invitó a la fiesta de mi hijo; ella llevó al suyo, se llama Gustavo y, cabrón, ¡es una copia de ti! ¡Es igualito! Tiene

tu mismo cabello, tus ojos y tu sonrisa... la de antes, cuando vivías por allá. No me creas a mí, pregúntale a tu prima Estela, ella estuvo allí y opinó lo mismo.

Sebastián no podía decir ni media palabra. Se sentía aturdido; las ideas eran un mazo que le atolondraba la cabeza. Lo único que atinó hacer fue pedirle a Neto su número telefónico y que, en cuanto llegara, le pidiera el suyo a Estela o alguna dirección para poderle escribir. Necesitaba urgentemente saber más sobre Gustavo. Se despidieron con un abrazo y con la promesa de mantenerse comunicados.

—No me falles, mi Neto. Te deberé una —dijo Sebastián con voz entrecortada y casi a punto de llorar.

Neto cumplió su palabra y le dio a Sebastián todos los datos que obtuvo de Estela. A ella le dio mucho gusto saber de su primo. Durante los siguientes meses recibió varias cartas y lo puso al tanto de cómo estaba la familia. Sin embargo, Sebastián fue enfático: de quienes deseaba tener noticias era de Luisa y de Gustavo. Estela dijo que en la familia había gran hermetismo sobre ese tema, pero que haría lo posible por buscarla.

Por lo menos una vez al mes el cartero hacía sonar su silbato y Sebastián salía corriendo para recibir su correspondencia.

—Muchas gracias, acá le tengo un regalito —le dijo Sebastián al mensajero; siempre tenía a la mano una pequeña botella de mezcal para mantenerlo contento.

Después, se encerraba en su vivienda. Ya desde hacía mucho no vivía con su tía. Había rentado un pequeño cuarto. Todo allí era viejo, pero a él no le importaba.

Tenía los muebles repletos de libros y cuadernos. Estela escribía poco, era muy concisa y esto a Sebastián le molestaba; sin embargo, él era paciente y la convidaba a que le diera más detalles del niño. Las cartas empezaron a ir de unas cuantas líneas a varios párrafos. Con el tiempo, Estela logró que el lazo afectivo entre ella y Luisa creciera:

Logré hacerme amiga de ella; no me lo dice abiertamente, pero estoy segura de que aún te ama. El niño cada día se parece más a ti. Ella tiene otro hijo, se llama Jacobo; también es lindo. Me dijo que del padre de este otro niño no había nada que decir. Fue un compañero de la fábrica. Intentó algo con él más por la necesidad de sentirse respaldada por alguien que por amor. El tipo era casado, ella no lo sabía y prefirió alejarse de él. Si me entero de algo más, te volveré a escribir. Cuídate mucho. Espero que pronto vengas a visitarnos, serás bienvenido.

Nada ansiaba tanto como aquellas cartas. Fueron un vínculo entre Sebastián, Luisa y los niños. Se enteró de lo terrible que fue la vida de ella cuando falleció doña Juana. Falló a la promesa de estar a su lado siempre, justo cuando más lo necesitaba. La vida de Sebastián volvió a caer en la incertidumbre, necesitó más horas de trabajo para mantener la mente ocupada. Los fines de semana pedaleaba su bicicleta hasta el puerto para pasar el día con los pescadores. Empezó a beber más y más. Pero los días en que llegaba el cartero, él lo esperaba sonriente y con sus mejores ropas.

Las cartas lo pusieron al tanto de la Primera Comunión de Gustavo y la pequeña fiesta que Luisa les organizó a sus pequeñines:

El pastel era muy pequeño, y prácticamente fueron todos los vecinos de Luisa los que compraron lo demás: vasos, platos, gelatinas... Los niños estaban felices. A un chico de la vecindad se le ocurrió pintarse de payaso. No te puedes imaginar la cara de Gustavo y su hermanito, ¡se les caía la baba y echaban chispitas de alegría por los ojos! El joven los pasó al frente y organizó un concurso. La sonrisa de Gustavo era la tuya. Sebastián, por favor ¿cuándo vas venir a conocer a tu hijo?

Nada cambió los próximos años. Llegaban cada mes las cartas de Estela y Sebastián las leía atento.

Cuando Estela le escribió avisándole de la muerte de Jacobo fue enfática en decirle que era en ese momento cuando tenía que hacerse de valor y visitar a Luisa, porque lo necesitaba.

Gustavo está desconsolado, un camión atropelló a su hermanito frente a él y se siente culpable. Tu presencia les será de gran alivio a los dos. Ya no lo pienses, primo. Dime qué día vendrás y yo misma te llevaré a verlos. Sé que con eso mis tíos me dejarán de hablar por lo que me resta de vida, pero no es posible que no apoyes a Luisa y a tu hijo en estos momentos.

Sebastián carecía de valor para enfrentar esto; simplemente no podía hacerlo. Sabía que no podía darle la cara ni a Luisa ni a Gustavo después de haber sido tan

cobarde durante estos años. Le ofreció a su prima una par de ridículas excusas: “No hay maestros en la escuela”, “no puedo ausentarme”.

Le envió todo el dinero que pudo juntar, que era casi nada, su sueldo de maestro rural no daba para más, y le pidió que lo mantuviera enterado.

Sebastián, a través de las cartas, pudo ver a un Gustavo que no solo crecía pareciéndose física y emocionalmente a él. Era un joven que también, como él, se alejó de la vida y dejó de hablar. Estela ahora escribía detalladamente sobre las peleas del muchacho, de cuando lo expulsaron de ésta y de aquella escuela. De cuando lo halló una tarde inhalando thinner en el parque. Era un joven solo y sin amigos.

No sabes lo doloroso que fue verlo así. Estaba en una banca y miraba a los columpios vacíos. No supe si hablarle, pero ¿qué otra cosa podía hacer? Luisa siempre me había presentado como una amiga suya. Con mucho cuidado me acerqué a él. Le dije que no le diría nada a su mamá; que podía confiar en mí. Él no dijo nada, seguía mirando los columpios; sus ojos querían llorar, pero el orgullo se lo impedía. Le dije que su hermano, desde donde estaba, lo miraba y se sentía muy triste de lo que estaba haciendo. Que era muy guapo e inteligente, que seguramente había muchas muchachitas interesadas en él, ¿Qué más podía decirle? Sebastián, te juro que en ese momento pensé que a quien le hablaba era a ti...

Nuevamente hallé a Gustavo en la calle. Se había peleado, tenía muchos golpes en la cara. También esta vez inhalaba la porquería ésa. Me duele no

poder hacer nada por mi sobrino. Sí, ese niño lleva mi sangre, pero su padre es un necio, un cobarde... ¡un sinvergüenza! ¿Qué más puedo decir y pensar de ti, Sebastián? Creo que es muy estúpido de mi parte seguirte escribiendo. ¿Qué esperas que le pase a tu hijo para decidirte a hacer algo por él?

Estela intentaba, a través de sus cartas, hablar del dolor que sentía Gustavo, y aunque su intención era buena, no resultaba sencillo adentrarse siquiera un poco en ese caparazón de resentimiento y culpa que el chico se había construido. Había mucho miedo en su vida; desde que amanecía hasta el último minuto de la vigilia. Cuando cerraba los ojos creía oír el rechinado de las llantas. Pensaba que desde donde su hermano estaba le reprochaba por su muerte. Gustavo mismo se reclamaba constantemente: “Si no lo hubiera descuidado seguiría aquí”, “Si no le hubiera gritado habría atravesado la calle y seguiría vivo”.

Gustavo nunca había resentido tanto la ausencia de su padre como ahora. No entendía por qué lo había abandonado.

—¿Tan infeliz hizo a ese hombre la noticia de que yo venía en camino que salió huyendo?—se preguntaba. Desde la muerte de Jacobo el odio que sentía por la “persona” que lo había engendrado creció —ni siquiera sabía su nombre, Luisa nunca se lo había dicho—. Lo culpó de todo.

En la calle aprendió que una estopa empapada con solvente se llevaba la soledad. No era cierto, aún así se sentía solo. Pero al menos el tiempo se pasaba más rápido; los pensamientos también eran más ligeros, y él necesitaba pensar menos.

Sebastián no pudo terminar de leer esa carta. Las paredes de aquella choza le sirvieron de refugio para llorar como hacía años no lo había hecho, mordía las sábanas y se golpeaba la cabeza con el puño; maldecía su cobardía, al Dios mudo y ciego que permitió que la desgracia cayera sobre él y Luisa cuando apenas eran unos jovencitos. Se arrodilló junto a su cama con la carta dentro de su puño derecho. Cuando se puso en pie volteó a su alrededor, a su pequeña ermita; los libros lo miraban como público expectante en el patíbulo; ninguno de ellos había pedido ser compañero de él en su claustro. Sebastián gritó. Necesitaba expulsar de sí al demonio que le carcomía el alma. Golpeó con el puño los ladrillos de barro, un golpe tras otro; miraba en su mente a los verdugos de Luisa y se llenó aún más de rabia. Recordó las tardes con la muchacha a su lado; los sueños que juraron harían un día realidad; las veces en que se amaron con la más pura castidad de quien se entrega al otro con devoción. Sus puños sangraban, sin pensarlo estrelló su cabeza contra el muro. Cayó inconsciente al piso, con lágrimas y sangre en el rostro. Los libros fueron los únicos testigos de eso, sólo ellos supieron el día y la hora en que él se pudo poner en pie, en que se animó a salir a la calle para que sus vecinos lo vieran y lo llevaran al médico. No le dijo a nadie ni una sola palabra...

Un golpe definitivo para Sebastián fue cuando se enteró de que Gustavo cayó en el Tutelar para Menores por robo a mano armada. Estuvo varios meses allí y fue un viacrucis para Luisa.

Consiguió dinero prestado de donde pudo; tomó una mochila; guardó allí algo de ropa y se dirigió a la terminal de autobuses, pero unos pasos antes de la ventanilla se detuvo... No, no podía hacerlo. Una vez más se acobardó. ¿Cómo

podría, después de tantos años, ponerse frente a Gustavo y decirle: “¡Hey, soy tu padre, vengo a corregir tu vida!”? ¿Tendría siquiera el valor de darle a la cara a Luisa? No, todo esto lo rebasaba por mucho. En cuanto llegó a su vivienda le escribió a su prima:

Mi querida Estela:

Hoy no reconocerías en mí lo que algún día fui. Todo me produce temor, apenas si salgo de casa para dar mis clases. No podría hacer nada por mi hijo —por primera vez se refería a Gustavo como su hijo—, ni por su madre. Agradezco, el amor y todo el esfuerzo que en estos años has ofrecido para mantenerme al tanto de ellos, pero ya no puedo, te lo juro. Ya no me escribas, ya no me digas nada de sus vidas. Por favor.

Quedo de ti, para siempre.

Sebastián.

Estela le escribió una última carta reclamándole su falta de valor, de humanismo; le decía que era un ser despreciable por abandonar una vez más a su hijo. Sin embargo, Sebastián no se enteró de esto porque quemó la misiva sin haberla leído. Jamás supo que Gustavo quedó libre gracias a que la parte acusadora afirmó que quien iba armado era su acompañante y no él. Que él jamás se comportó agresivo y que lo único que hizo fue estar detrás del otro muchacho. Ni tampoco supo del giro que dio la vida de Gustavo: que regresó a la escuela, que estaba buscando empleo... que tenía una hermosa novia. Gustavo y Luisa iban bien, y, posiblemente, había un lugar en esa pequeña familia esperando por él.

Todo esto le fue ajeno; la vida de Sebastián se desgajaba. Nada ni nadie podía hacer algo por ayudarlo. Dejó de dar clases, no se preocupaba si comía o no.

El encuentro

Esa noche —la noche en que Gustavo recibió la bala— Sebastián estaba en el cerro junto al puerto. Llevaba un par de días allí, sin comer, bebiendo mezcal puro, quemándose las entrañas. Ya no resistía más, no tenía ningún sentido la vida. La culpa lo perseguía y llevaba varios días sin dormir ni un minuto. En la playa miraba a los hombres echando sus barcas a la mar para la pesca. Los restauranteros limpiaban las palapas; levantaban las latas de cervezas que los turistas habían dejado en la arena. Una pareja caminaba de la mano por la playa.

Él subió a unas rocas altas desde donde se podía ver la luna —cualquiera podía haber dicho que era la más hermosa que jamás se hubiera visto, pero para Sebastián todo, hasta esa belleza, había perdido su encanto.

Miró la blanca espuma que se hacía cuando las olas golpeaban las piedras que estaban al fondo del acantilado; pensó que en cuanto se estrellara contra ellas quedaría redimido. El golpe tenía que ser contundente; sólo así quedaría en paz. Sus pies estaban en las lindes de la roca. Recordó a sus padres, a sus amigos, pero sobre todo pensó en Luisa y en su hijo. Nuevamente regresó la mirada a la luna. Tomó una bocanada de aire y cerró los ojos. Un rayo de luz atravesó su mente; un túnel vertiginoso se abrió ante él; un abismo que lo atraía pero que a la vez lo

mantenía atado a la roca. Él ya no era dueño de su cuerpo; era la hoja del árbol detenida en el quicio de la ventana, esperando que el viento viniera y lo llevara a otra aventura. El tiempo se detuvo y sus ojos se encontraron con los de su hijo, jamás lo había visto, pero sabía que era él. Era Gustavo, el joven de diecisiete años que llevaba consigo muchos sueños que quedarían en el olvido, que dejaba en su casa a una madre preocupada y una novia que lo amaba. Llevaba, también, una bala en la espalda. Sebastián pudo ver detrás de su hijo el halo de la muerte.

No hubo reproches en aquella mirada. Sebastián quiso disculparse, hablarle de toda la culpa que cargaba consigo de hace tanto. “Me voy contigo, hijo, porque este mundo ya no tiene sentido”, pensó. En los ojos de Gustavo supo que no le era fácil despedirse de la vida, más ahora que había encontrado tantos amigos, amor y un sendero tranquilo. Pero seguía cayendo, el asfalto lo esperaba y nada lo detendría.

Sebastián pensó que tal vez habría alguna manera de cambiar su vida por la de su hijo. Eso es lo único que lo haría feliz. Extendió sus manos deseando alcanzar el rostro del muchacho. Buscaba las palabras para pedir perdón, pero no existían. Nada en la vida lo había preparado para este momento. Se escuchó a sí mismo hablándole a Gustavo, le ofreció un par de palabras, las únicas que podía decir:

—Hijo, perdóname — eso y nada más.

El instante en que Gustavo caería al suelo estaba por llegar. Puso sus ojos de miel en los de su padre y asintió con la cabeza. Con esa mirada lo abrazó como quiso hacerlo tantas veces cuando era pequeño. Con esa mirada lo besó en la frente,

con amor, con el mismo amor que lo hacía Luisa cuando se despedía de él y de su hermano.

Gustavo cerró los ojos...Su cuerpo había tocado el suelo. Quedó sin vida en aquella calle de la ciudad de México. Su alma dejó aquel cuerpo inerte y voló. Ya no había dolor. Las cosas ahora eran tan claras, como nunca antes lo habían sido.

Chester, su asesino, lo miró y sólo entonces supo que sin sentido le había arrebatado la vida a un joven de su propia edad. Que se había condenado a huir de aquí para allá. Que este cuerpo sin vida sería una imagen que cargaría para siempre.

Él no supo en ese momento que la máquina que teje los caminos de la vida le tenía deparadas más líneas en esta historia: años más tarde, acompañó a un amigo suyo a acribillar a un sujeto —no tenía ni la más mínima idea de quién era ni qué había hecho—. Los vio, lo vieron, él estaba desarmado, ellos, no; corrieron varias cuadras; él trastabilló, le dieron alcance y después del primer balazo los demás fueron fáciles. En total le asentaron cinco balas. A Chester lo aprehendieron después. Hasta ese día supo que el hombre que había asesinado se llamaba Carlos Hernán Gutiérrez, alias el Borrego. Le dieron veinte años de cárcel. No llegó ni a los cinco cuando lo hallaron una madrugada de enero con varias cuchilladas en el abdomen. Jamás se supo quién lo había asesinado.

**

Sebastián sintió un golpe fuerte de viento marino; lo hizo retroceder un par de pasos alejándolo de la orilla de las rocas. Se tiró al suelo, ¿había sido cierto esto que vio?, ¿fueron los ojos de su hijo los que con infinita dulzura le ofrecieron el perdón

que necesitaba? No lo sabía... ¡No sabía nada! Lo único cierto es que ya no se sentía ebrio, estaba más lúcido que nunca. Caminó hasta adonde había dejado su bicicleta y pedaleó hasta su casa. Cuando llegó, todavía era de madrugada. Juntó algo de ropa en una pequeña maleta y salió con dirección a la terminal de autobuses. Esta vez no lo pensó, dejó su bicicleta recargada en cualquier parte y compró un boleto para la Ciudad de México.

La luz del día llegó mientras él iba sentado en el autobús del lado de la ventanilla. Sólo hasta entonces supo que había vivido en un paraíso lleno de plantas, flores, árboles, miles de aves, y se dio cuenta que todo ese tiempo había estado muerto. Ahora llevaba consigo una nueva vida, nacida de una escena incierta, irreal, fantasmagórica. Sin embargo, esta vez se sentía listo para enfrentar lo que fuera, la muerte de su hijo, quizá. También daría la cara a los reproches de Luisa —los sabía bien merecidos—. Los ojos llenos de amor en aquella visión lo habían regresado a la vida y, en este nuevo capítulo, las cosas nunca volverían a ser igual.

ANTES DE CAER DESDE UNA MIRADA CRÍTICA

ALGO ASÍ COMO UN EPÍLOGO

Para iniciar el presente estudio ensayístico, no encuentro otra forma que hacerlo al estilo en que siempre he escrito: en libertad —con frases cortas y al vuelo—. Tal como está escrita *Antes de caer*, mi primera novela.

Antes de caer es el fruto de los diversos talleres de novela que cursé en la Universidad Autónoma de la Ciudad de México en la licenciatura de Creación Literaria. Siempre me he sentido más inclinado por el cuento, por la historia breve y el final inesperado. Esta novela se creó, por decirlo de alguna manera, por sí misma, quizá sin mi consentimiento. Partió de una idea: un hombre recibe una bala por la espalda y antes de caer muerto al suelo recuerda cómo fue su vida. Los talleres literarios crecían y la necesidad de experimentar con diversos recursos narrativos aumentaba y allí estaba esta novela, dócil y abierta para recibir y ensayar ora con un personaje, ora alguna técnica descriptiva, ora el lenguaje coloquial. Las páginas iban creciendo, el tiempo de la caída de mi personaje se había detenido. ¿Qué otra cosa podía hacer sino seguir probando y creando personajes y más personajes?

En este camino hubo aciertos y desaciertos, narradores que no funcionaron, errores casi obvios (¿los habré trascendido?). Hasta el momento que escribo esto, *Antes de caer* tiene un volumen de ochenta cuartillas, pero puedo asegurar que un número igual —o mayor— fue desechado o simplemente no se contempló incluirlo en

la novela (ejercicios de descripción de personajes, paisajes, biografías, datos anecdóticos, etc.).

En las siguientes páginas hablaré de los libros que me acompañaron durante el trabajo creativo, aquellos que señalaron la ruta —no forzosamente seguí el camino, pero al menos ya sabía por dónde podía empezar—. ¿Cómo no hacer mención de la puerta a mundos mágicos que dejó abierta Gabriel García Márquez?, ¿cómo no hablar de los lustros y lustros de memoria viva de la chilena Isabel Allende en cada una de sus novelas que dejaron honda huella en mí? Tampoco puedo omitir las veces que leí y releí a Juan José Arreola queriendo apropiarme de su lenguaje y de su sintaxis perfecta. Para no ir tan lejos, hace casi diez años, cuando leí el cuento “La noche boca arriba”, de Julio Cortázar, fue el momento justo en que me dije: “¡Quiero ser escritor!”. Tal fue su influencia en mí.

Antes de caer es una historia hasta cierto punto autobiográfica porque gran parte de los personajes y anécdotas que aquí se presentan tuvieron lugar en la vida real; son parte de mis memorias, de los días que viví en el barrio, allí donde vi nacer —y morir— a muchos pandilleros. Mis dudas, miedos y desasosiegos están ahí. Esta novela no pretende dejar ninguna enseñanza ni mucho menos un mensaje de nada. Es la vida, cruel y mágica como a veces suele ser, es una ruleta que no se detiene.

La historia se desarrolla en los barrios pobres de la Ciudad de México en la década de los noventa y finaliza en la primera década del siglo actual. El protagonista es Gustavo quien, después de haber tenido problemas de delincuencia juvenil, ha reiniciado sus estudios y se ha dispuesto a llevar una vida más tranquila. También, sin esperarlo, conquistó el corazón de una linda muchacha, Lupita. Este amor será su bien y su desgracia, pues ella es pretendida por Chester, líder de una

banda de pandilleros que buscan a Gustavo para asesinarlo. Tras perseguirlo por muchas calles, le disparan a Gustavo por la espalda. Cuando el protagonista de esta historia siente el disparo, se niega para sí mismo esa verdad; no cree que sea cierto que haya sido herido, que su cuerpo se esté desplomando y cayendo estrepitosamente al suelo. Es ése el momento justo en el que sucederá la mayor parte de esta novela: un efímero instante que puede cobijar en sí una eternidad. En verdad es un momento ínfimo, sin embargo, gracias a diversos recursos literarios hubo la oportunidad de narrar alrededor de ochenta cuartillas y todavía se podrían escribir muchas más.

En el capítulo uno, paradójicamente, se habla muy poco de Gustavo, apenas si se lo menciona en las primeras páginas. Como ya lo he comentado, *Antes de caer* es un laboratorio en donde se experimenta qué tanto se puede sumergir en el mundo del tiempo y de diversas anécdotas sin que el lector pierda el hilo de la anécdota principal, por ello se presenta la historia de Chester, el chico que termina por quitarle la vida al protagonista. De este personaje antagonista deseé mostrar no sólo su lado despiadado, sino también su lado humano y que detrás de él hay una historia dolorosa. Una historia que lo construyó tal y como es él. También se presentó a Lupita y a Luisa, novia y madre respectivamente de Gustavo, personajes importantes en esta historia, de los cuales se conocerá más adelante, sobre todo porque sus historias se entretajan de forma importante en la vida del protagonista.

En el segundo capítulo participan Gustavo, Jacobo, su hermano, y Luisa. En este episodio se describe de una manera detallada a dichos personajes. La intención fue crear imágenes muy precisas que describieran no sólo a los personajes sino también su entorno social. Se hizo hincapié en los detalles, las rutinas, las manías de

los personajes —sobre todo de Jacobo, porque a Gustavo el lector lo seguirá conociendo a través de los siguientes capítulos y éste es el único en el que el hermano menor aparece

En este capítulo se incluyó, sin previo aviso ni aparente justificación, la vida de Goyo, el conductor del camión que, a la postre, le quitará la vida a Jacobo. Hablar de un día de la vida de este conductor fue un recurso con el que se intentó desviar la atención de una escena de mucha tensión para mantener con ello la expectativa de lo que sucederá con Jacobo. Se aprovechó esta oportunidad para construir en unas cuantas líneas un visión redonda de un personaje.

Uno de los recursos literarios que se usaron fue la analepsis. Es decir, “Se interrumpe el relato en curso para referir un acontecimiento que, en el tiempo diegético, tuvo lugar antes del punto en el que ahora ha de inscribirse en el discurso narrativo” (Pimentel 44). Este ir y venir en el tiempo de la historia permitió aumentar la expectativa sobre lo que le deparaba a los dos hermanos y que el lector pudiera así tener una visión más clara acerca de la historia de los personajes. También se usó la simultaneidad de las acciones como parte de un ejercicio literario. De tal suerte que hay un momento en que se cuenta una misma anécdota desde diferentes puntos de vista. En términos creativos, esto fue un ejercicio maravilloso, un reto muy interesante y el resultado fue atractivo.

La escena final de este capítulo me dejó plenamente satisfecho: pude entretener una acción muy violenta (un niño atropellado por un camión, frente a su familia), con otra igual de desgarradora: el momento en que sigue cayendo al suelo Gustavo, todo bajo el cobijo de la luz ennegrecedora de un relámpago.

A lo largo de esta novela se han explorado las diversas posibilidades del uso del tiempo en la narrativa. El tercer capítulo inicia con Luisa en la puerta de su casa esperando la llegada de su hijo Gustavo. Esta escena se desarrolla al mismo tiempo que recibe su hijo el balazo, es decir, ambas están en el presente narrativo de la historia. A través de la analepsis, ella regresa a su vida como adolescente, por lo tanto, físicamente jamás abandona su lugar espacial afuera de su hogar, pero, en los recuerdos, conoceremos otros lugares: la fonda donde trabajaba, la vecindad donde vive, entre otros.

Este tipo de relato hace un contraste evidente con relatos de estructura narrativa lineal, es decir, que no hay saltos en el tiempo durante lo narrado. Tal es el caso de *Sostiene Pereira*, de Antonio Tabucchi. Esta novela está contada como quien relata algo ya pasado, pero a partir de que inicia la narración mantiene una cronología lineal del tiempo. A esta estructura se le conoce como *in extrema res*.

Este capítulo será trascendente para la historia porque nos hablará del amor que se tenían Luisa y Sebastián (padre de Gustavo). El lector será testigo de que ellos tuvieron una relación espontánea, firme y sincera. Esto será un evidente contraste cuando Sebastián abandone a Luisa. Por lo tanto, este fragmento de novela sirve para documentar al lector sobre el primer acercamiento amoroso de los padres del protagonista y termina cuando Luisa se entera de que quieren asesinar a su hijo.

Es precisamente a Luisa a quien se dedicó este capítulo, pues ella es, junto con Gustavo y Sebastián, la protagonista de esta novela. Ella se desenvuelve en dos tiempos durante este capítulo: el presente narrativo, es decir, en el momento en que

Gustavo recibe el balazo y en donde están sucediendo las acciones y, a través de una analepsis, en su adolescencia.

Cuando joven, posee una figura bella, grácil y delgada porque siempre hace un constante esfuerzo físico con las labores de la casa y del lugar en donde trabaja. Tiene cabello negro, rostro infantil y ojos color miel. Su carácter es el de una mujer madura para su corta edad. Esto último se deduce por la firmeza con la que se decide a corresponder a su mentora por cuidar de ella; sin titubear enfrenta largas horas de arduo trabajo.

Su carácter férreo también se verá reflejado en este mismo capítulo cuando se relata cómo el papá de Jacobo la abandona al saber que está embarazada. Pese a esto ella no es derrotada, al contrario, se fortalece para sacar adelante a sus hijos. A lo largo de la novela seguiremos viendo en Luisa a un personaje decidido y fuerte —necesariamente fuerte para luchar contra las desgracias que se le presenten—. Respecto al verdadero carácter del personaje bajo circunstancias extremas, Rober Mckee dice que “Las decisiones que los personajes toman desde detrás de sus máscaras externas, simultáneamente dan forma a sus naturalezas interiores e impulsan la historia...”. (14)

Sin embargo, a pesar de su voluntad para sobreponerse a la adversidad, es más bien introvertida, una chica que tiene pocos amigos y es precisamente la figura de Sebastián —un chico decididamente extrovertido—, quien le abre un mundo diferente al que estaba acostumbrada. La voluntad, el coraje y el amor de madre de Luisa serán determinantes para la novela, pues ella es el pilar en la vida de Gustavo; aquello que a él mismo le permite ser fuerte y saberse un ser humano valioso y amado.

El narrador que se utilizó para este capítulo habla en tercera persona, es un narrador omnisciente. A través de él podemos conocer no sólo lo que vive y piensa Luisa, sino que también conoceremos a un personaje incidental (Germán) que a la postre tendrá un papel crucial en la novela. Este narrador ofrece interesantes matices de los personajes y la trama, pues hace un enfoque íntimo de cada uno de ellos, de cómo piensan, sienten y viven. Tiene una perspectiva amplia de quien está afuera de lo narrado. Tal como si fuera un personaje alterno a los de la historia, que no se nombra pero allí está. Vargas Llosa se refiere a este tipo de narrador de la siguiente manera: "...lo ve todo, lo más infinitamente grande y lo más infinitamente pequeño en el mundo narrado, y lo sabe todo, pero no forma parte de ese mundo, al que nos va contando desde afuera, desde la perspectiva de su mirada volante". (34)

El capítulo cuarto lleva por nombre Sebastián. Antes que nada, deseo comentar que este capítulo fue, como me gusta llamarle, un laboratorio que me dejó nuevamente satisfecho con los resultados que obtuve. En él hice ejercicios de descripción del paisaje, flora, fauna y costumbres de provincia a raíz de un viaje que hice a Oaxaca; allí me di a la tarea de investigar cómo es el día a día de la gente que vive en pueblos pequeños y también de los que viven en lugares cercanos a la playa. Con una libreta de bolsillo traté de recopilar toda la información que me era posible: el clima, la comida, los tiempos y medios de transporte de un lugar a otro, en fin, todo lo que me pudiera ser útil para hacer verosímil mi relato.

También me preocupé por complementar la construcción de un personaje completo (Sebastián). En un capítulo anterior, lo proyecté como alguien en exceso alegre, dinámico y triunfador. Era el tipo de hombre que cualquiera habría deseado ser: admirado y querido por sus amigos y familiares. Físicamente también era

atractivo e irradiaba salud. Para el cuarto capítulo, mi intención fue que el lector pudiera ver la transformación de este joven tan simpático en un hombre derrotado, agobiado por el miedo, instalado en la podredumbre humana.

Por otro lado, conforme se fue escribiendo *Antes de caer*, me preocupaba la idea de que no había un capítulo enteramente dedicado a Gustavo, en donde nos hablara de su propia versión de su historia. Sin embargo, observé que ya se había dicho mucho de él, de su relación con su madre y hermano, de su amor por Lupita. Una solución muy atractiva que hallé fue hablar de Gustavo a través de la correspondencia que entablara Sebastián con un personaje incidental de la historia. En estas cartas conocemos la niñez y adolescencia de Gustavo a la vez que podemos apreciar claramente una serie de paralelismos entre él y su padre. Estas misivas, desde mi perspectiva, resolvieron la dificultad que se me había presentado.

El recurso que utilicé para cerrar esta novela está dentro de lo irracional: cuando Sebastián decide suicidarse y está al borde de un acantilado coincide con el instante mismo en que Gustavo está cayendo al suelo. A través de un recurso un tanto fantástico ambos se hallan frente a frente, hacen las paces y cada uno queda tranquilo. Gustavo cae muerto en el suelo de alguna calle de la ciudad y Sebastián queda liberado de la culpa que lo agobiaba desde hace tanto tiempo. Con un valor inusitado, Sebastián regresa a la ciudad para intentar recuperarse a sí mismo. Los juicios finales sobre esta novela los guardaré para el apartado de conclusiones; toda vez que espero que el análisis de las obras que influyeron en esta novela, los recursos narrativos presentes en *Antes de caer* y el estudio del tiempo ofrezcan una perspectiva amplia y consciente de mi propia creación literaria.

BUSCANDO UN LUGAR EN EL TIEMPO Y ESPACIO

Determinar a qué corriente literaria pertenece la obra propia no es fácil, pues se carece de la objetividad que existe cuando se escribe sobre alguna obra o autor. Tiempo y distancia son dos factores muy cómodos y necesarios cuando estudiamos el trabajo de alguien; nos permiten, en una visión objetiva y periférica, determinar diversos factores: estilo, a qué corriente literaria correspondió el escritor que es objeto de estudio, cuál fue su relación con lo que desarrollaron sus contemporáneos y si llegó o no a tener relevancia en la literatura, por mencionar algunos. El estudio de la obra propia carece de tiempo y menos aún de distancia. Por ello, para hacer una crítica objetiva de lo propio, es necesario salirse de uno mismo y mirar lo escrito como si fuera ajeno. Para enmarcarlo dentro de alguna corriente literaria o mirar al menos las influencias que en sus páginas permean, es indispensable mirar lo creado por otros escritores que de una forma u otra nos han marcado la pauta y el camino a seguir. En este sentido, Isabel Quiñónez afirma que:

Son factores que auxilian la definición de un grupo: las categorías de la edad, las relaciones personales, la experiencia generacional, las relaciones intergeneracionales. El elemento cronológico es un factor aglutinante, la relación generacional no es sucesiva, sino concurrente: las generaciones se influyen, se imbrican. (356)

Por lo tanto, somos el producto de toda una cultura. En las historias que inventamos, se trasmite lo que se ha leído, oído o vivido. También en este sentido, Gabriel López Calva dice que “No hay textos aislados; no hay personajes independientes porque tampoco en los seres humanos se da la completa independencia” (157). Después, para sustentar su idea, cita algunos versos de los poemas “La experiencia vivida” y “D.H. Lawrence y los poetas muertos” de José Emilio Pacheco, en donde este escritor habla de la influencia de los otros en la obra propia:

La obra de José Emilio Pacheco, especialmente su poesía, tanto en forma como en contenido, nos baña con la idea de una obra creativa común:

formas que veo al lado del mar
engendran de inmediato
asociaciones metafóricas
¿son instrumento de la inspiración
o falaces citas literarias?

No existe una “voz propia” inmaculada.

Tan sólo nombres y escenarios cambian
Y cada vez que inicias un poema
convocas a muertos

Ellos te miran escribir

te ayudan

Nadie está aislado. Y sin embargo... (157)

El escritor es un producto de su entorno, de su cultura. Roland Barthes señala diversos factores que lo constituyen, en especial, el lenguaje, los diferentes tipos de lenguajes en el ámbito cotidiano, por ejemplo, el periódico, la radio, la religión. También señala diferentes corrientes del lenguaje, cada una de ellas con diferentes ideologías, pero siempre impregnando con su filosofía, directa o indirectamente, a los escritores. En este último rubro hallamos el habla marxista, el habla cristiana y el habla capitalista, por mencionar algunas (48). Roland Barthes dice que “el escritor está siempre atrapado en las guerras de las ficciones [...] en las que solamente es un juguete puesto que el lenguaje que lo constituye [...] está siempre fuera de lugar”. (56)

Para el estudio referente a las influencias literarias de la novela *Antes de caer*, lo dividiré en dos grandes secciones: las obras de la literatura hispanoamericana que comparten escenarios y recursos literarios en común, y aquellas que han influido directamente en *Antes de caer*.

Antes de caer es una historia cuya anécdota principal se vive en la gran urbe y otro tanto en provincia; por lo tanto, las obras que se expondrán se publicaron a partir de los años cincuenta porque es en esta década donde se vive un periodo de translación de la historia del campo posrevolucionario a las historias que suceden en las ciudades. Así lo describe José María Espinasa:

En los años cincuenta la novela de la revolución mexicana llega a su fin, sus sepultureros son Juan Rulfo y José Revueltas, el costumbrismo y el indigenismo van dejando lugar a una narrativa urbana, sin que desaparezcan del todo. Lo que en otros países de América Latina se resolvió con el sincretismo del realismo mágico en México siguió otro camino. (9-10)

Precedentes de *Antes de caer* en la literatura mexicana

Si bien líneas atrás señalé que las novelas a considerar serían aquellas que fueron escritas a partir de los años cincuenta, haré una excepción con *Al filo del agua* (1947) de Agustín Yáñez (1904-1980), porque desde mi punto de vista esta novela, que describe una época post revolucionaria, ya da pinceladas de lo que será la vida en la ciudad.

Esta historia narra el diario acontecer de los habitantes de un pequeño poblado, un lugar en donde lo bueno y lo malo siempre están en el escrutinio de la gente, el populacho que está ávido de señalar la paja en el ojo ajeno, preocupados siempre por conservar las buenas costumbres. Esto de estar atento a la conducta de los demás obedece a diversos elementos: la historia se construye en un poblado pequeño donde todos conocen a todos, además, está incomunicado, sin mayores cosas en qué ocuparse. El mismo Agustín Yáñez dice que “en *Al filo del agua* traté de penetrar en la vida de los pueblos pequeños e incomunicados en vísperas de la Revolución... En esta novela se presenta la vida en una circunstancia en la que las

posibilidades de acción de los personajes son muy raquílicas: en este pueblo todo es monotonía”. (Carballo 372-377)

Al filo del Agua es una expresión popular de algo que es inminente, la tormenta que está por azotar. En este pueblo ven las influencias de la ciudad como una desgracia que puede alterar la “calma” del lugar. La ciudad, entonces, se vuelve un paraíso de libertad para algunos y un lugar de descomposición para otros. Sergio González Rodríguez dice que en esta novela Agustín Yáñez intenta “...describir el universo cerrado de una aldea de tierra adentro, en este caso jalisciense, y mostrar la paulatina corrupción del edén provinciano con la llegada de los cambios...” (226).

Si bien la religiosidad y superstición plasmada en esta historia no son elementos que se compartan con *Antes de caer*, sí podemos, reitero, y es el motivo para incluirlo en este listado, afirmar que *Al filo del agua* es un vaticinio —si se me permite dicha expresión— de lo que serán las historias que se desarrollarán en la ciudad.

En 1953 Juan Rulfo (1917-1986) publicó *El llano en llamas*, un libro de diecisiete relatos cuyo denominador común es que sus historias se desarrollan en el ambiente rural. En la obra de Rulfo se destaca su lenguaje claro, llano y una narrativa ágil —no por ello mínima—, con clara influencia de la literatura revolucionaria. Así lo señala José Luis Martínez: “Algunos de sus libros, sobre todo ‘*El llano en llamas*’ —visión rulfiana de la Revolución, una especie de réplica de *Los de abajo*”. (199)

Su siguiente y último libro fue *Pedro Páramo* (1955). Tanto se ha escrito de esta novela, que se podría pensar ya no queda más por decir, ¡vaya error! Esta novela está llena de grandes aciertos. Rulfo hizo del lenguaje poético su mejor

aliado. Además, refleja como nadie la sabiduría, los mitos y los decires del campo. La noche, las estrellas, el viento, el calor, el polvo, y el silencio se dibujan —y se sienten— en cada una de las páginas de esta novela.

La voz narrativa va cambiando según el personaje que cuenta su historia y esto mantiene atento al espectador. Rulfo logró darle un cuerpo y tono distintos a cada voz que narraba. Cada personaje con su propia poesía, cada uno con sus propios infortunios.

Un elemento importante, y que atañe directamente a la novela *Antes de caer*, es el manejo del tiempo en esta obra. En las primeras páginas de *Pedro Páramo*, el tiempo es lineal, pero de pronto llegan memorias de otros tiempos, de otros personajes y a partir de allí el lector no podrá apartar su atención de ninguna línea si no quiere perder el hilo de la historia. Ora es Juan Preciado quien relata su llegada a Comala, ora es Pedro Páramo quien habla de su niñez y de su amor por Susana San Juan, ora es el padre Rentería... Este ir y venir en el tiempo y en las historias de sus personajes le da a esta novela una agilidad narrativa impresionante. En *Antes de caer* se intentó conseguir un efecto similar. Si bien es un mismo narrador el que cuenta toda la historia y no varios como en *Pedro Páramo*, sí existe este efecto de ir y venir en el tiempo. En *Antes de caer* esta atemporalidad se marca con un elemento gráfico (dos asteriscos) y a veces la anuncia el narrador mismo.

Pedro Páramo es, en mi opinión, el punto medio entre la novela rural, y las novelas que tendrán como eje principal la vida en las urbes. La historia, personajes y escenarios de esta novela sintetizan de manera magistral lo escrito en la literatura rural, de tal forma que, a partir de ahí, era necesario pasar a otras latitudes: las ciudades. *Antes de caer* pertenece a este último rubro —si bien un par de sus

capítulos se desarrollan en una zona que colinda con el mar, la parte sustancial de la historia se vive en la Ciudad de México de finales del siglo XX—. Rulfo habla de pueblos solitarios y abandonados; *Antes de caer*, de una ciudad que crece y se puebla día con día. Comala es un pueblo de caballos y contadas carretas; en la Ciudad de México circulan camiones y automóviles por doquier. En este sentido, Juan Antonio Rosado y Adolfo Castañón se refieren así a las historias que se desarrollan en las ciudades:

La urbe pasa a ser el núcleo de los conflictos y, como sabemos, es siempre en torno a las grandes ciudades donde se generan y desembocan las innovaciones técnicas, políticas y culturales. El nacionalismo cultural de las dos épocas que siguieron la contienda revolucionaria se ha diluido como impulso creador, aunque no como tema novelístico. (275)

Un referente obligado, en cuanto a la literatura mexicana se refiere, es *La región más transparente* (1958), de Carlos Fuentes (1928-2012). Esta novela es un espejo de la identidad mexicana de la década de los cincuentas. Aquí se verán proyectadas las ambiciones, deseos, temores y desesperanzas del pueblo mexicano. Fuentes logró con mucho atino formar un mosaico de la idiosincrasia, del pasado, presente y futuro de nuestro país. Posicionó a la novela mexicana como nunca antes lo había hecho escritor alguno. Christopher Domínguez Michael se refiere en estos términos a Carlos Fuentes y su novela:

...fue un ambicioso y brillante mural novelístico que repasaba y remodelaba medio siglo de historia mexicana. Los recursos de Fuentes, irónico y sagaz, su libertad lingüística, el conocimiento demostrado de los continentes de la

novela, así como su personalidad atractiva, irritante y cosmopolita, dieron a México su primer novelista de estatura internacional. (213)

Por lo tanto, esta novela será un referente obligado para las historias que se desarrollen en la urbe. En *La región más transparente* es la primera novela de la ciudad; ahí nacerán el pachuco, la vida en las calles, en el barrio, el lenguaje procaz. Reitero, esta novela es la estela del camino que habrán de seguir *Antes de caer* y tantas novelas más.

Una historia de ciudad —y, precisamente, en la Ciudad de México— es *Las batallas en el desierto* (1981), de José Emilio Pacheco (1939-2014). Esta historia habla de los recuerdos de infancia de Carlos, un hombre de edad madura que vive en los Estados Unidos y recuerda sus días infantiles en la colonia Roma y su núbil amor por Mariana, madre de Jim, uno de sus compañeros del colegio; sin embargo, en el relato aparecen otros elementos que se comparten con *Antes de caer* y que son propios de la vida en ciudad. Me refiero a los prejuicios que se dan por tener tal o cual condición social o económica. Incluso Mariana, a pesar de ser una mujer joven, bella y que posee cierto poder de adquisición, sufre de discriminación por ser la amante de un funcionario de alto nivel en el gobierno. En *Antes de caer*, Luisa sufre una violación sexual y la decisión que toma la gente que la rodea es no denunciar lo ocurrido para que ella no sea marginada de la sociedad.

Chin Chin el teporocho (1971), del escritor Armando Ramírez (1949), dibuja la Ciudad de México de una manera cruda y salvaje. Es una narración desprovista de toda limpieza respecto a su sintaxis, salpicada por una infinidad de errores ortográficos y carente de todo sentido de puntuación; sin embargo, este aspecto

sucio en la prosa remarca la dureza de las historias que allí suceden. Sus personajes viven —mejor aún, sobreviven— en una ciudad que crece en el caos, saturada y con transporte público deficiente, lejos, muy lejos de los cielos claros de *La región más transparente*, distante también de los horizontes desolados y del silencio de *Pedro Páramo*. Armando Ramírez proyecta una ciudad saturada y ante la zozobra de los conflictos sociales —la tristemente famosa masacre estudiantil del 68, por ejemplo—, también podemos ver una sociedad atemorizada por la policía corrupta, un lugar en donde mandaba aquel que pudiera sobornarla.

Pese a que hay casi tres décadas de distancia con respecto al tiempo en donde suceden las historias *Chin Chin el teporocho* y *Antes de caer*, las similitudes entre el carácter de los personajes y sus circunstancias no son pocas. En ambas novelas los personajes son orillados a tomar decisiones importantes con base en la violencia social. En *Chin Chin el teporocho*, Genaro asesina a Víctor, un joven que alguna vez fuera su amigo, lo que provoca la ruptura con su esposa y a la postre, esta separación deteriorará profundamente su vida. En *Antes de caer*, el protagonista es quien recibe la bala asesina de un delincuente. También ambas novelas reflejan el lenguaje de las zonas pobres de esta ciudad. No es lenguaje poético de Rulfo; es un registro simple y llano del diario decir en las urbes.

Libros y autores que influyeron directamente en *Antes de caer*

Para abordar las obras y autores que influyeron directamente en la novela *Antes de caer*, es menester iniciar con el pie derecho, ¿y quién si no Juan José Arreola (1918-

2001) para encabezar dicha encomienda? Cabe decir que Arreola es un cuentista por antonomasia y hasta el momento para el presente estudio sólo se han considerado novelas; sin embargo, son los cuentos de este escritor los que fueron pauta para esta novela. Aquí haré un paréntesis para señalar que Arreola sí escribió una novela, *La feria* (1963), pero decidí hacer estudio y análisis sólo de los cuentos que están directamente relacionados con *Antes de caer*, uno de ellos, de manera muy significativa: “Corrido” (1952). En síntesis, la anécdota principal de este cuento es similar a la de *Antes de caer*: la desgracia que conlleva que dos hombres hayan puesto su deseo en la misma mujer. La narración es lineal. Los hombres se encuentran en una plazuela de pueblo y la mujer en cuestión en medio de ellos. Se miran, se retan y se matan. En este sentido, la pelea entre los personajes de *Antes de caer* es desigual, Chester está armado y lo acompañan sus secuaces. Gustavo está desarmado y sólo un amigo lo secunda.

Ambas historias terminan en desgracia y con los protagonistas muertos. En cierta forma, *Antes de caer* rescata al final la vida de Sebastián y eso marca diferencia con “Corrido”. También hay otro hilo en común: las dos plasman el lenguaje y paisaje del lugar.

Otro cuento que ha de considerarse es “Un pacto con el diablo” (1952). Este relato combina la realidad con la fantasía cuando un hombre llega tarde a una función de cine y de pronto se halla inmerso en una trama similar a la que se vive en la pantalla: el diablo le compra el alma a un hombre a cambio de darle riqueza ilimitada por un lapso de siete años. Esta dualidad entre lo real y la fantasía también se verá reflejada en *Antes de caer* cuando Sebastián intenta suicidarse y está en el quicio de un acantilado, se halla frente a una imagen surrealista: Gustavo, a quien no

conoce sino por descripciones de las cartas que recibió, pero no tiene duda de que es quien está delante de él, cayendo al suelo, agonizando, y es en este efímero instante en donde ambos hacen las paces.

Es y será la prosa limpia y la palabra exacta de Juan José Arreola una estela que mis líneas han de seguir.

Para no abandonar el hilo de los cuentos que me han influido, continuaré con uno que, sin duda alguna, es la semilla de *Antes de caer*, “La noche boca arriba” (1956), de Julio Cortázar (1914-1984). Todavía más, este cuento es el parteaguas de todo lo que he escrito.

“La noche boca arriba” y los demás cuentos de Cortázar son, en palabras de Edelweis Serra:

EL CUESTIONAMIENTO de lo que ordinariamente se tiene por real, la búsqueda de la otra realidad más vasta y profunda a través del mito, el sueño, la poesía, la aventura fuera del tiempo y del espacio convencional, la ruptura con las categorías lógicas del pensamiento, constituyen toda una temalogía en la obra narrativa de Julio Cortázar. (39. En mayúsculas en el original)

Este cuento narra dos historias: un joven en motocicleta que sufre un accidente y va a parar al hospital. Durante su tratamiento experimenta sueños sumamente extraños por lo nítidos que son; en ellos, se mira como un hombre que está huyendo en la selva, perseguido durante una noche de las Guerras Floridas lo capturan y lo hacen prisionero. Sabe que irremediablemente irá a dar a la piedra de sacrificios donde le arrancarán el corazón. El cuento será un péndulo que irá de uno a otro relato. En ambas historias el hombre está acostado boca arriba. Cuando se

halla en el hospital se siente a salvo, con una lesión que será cosa de guardar reposo durante unas semanas y nada más. El sueño del guerrero cautivo es el que lo trastoca; en esa historia se sabe en inminente peligro de muerte. Los espacios entre la vigilia y el sueño son cada vez más difusos. Cada vez es más difícil despertar de ese sueño, hasta que el lector comprende que la historia “real” es la del guerrero hecho preso, que el sueño es el otro, el de la noche boca arriba en el hospital. Esta dualidad entre la vigilia/sueño, lo real/fantasía, difumina sus lindes y rompe con lo racional, además nos permite, como creadores de ficción, hacer cosas que bajo otras circunstancias resultarían inverosímiles. Este recurso me inspiró a construir toda la historia de Gustavo y su familia en el efímero instante previo a caer muerto. Como si la evocación del recuerdo fuera un anclaje que le permitiera mantenerse con vida.

La escritora Josefina Vicens (1911-1988) y su novela *El libro vacío* (1958) también fueron un pilar en *Antes de caer*. Vicens nos narra la historia de un oficinista llamado José García, que intenta escribir una novela. La novela jamás se escribe, pero a través de su diario creativo podemos conocer los sinsabores de este personaje gris y mediocre, tan común como su nombre mismo (no fue coincidencia que Vicens ocupara el nombre y apellido más usados entre los mexicanos para distinguir a su personaje).

Él es contador en una empresa y no cree merecer nada más; su sueldo apenas si le alcanza para lo básico, el más mínimo lujo le parece en extremo oneroso, por lo tanto, aunque lo intenta, no podrá escribir esa novela, siente que es una meta muy lejana para él. Su vida transcurre en un vasto temor al día a día. Este miedo y zozobra están claramente plasmados en Sebastián cuando sus padres se lo llevan a vivir lejos de casa tras la violación de Luisa. Al principio él muestra un ligero

deseo por regresar, pero no es tanto que venza la voluntad de sus padres; después, cae en una etapa de un conformismo aplastante en el que sólo vive por vivir. La angustia y su cobardía lo atormentan. Es decir, tiene la misma vida de José García que Josefina Vicens plasmó en su magnífica novela.

La obra del colombiano Gabriel García Márquez (1927-2014) es prolija y maravillosa. En mi opinión, la mejor virtud de este escritor es la fluidez que le da a su narrativa; cuenta las historias de tal suerte que se leen con rapidez y el lector viaja de una anécdota a otra sin mayor dificultad. Su obra más famosa es, por mucho, *Cien años de soledad* (1967), una historia llena de muchas historias más. Un rasgo característico de su obra es que desde las primeras páginas ya sabemos en qué va a terminar la historia. Para ejemplificar lo anterior y relacionarlo con la novela *Antes de caer*, tomaremos por ejemplo la novela *Crónica de una muerte anunciada* (1981). La primera línea de la novela nos revela el final de la historia “El día en que lo iban a matar, Santiago Nasar se levantó a las 5:30...” (7). Casi toda la novela se centrará en las horas que antecedieron a la tan anunciada muerte de Nasar. Este lapso de tiempo es relativamente corto, una hora. Así lo dice el autor, “Más aún: muchas personas que encontró desde que salió de su casa a las 6.05 hasta que fue destazado como cerdo una hora después...” (8)

No hay duda alguna: Santiago Nasar morirá; sin embargo, la novela entera será un vaivén de extrañas circunstancias en donde todo el pueblo sabrá que lo asesinarán y, todavía más, tendrá cada quien la posibilidad de alertarlo para que éste se pueda defender; en la novela misma se escribe lo siguiente: “Nunca hubo una muerte tan anunciada” (55). En *Antes de caer*, existen semejanzas en ese sentido: cuando el jefe de la banda se entera de la relación de Gustavo y Lupita anuncia que,

de ser esto cierto, lo matará. También, como en la novela de García Márquez, intentan alertar a Gustavo del inminente peligro que corre. Cuando Santiago Nasar y Gustavo se dan cuenta de que los van a matar corren; el primero tiene a unos cuantos metros su casa, el segundo intenta perderse de sus persecutores entre las calles de la oscura ciudad. Al fin y al cabo, estos dos personajes, de una distinta manera, serán asesinados.

Retomando el tema de tiempo, en *Crónica de una muerte anunciada* la historia principal, desde que Santiago Nasar sale de su casa por mañana hasta el momento en que lo asesinan, transcurre en tan sólo una hora. Por su parte, cuando Gustavo recibe el balazo y cae al suelo muerto, sólo pasa un instante. Ambos son periodos temporales muy cortos, sin embargo, el manejo del tiempo que se da en ambas novelas es totalmente diferente. El escritor colombiano usa un narrador personaje que cuenta la historia veintitrés años después del asesinato de Santiago Nasar. A través de una minuciosa investigación sabe lo que pasó con cada uno de los personajes que intervinieron en la historia. Por eso puede ir de aquí para allá en la historia y ahondar en los pasajes tanto como puede, porque sabe lo que ocurrió. En *Antes de caer* existe una simultaneidad entre lo que está pasando en la historia, lo que están pensando los personajes y la agonía del protagonista.

En 1991 Paula, hija de la escritora chilena Isabel Allende (1942), cayó gravemente enferma y tiempo después entró en coma. Allende escribió una novela cuyo nombre es homónimo del de su hija, durante los meses que Paula estuvo en el hospital y en su casa de Miami en convalecencia. Durante estos días que a la postre serán meses, la escritora le contará a Paula los ires y venires de su familia desde la llegada de su abuelo a América. Allende deseaba que su hija al despertar leyera lo

escrito: “Escucha, Paula, voy a contarte una historia, para que cuando despiertes no estés tan perdida”. (11)

Escribir esta historia sería la tabla de la cual se sujetó Isabel Allende durante este duro trance. Cada vez que la incertidumbre la agobiaba, se adentraba más y más en los recovecos de la memoria para olvidar que su hija agonizaba. Cabe mencionar que la escritora chilena también utilizó esta historia para dejar un registro de la vida política y social de su país. Por ejemplo, habló del régimen militar de Augusto Pinochet y de diversos movimientos sociales. También hace mención de su propio exilio.

Si bien, como se comentó, en *Paula* existe un testimonio veraz de la estirpe de la familia Allende y sucesos relevantes de Chile, también hay elementos que rompen con la realidad y se incrustan en el ámbito de lo fantástico y que están íntimamente ligados con *Antes de caer*. Son esos pasajes en donde Allende platica con su hija:

Paula vino de nuevo anoche, la sentí entrar a mi pieza con su paso liviano y su gracia conmovedora, como era antes de los ultrajes de la enfermedad, en camisa de dormir y zapatillas; se subió a mi cama y sentada a mis pies me habló en el tono de nuestras confidencias. (348)

Este tipo de recursos se implementaron en *Antes de caer* repetidas veces. Una de ellas es cuando Luisa está siendo violentada sexualmente por el Borrego; entonces ella se desprende de sí y de esa experiencia tan terrible, y se proyecta lejos de ese lugar para saludar a sus padres muertos y a su madrina, que, angustiada, la espera en casa. En la novela de la chilena, una escena por demás conmovedora es cuando Paula está a punto de morir y los espíritus (así les llama Allende a las

personas que han trascendido esta vida y que ahora reviven cuando ella cuenta sus anécdotas) se instalan en el cuarto de su hija para despedirla de esta vida. En este episodio, Allende evoca a personajes vivos y les da este tratamiento casi fanstamagórico para hacerlos venir; tal es el caso de Ernesto, esposo de Paula:

Sentí la presencia de Ernesto materializándose a través del vidrio del ventanal, descalzo, vestido con su ropa de aikido, una sólida figura blanca que entró levitando y se inclinó sobre la cama para besar a su mujer en los labios. Hasta pronto, mi chica bella, espérame al otro lado, dijo, y se quitó la cruz que siempre lleva colgada y se la puso a ella en el cuello. (365)

Algo muy similar ocurre en *Antes de caer* entre Sebastián y Gustavo cuando se hallen, el primero al borde del precipicio y el segundo cayendo al piso: están en lugares muy distantes, y, bajo condiciones normales, sería imposible un encuentro de esta manera, pero, siguiendo el ejemplo de Isabel Allende, pudo concretarse ese episodio.

El tema del capítulo próximo será el tiempo en la narrativa. Allí se ahondará en el uso de él en tanto medida cronológica, como en el uso que se le ha dado en la literatura, por supuesto, teniendo siempre como punto de comparación la novela *Antes de caer*.

EL TIEMPO

*El tiempo entonces reúne la eternidad
que cabe en un instante
y el recuerdo entrañable de lo remoto.*

Jorge F. Hernández

Como se ha podido observar, uno de los temas fundamentales para el estudio de la novela *Antes de caer* es el tiempo. El tiempo que se detiene, que no avanza, la intención de prolongar los segundos y, quizá, distraer o perder la atención de las situaciones difíciles de confrontar por medio de la memoria evocando viejas anécdotas. Gustavo es un joven que está cayendo casi muerto al piso; por supuesto, no quiere morir y recuerda: recuerda la vida, los pasos andados y aquello que desea vivir. Luisa es una mujer que ha perdido ya a un hijo, no desea que a Gustavo le pase nada y cuando éste no llega a casa, la única manera que tiene para disipar la angustia es recordar. Sebastián recuerda, sólo recuerda porque enfrentar la vida es doloroso.

La memoria es un anclaje para los personajes de esta historia. Un timón con el cual intentan que el barco del tiempo no avance tan rápido, incluso desean que se detenga. La memoria, como muchas veces se ha comentado, es un baúl en donde los recuerdos aguardan, silenciosos, dormidos, para ser despertados. Aldous Huxley

parafrasea a Bersong, y dice que “Cada persona, en cada momento, es capaz de recordar cuanto le ha sucedido y de percibir cuanto está sucediendo en cualquier parte del universo”. (17)

¿Qué es el tiempo? ¡Muy buena pregunta, pero nada fácil de contestar! Los hombres y mujeres que vivimos en las grandes ciudades estamos inmersos en un estilo de vida acelerado, tanto que a veces pensamos que el tiempo avanza de prisa. Vivimos contando los minutos que nos llevará trasportarnos de un lugar a otro; las horas que pasaremos estacionados en los embotellamientos en las avenidas, hasta para divertirnos contamos el tiempo: entre pieza y pieza de baile, echamos un ojazó al reloj para saber de cuánto tiempo más disponemos. Sin embargo, nada de esto explica qué es el tiempo.

Mientras escribo, cada letra queda inscrita en el pasado y el cursor espera la siguiente; la espera con ansias, como quien desea terminar pronto su tarea. A medida que cada letra halla su lugar en el pasado, y conforme llega otra, otra y otra más, entonces ya son palabras, frases y textos completos que se alargan al infinito. Cada letra tiene para sí tan sólo un instante de presente, un aquí y ahora, el momento de su creación, su Génesis y apoteosis. Después pertenecerá al pasado. Paul Ricoeur parafrasea a San Agustín cuando se cuestiona el ser y no-ser del tiempo y dice que:

el tiempo no tiene ser, puesto que el futuro no es todavía, el pasado ya no es y el presente no permanece. Y, sin embargo, hablamos del tiempo como que tiene ser, afirmando que las cosas venideras serán, las pasadas han sido y las presentes pasan, e incluso que ese pasar no es nada. (Ricoeur vol. 1, 44)

En este sentido, continuando con la ejemplificación de la vida que adquiere una historia cada vez que el lector la lee —discúlpese la redundancia—, Jorge F. Hernández dibuja un simpático ejemplo tomando como referencia al Quijote, de Cervantes:

Ayer, Alonso Quijano volvió a declararse Don Quijote y volvió a salirse de La Mancha por los campos de Montiel. Lo hace todos los días, a cada lectura y cada año, como lo viene haciendo desde que Cervantes lo imaginó en el siglo XVII. Al hacerlo, Cervantes liberó la palabra más allá de la mancha — tipográfica— y abrió todos los territorios para el ensueño de un hombre, más allá de La Mancha geográfica. (8)

Hacemos un esfuerzo por medir el paso del tiempo y nos valemos de mil artilugios para ello. Todas las grandes culturas han desarrollado sus propios calendarios; instruían desde muy jóvenes a los hombres que cuidarían de la precisión de dichos calendarios; los eventos meteorológicos como eclipses solares, lunares, el paso de cometas y demás, tenían que estar perfectamente previstos, no había lugar para las fallas. También se han diseñado todo tipo de relojes, desde los que marcaban el tiempo con base en el paso del sol, hasta los modernos que miden los ciclos del electrón y pueden cronometrar no sólo el paso de los minutos, segundos, sino las millonésimas de segundo.

Aldous Huxley, en otro de sus ensayos, “El tiempo y la máquina”, afirma que la concepción actual del tiempo es reciente, una consecuencia del estilo de vida contemporánea. Huxley sostiene que “Al inventar la locomotora, Watt y Stephenson fueron los coinventores del tiempo” (62). Las fábricas que nacieron tras la revolución

industrial se encargarían de reafirmar esta teoría: la producción en serie obliga a mantener una precisión constante de los minutos e incluso de los segundos para que el engranaje de la producción no se detenga. La luz artificial cambió nuestra noción del tiempo, nace y acaece el día sin que nos demos cuenta, “El tiempo que conocemos es artificial, hecho a máquina”. (63)

Encontrar una definición de tiempo no es sencillo, porque éste es relativo, no es el mismo el tiempo, por ejemplo, para la gente que lleva una tranquila vida de campo, al tiempo de la gente que vive en las grandes urbes, cuya vida transcurre más aprisa, siempre corriendo a contrarreloj. El mismo Stephen Hawking, en su libro *Brevísima historia del tiempo*, explica la teoría de la relatividad del científico Albert Einstein, y enfatiza que no existe un tiempo absoluto. Cada persona, dependiendo del lugar y las circunstancias en las que se encuentre, tendrá una percepción diferente del tiempo. El tiempo no es un ente independiente, actúa en relación con el espacio: “Debemos aceptar que el tiempo no está completamente separado del espacio, ni es independiente de éste, sino que se combina una entidad llamada espacio-tiempo”. (45)

Mario Vargas Llosa habla del tiempo y es contundente al decir que se puede hablar de dos tipos de tiempos. El tiempo cronológico: es el tiempo al que también llama “real” y es en el cual vivimos nosotros, el que se mide en días, semanas, años, horas y minutos, el de los calendarios y los relojes, y el tiempo psicológico: que es enteramente relativo, avanzará de prisa o lentamente según ciertas circunstancias y para cada persona será diferente. Son los momentos de angustia que experimenta una madre porque ya es tarde y su hijo no llega a casa. El reloj parece detenerse. La madre volteará insistente a mirar el reloj y parecerá que las manecillas se quedaron

estacionadas en el mismo segundo y minuto. En cambio, el joven se pasa los minutos de lo más divertido en compañía de sus amigos. Para él los segundos vuelan. Entre las risas, chistes y bromas, el tiempo se irá como agua entre las manos. Para ambos, el tiempo cronológico es el mismo, pero cada cual lo percibe de una manera distinta; esto es el tiempo psicológico (45). Vargas Llosa asegura que el tiempo que se utiliza en las novelas es el psicológico. A partir de este tiempo es donde el escritor puede crear *el mundo del personaje* y hacer que la historia tenga verosimilitud, es decir que dé la impresión de que sus personajes son “seres que piensan y sienten; mejor: seres capaces de expresar sus pensamientos, sus sentimientos y sus acciones”. (Ricoeur, vol. II, 513)

En este sentido, Luz Aurora Pimentel nos habla de una dualidad temporal. Toda historia ofrece referentes temporales de tiempo similares al tiempo humano, a este tiempo le llama *tiempo diegético* o *tiempo de la historia*. Pero el tiempo que narra la historia no siempre está en el orden cronológico en que sucede lo narrado, sino con base en la intención del autor. A éste lo llama *tiempo del discurso*. (42)

Vargas Llosa y Pimentel dicen que el tiempo, a grandes rasgos, se puede dividir en dos: aquel en el que estamos inmersos los seres humanos, donde nacemos, crecemos y morimos, y el tiempo en el cual se narra una historia, los diferentes órdenes cronológicos, la “velocidad” con que pasa o se detiene el tiempo, los “saltos” al futuro, al pasado, o de regreso al presente, y tiene infinidad de posibilidades de manifestarse.

Vargas Llosa ejemplifica al tiempo de la narración como un espacio en donde el narrador camina del presente al pasado, da un salto de aquí para allá, aventura cómo serán las cosas en adelante y vuelve a regresar. También dice que estos

saltos en el tiempo deben de ser justificados, apenas perceptibles, no al capricho, sino que respondan a una intención específica en la historia (81). En este sentido, el mismo narrador puede adoptar una posición temporal diferente conforme la historia lo permita, es decir pueden existir *perspectivas temporales múltiples*. (Ricoeur vol. II, 524)

Para hablar de cómo se utilizó el tiempo en la novela *Antes de caer*, analizaré el cuento “La silla”, que pertenece al libro *Casi un objeto*, de José Saramago. La anécdota de este relato es simple: un hombre se sienta en una silla y esto provoca que una de las desgastadas patas del mueble se rompa; el hombre cae de espaldas y se rompe el cráneo. Sin embargo, insisto, esto es sólo la anécdota; el tratamiento de la historia es lo que la hace verdaderamente interesante. Saramago ocupa los escasos segundos que tardará la silla antes de caer al suelo para hacer una dura crítica a un régimen dictatorial en Portugal. Saramago llena de signos y diversos mensajes su relato, y es el tiempo su mejor aliado, el tiempo que se detiene. En ciertos momentos de este relato, José Saramago hace una *pausa descriptiva*, es decir, el momento en que “el tiempo del discurso es cero” (Pimentel 48). Por ejemplo, cuando describe los materiales con los que está hecha. Al terminar de enumerar los posibles materiales con que fue construida, continúa con la narración. A pesar de esto, la silla sigue cayendo.

Hay muchas similitudes entre la novela *Antes de caer* y este cuento. En *Antes de caer* se anticipa que el balazo que recibió el personaje principal es letal y que, no importa cuánto tarde en caer, llegará al suelo sin vida. Saramago dice en su cuento: “...no lo anticipemos, aunque sepamos que la silla se va a partir: pero todavía no, primero tiene que sentarse el hombre despacio...” (8). Saramago, antes de que caiga

su personaje, se detuvo tanto como quiso en la descripción de la escena, del entorno, del contexto, pero el final ya está dicho: el anciano perderá la vida al romperse la cabeza.

En *Antes de caer* el espacio que hay entre Gustavo que cae y el suelo es importante, porque esos centímetros determinaran cuánto puede alargarse el tiempo del discurso. Saramago también utiliza el espacio como un parámetro para medir el tiempo del desenlace:

Y ahora ¿qué espacio hay, qué espacio resta entre la arista del mueble, el puño, la lanza en África, y el lado más frágil de la cabeza, el hueso predeterminado? Podemos medirlo y nos quedaremos asombrados del poquísimo espacio que falta recorrer, repárese, no cabe un dedo, ni eso, mucho menos que eso, una uña, una cuchilla de afeitar, un pelo, un simple hilo de gusano de seda o de araña. Aún queda algún tiempo, pero el espacio va a acabarse. La araña ha expelido ahora mismo su último filamento, remata el capullo, la mosca ya está encerrada. (10)

Continuando con el tema del tiempo que se detiene, hay otra escena de la novela, ya en el desenlace, cuando Gustavo y Sebastián se encuentran gracias a una extraña visión. Esta escena inicia con Sebastián al borde del acantilado; él ha decidido suicidarse arrojándose a las rocas:

Sus pies estaban en las lindes de la roca. Recordó a sus padres, a sus amigos, pero sobre todo a Luisa y a su hijo. Nuevamente regresó la mirada a la luna. Tomó una bocanada de aire y cerró los ojos. Un rayo de luz atravesó su mente; un túnel vertiginoso se abrió ante él; un abismo que lo atraía pero

que a la vez lo mantenía atado a la roca. Él ya no era dueño de su cuerpo; era la hoja del árbol detenida en el quicio de la ventana, esperando que el viento viniera y lo llevara a otra aventura. El tiempo se detuvo y sus ojos se encontraron con los de su hijo, jamás lo había visto, pero sabía que era él.
(78)

Aquí el narrador juega un papel muy importante, porque sabe lo que está sintiendo Sebastián, pero también lo que siente y vive Gustavo. Conjuga la acción que están viviendo ambos personajes y las expone en una misma escena. González Boixo cita a B. Varela Jacome quien llama a este recurso *contrapunto*: “El paralelismo de ‘acontecimientos’ protagonizados por personajes distintos, su sincronización temporal, su localización cronológica en escenarios cercanos o alejados” (231). Cito texto de *Antes de caer* para ejemplificarlo:

Pero (Gustavo) seguía cayendo, el asfalto lo esperaba y nada lo detendría.

Sebastián, pensó que tal vez habría alguna manera de cambiar su vida por la de su hijo. Eso es lo único que le haría feliz. Extendió sus manos deseando alcanzar el rostro del muchacho. Buscaba las palabras para pedir perdón, pero no existían. Nada en la vida lo había preparado para este momento. Se escuchó a sí mismo hablándole a Gustavo, le ofreció un par de palabras, las únicas que podía decir:

—Hijo, perdóname — eso y nada más.

El instante en que Gustavo caería al suelo estaba por llegar. Puso sus ojos miel en los de su padre y asintió con la cabeza. Con esa mirada lo abrazó como quiso hacerlo tantas veces cuando era pequeño. Con esa mirada lo

besó en la frente, con amor, con el mismo amor que lo hacía Luisa cuando se despedía de él y de su hermano.

El relato de “La silla” le sirve a Saramago para hablar de un dictador y su régimen. *En Antes de caer*, este breve pero trascendental pasaje les sirve a padre e hijo para poner en paz sus conciencias, y prepararse uno para enmendar su vida, buscar a Luisa y reparar sus errores, y al otro para morir.

Si bien ambos textos presentan similitud en el tratamiento del tiempo, José Saramago decidió construir un cuento con esa anécdota, y a mí me dio para escribir una novela (he de confesar que, cuando empecé a escribir, pensé que a lo más serían dos o tres cuartillas lo que saldría de esa historia). En ese sentido, José Carlos González Boixo dice que “...un mismo tema puede tener una exposición distinta según el tiempo narrativo sea más o menos lento” (217). El mismo González Boixo señala que una novela como el *Ulises*, de James Joyce, que cuenta un día en la vida de alguien, tiene una extensión mayor a las novecientas páginas; Proust, para narrar algo que sucede en pocos segundos, necesita de varias páginas, y Flaubert describió un periodo de quince años en unas pocas líneas. (220)

LA MEMORIA

En el ámbito personal, escribimos diarios para preservar la memoria de lo vivido. Cuidadosamente incluimos fechas y tratamos de inscribir hasta el más mínimo detalle de lo que vivimos o pensamos para que a la postre, cuando lo leamos, podamos recrear cada una de las emociones que antes experimentamos. Es aquí donde quien escribe encuentra su reto: ¿cómo plasmar con palabras lo que está sintiendo un personaje y que el registro de las emociones no se corra con la erosión propia del tiempo?, ¿cómo registrar la vorágine de sentimientos que se agolpan en la mente y en el cuerpo tras un acontecimiento impactante?

Pongamos por ejemplo cuando una persona recibe la noticia de que un ser muy querido ha fallecido. Las emociones que experimentará serán vastas, desde el miedo, hasta coraje, la impotencia, la negación y demás. Los recuerdos que vivió con aquella persona la invadirán y serán muchos, desde los más inmediatos, “¡Apenas hace una semana que platicué con él!”, hasta aquellos de la infancia, “Todavía recuerdo cuando éramos unos niños y jugábamos...”. Todo esto nace, crece y borbotea en la brevedad de un instante. Por eso, insisto, no es cosa sencilla plasmarlo con la palabra escrita. Si el escritor se da a la tarea de reconstruir las memorias que está evocando esa persona, fácilmente se podría escribir una novela entera porque la máquina de la memoria, una vez encendida, es una locomotora que no se detiene, que se adentra en los laberintos, en los detalles, en los recuerdos que

evocan otros recuerdos más profundos. Podemos imaginar a cada recuerdo como si fueran viejos vigilantes de un faro que duermen, pero cuando son despertados encienden la luz de la historia que resguardan; esta luz es primero una ligera llama que poco a poco crece, se aviva y engrandece; se vuelve entonces día, y ese día despierta a muchos otros viejos celadores de faros que despertarán a otros tantos más...

El tiempo y la memoria son factores determinantes en *Antes de caer*. Son, si se me permite decirlo, los pilares de la historia. Cuando Gustavo recibe el disparo experimenta muchas emociones: miedo, angustia, coraje, impotencia; sin embargo, todas llegan al mismo instante y entonces es necesario acomodarlas de tal manera que sean de interés para el lector y nos ayuden a darle forma a la historia. Las emociones, si se es capaz de transcribirlas en anécdotas, forman las historias. Me explico: Gustavo está muriendo y siente miedo. La emoción de punto de partida es el miedo, entonces él busca en su mente una anécdota en donde se haya sentido seguro. Por ello no encontré un mejor momento en la vida de este personaje que cuando era niño y vivía bajo el cuidado amoroso de su madre.

EN BUSCA DEL TIEMPO PERDIDO

En nuestro recorrer por la vida acumulamos un sinfín de experiencias, algunas de ellas trascendentales al grado de cambiar la forma en que entendemos al mundo. Dichas experiencias parecen guardarse en lo más recóndito de este maravilloso espacio llamado memoria; se quedarán ahí dormidas, quizá para siempre. Sin embargo, como lo comentamos en páginas anteriores, el ser humano es capaz de recordar hasta el más ínfimo de los detalles, las emociones, los olores y sabores. A todos nos ha pasado alguna vez que una canción, un olor o un sonido nos evocan viejos días, y los recuerdos se hacen presentes y las emociones son tan nítidas como entonces. Esos estímulos actúan como llave de ese cofre recóndito e infinito de los recuerdos. Cuando recordamos, parece que el tiempo se detiene, que el incesante reloj y sus manecillas no avanzan, pero no es así, él sigue su paso implacable, pero en este mundo de los recuerdos el tiempo puede ir tan rápido o lento como nosotros lo deseemos.

Para continuar con el tema del tiempo en la narrativa, no podemos dejar a un lado una de las novelas que se ha convertido en un clásico de la literatura mundial: *En busca del tiempo perdido* (1913), del escritor francés Marcel Proust, que está dividida en siete tomos. “Por el camino del Swan” es el primero de ellos y será objeto

de estudio para el presente apartado. Centraré mi atención en uno de los pasajes más célebres de la novela de Proust: el de la taza de té de tila y la magdalena.

Cuando uno lee por primera vez a Proust, fácilmente puede juzgar que la historia no avanza, que el tiempo se ha detenido. Esto se debe a la introspección que experimenta el personaje-narrador de esta novela, Marcel (homónimo del autor). Este personaje se mantiene en constante búsqueda de algo en su pasado (un rasgo que pudimos observar en diversos personajes de *Antes de caer*). El tipo de narrador que eligió Proust, personaje narrador en primera persona, favorece enormemente la reflexión constante. A pesar de que Marcel siempre busca y rebusca en la memoria, queda con un dejo de que el recuerdo es incompleto, que no consigue recordar todo lo que él desea. Esto se debe a la distancia temporal que existen entre el personaje y lo que recuerda: “Porque ya han transcurrido muchos años desde aquella época en Combray” (16). Esta distancia, reitero, evoca memorias no del todo nítidas: “Estas evocaciones voluntarias y confusas nunca duraban más allá de unos segundos” (16). Estas palabras dicen mucho de lo que Marcel Proust propone en su obra: la memoria voluntaria y memoria involuntaria. En este caso se refiere a “evocaciones voluntarias”.

Vítor Manuel de Aguiar E Silvacon llama a la introspección en los recónditos huecos de la memoria “La exploración del laberíntico espacio interior del alma humana” (221). En *Antes de caer*, prácticamente todas las ocasiones que los personajes recuerdan algún pasaje de su pasado es por un acontecimiento doloroso que están experimentando en el presente narrativo. El impulso para la memoria es el sufrimiento. Luisa recuerda sus días de juventud porque sabe que, a pesar del abandono del que fue objeto, en algún momento recibió mucho amor de parte de

Sebastián. Gustavo recuerda que está muriendo y necesita hallar algo que prolongue la vida. Sebastián, por su parte, trata de huir tanto como le es posible de los recuerdos; sin embargo, son las circunstancias de la vida las que lo orillan a confrontarse con los recuerdos. Todavía más, Sebastián, por medio de la memoria, habrá de hallarse a sí mismo.

Marcel, de *En busca del tiempo perdido*, también se halla en una búsqueda, la búsqueda de aquello que fue importante en su vida, por ejemplo, la relación con sus padres:

Mi padre se encogía de hombros y se ponía a mirar el barómetro porque le gustaba la meteorología, y mientras, mi madre, cuidando de no hacer mucho ruido para no distraerle, le miraba con tierno respeto, pero sin excesiva fijeza, como sin intención de penetrar el misterio de su superioridad... Al subir a acostarme, mi único consuelo era que mamá habría de venir a darme un beso cuando estuviera yo en la cama. (21-23)

En el capítulo dos, Gustavo no hace otra cosa sino revivir su mejor etapa: la infancia en compañía de su madre y su hermano. Después de allí su vida será gris, llena de miedo, coraje y remordimientos. Se reclamará haber descuidado a su hermano y le reprochará a su padre su abandono.

Ahora bien, retomando la idea de memoria voluntaria e involuntaria, Proust hace hincapié en que los recuerdos que tenía de Combray, el lugar en donde vivió cuando niño, no era muy nítidos:

Así, por mucho tiempo, cuando al despertarme por la noche me acordaba de Combray, nunca vi más que una especie de sector luminoso destacándose

sobre un fondo de distintas tinieblas, como esos que el resplandor de una bengala o de una proyección eléctrica alumbran y seccionan un edificio cuyas restantes partes siguen sumidas en la oscuridad... (59)

La memoria voluntaria no siempre rescata con fidelidad los recuerdos, Proust señala constantemente a la distancia-tiempo como una condicionante que dificulta las imágenes claras en la memoria: “Hacía ya muchos años que no existía para mí de Combray más que el escenario y el drama del momento de acostarme” (60).

Por otro lado, en el episodio del té de tila y la magdalena, Marcel bebe el té que su madre le había preparado, y en él ha puesto unos trocitos de magdalena. Proust escribe que “en el mismo instante en que aquel trago, con las migas del bollo, tocó mi paladar, me estremecí, fija mi atención en algo extraordinario que ocurría en mi interior. Un placer delicioso me invadió, me aisló, sin noción de lo que le causaba”. (61)

Estas líneas son el mejor ejemplo de memoria involuntaria que podemos hallar en la obra de Proust. El recuerdo llega por un estímulo fortuito: el pan impregnado de té. En los personajes de *Antes de caer*, los recuerdos llegan a través del dolor.

Aquí deseo señalar que Proust menciona un concepto muy importante y que ha sido objeto de estudio en esta poética: el instante. El placer y la revelación que vendrán con ese trago, no llegan de manera gradual, sino de manera desbordada y en ese justo momento. Es el tiempo nimio de un parpadeo y aún así suficiente para abrigar en sí emociones y recuerdos: “Y él me convirtió las vicisitudes de la vida en indiferentes, sus desastres en inofensivos y su brevedad en ilusoria” (61). Todo esto experimenta Marcel y el tiempo no ha avanzado un ápice.

¿Qué es lo que desea recuperar Marcel a través de la memoria? Poco atrás se escribió lo que los personajes de *Antes de caer* buscaron por medio de la evocación de recuerdos: algo que en su vida quedó inconcluso. La obra de Marcel Prosut, según Rene Wellek, no es sólo la evocación del pasado; estas elucubraciones le ofrecen “algo que le devuelve literalmente el pasado, situándolo fuera del tiempo, proporcionándole la entrada en la esencia de las cosas y recuperando así un paraíso perdido” (89). Esto no es sino la esencia misma del personaje, su identidad. Blanca L. Ansoleaga cita a Ricoeur y dice “Acordarse de algo,...es acordarse de sí” Refuerza esa idea Theodor W. Adorno afirma que la novela *En busca del tiempo perdido* es “un único proceso de revisión de la vida contra la vida”. (196)

Gustavo y Marcel, cada cual en su historia, van a los espacios dentro de sí para recuperarse. Saber quiénes son es el fruto de la mirada en retrospectiva. Gustavo no quiere morir, se aferra a la vida tanto como la eternidad de un instante se lo permite.

CONCLUSIONES

Escribir *Antes de caer* me deja grandes satisfacciones. Fue un mundo al que pude entrar y salir; crear y destruir a mi antojo. Busqué una identidad propia para cada uno de los personajes, con todo lo que eso implica: voz, carácter y una cosmovisión propia. Los límites en cuanto a extensión de la historia se acortaban y alargaban tanto como los personajes lo dictaran en su momento. Experimenté varios finales para esta novela. Uno de ellos fue que, al caer al suelo, Gustavo despertaría en su cama y se daría cuenta de que todo había sido un sueño. Creo que esto fue orientado por la costumbre popular de los finales felices. Lo escribí y no me convenció, era muy rosa, muy bonito, pero no cerraba enteramente la historia que planteé. Por lo tanto, decidí que Gustavo tenía que morir, y que esa muerte sería, en cierto sentido, una nueva vida para Sebastián. De esta manera, *Antes de caer* se convirtió en un espejo de lo que deseé proyectar: hombres y mujeres responsables de sus propios destinos.

También, escribir esta poética me orilló a descubrir los laberintos que yo mismo construí y que no conocía. Redescubrí a mis personajes y los diferentes planos temporales y espaciales de esta historia. Pues bien, si en su momento dejé que los personajes se movieran libres y construyeran su propia historia, había elementos que no podían pasarse por alto, es decir, el tiempo y el espacio en donde se desarrollaba el presente narrativo de *Antes de caer* eran inamovibles, pero sí

podía experimentar con los tiempos y espacios que guardaban en sí cada uno de los personajes en un tiempo pasado.

El estudio del tiempo que realicé me proporcionó herramientas que tendré muy presentes en mis próximas creaciones. Leer a Vargas Llosa, Proust y Ricoeur señaló una estela a seguir en lo que al estudio del tiempo narrativo se refiere. A partir de este trabajo puedo ver al tiempo como un espacio en el cual puedo mover la historia y a los personajes con conciencia plena de la intención que busco. Al fin descubro que detener el tiempo es como sujetar el agua entre las manos: tarde o temprano habrá de irse.

Fue una experiencia muy amena releer a los escritores que fueron mi inspiración, porque esta nueva lectura fue más estricta; esta vez no me quedé en la simple anécdota: escudriñé en cada uno de ellos sus técnicas narrativas y uso del lenguaje y, sorprendentemente, hallé mucho más similitudes con mi novela de las que esperaba.

Antes de caer ocupará un lugar especial en los textos narrativos que he escrito. Fue un laboratorio en donde pude experimentar a placer y será el cimiento de textos más complejos que a la postre habré de escribir.

BIBLIOGRAFÍA

- ADORNO, Th. W. *Notas sobre la literatura. Obra completa*. Reimp. Trad. Alfredo Brotons Muñoz. Madrid: Aka, 2009. Impreso.
- AGUIAR E SILVA, Vitor Manuel de. *Teoría de la literatura*. 10a. reimp. Madrid: Gredos, 1999. Impreso.
- ALLENDE, Isabel. *Paula*. México: Vid, 1994. Impreso.
- ANSOLEAGA, Blanca L. "Los recuerdos, los sueños y la muerte en demasiadas vidas de Pedro Ángel Palou". *Territorio de escrituras. Narrativa mexicana del fin del milenio*. México: Universidad Autónoma Metropolitana, 2005. Impreso.
- ARREOLA, Juan José. "Corrido". *Tres días y un cenicero*. México: Punto de Lectura, 2003. Impreso.
- "Un pacto con el diablo". *Tres días y un cenicero*. México: Punto de Lectura, 2003. Impreso.
- BARTHES, Roland. "El placer del texto". *El placer del texto y Lección inaugural*. México: Siglo XXI, 2004. Impreso.
- CARBALLO, Emmanuel. *Protagonistas de la literatura mexicana*. México: Ermitaño, 1986. Impreso.
- CORTÁZAR, Julio. "La noche boca arriba". *Cuentos completos I*. México: Alfaguara, 2004. Impreso.

- DOMÍNGUEZ MICHAEL, Christopher. "La liberación de la narrativa". *La literatura mexicana del siglo XX*. México: CONACULTA, 1995. Impreso.
- ESPINASA, José. Prólogo. *El tiempo escrito*. México: FONCA, 1995. Impreso.
- FUENTES, Carlos. *La región más transparente*. México: FONCA, 1973. Impreso.
- GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel. *Crónica de una muerte anunciada*. 34a. ed. México: Diana, 2005. Impreso.
- GONZÁLES RODRÍGUEZ, Sergio. "La literatura mexicana en los años cuarenta". *La literatura mexicana siglo XX*. Coord. Manuel Fernández Perera. México: FCE. 2008. Impreso.
- GONZÁLEZ BOIXO, J. C. *Claves narrativas de Juan Rulfo*. León: Universidad de León, 1983. Impreso.
- HAWKING, Stephen y Leonard Mlodinow. *Brevísima historia del tiempo*. Trad. David Jou. Barcelona: Crítica, 2005. Impreso.
- HERNÁNDEZ, Jorge F. *Carlos Fuentes: Territorios del tiempo*. México: FCE, 1999. Impreso.
- HUXLEY, Aldous. "Las puertas de la percepción". En *Las puertas de la percepción y otros ensayos*. México: Tomo, 2010. Impreso.
- "El tiempo y la máquina". En *Las puertas de la percepción y otros ensayos*. México: Tomo, 2010. Impreso.
- LÓPEZ CALVA, Gabriel. "Un recorrido por la obra de José Emilio Pacheco a través de imágenes urbanas". En *Antología de Letras y dramaturgia*. México: FONCA, 1997. Impreso.
- MARTÍNEZ, José Luis. "Dos maestros de la prosa narrativa". En *La literatura mexicana del siglo XX*. México: CONACULTA, 1995. Impreso.

- MCKEE, Robert. "Deconstrucción del personaje. Estructura y personaje". En *Estudio Cinematográfico*, núm. 28, sep.-nov. 2005. Impreso.
- PACHECO, José Emilio. *Las batallas en el desierto*. México: Era, 2011. Impreso.
- PIMENTEL, Luz Aurora. *El relato en perspectiva. Estudio de la narrativa*. 2a. ed. México: Siglo XXI, 2002. Impreso.
- PROUST, Marcel. *En busca del tiempo perdido*. México: PROMEXA, 1979. Impreso.
- QUIÑÓNEZ, Isabel. "Los sesenta". En *La literatura mexicana siglo XX*. Coord. Manuel Fernández Perera. México: FCE. 2008. Impreso.
- RAMÍREZ, Armando. *Chin Chin el teporocho*. México: Grijalvo, 1999. Impreso.
- RICOEUR, Paul. *Tiempo y narración*. Tomo 1. 3a. ed. México: Siglo XXI. 2000. Impreso.
- Tiempo y narración*. Tomo 2. 3a. ed. México: Siglo XXI. 2000. Impreso.
- ROSADO, Juan Antonio y Adolfo Castañón. "Los cincuenta: sus obras y ambientes literarios". *La literatura mexicana siglo XX*. Coord. Manuel Fernández Perera. México: FCE. 2008. Impreso.
- RULFO, Juan. *Pedro Páramo*. Jalisco: RM, 2006. Impreso.
- SARAMAGO, José. "La silla". *Casi un objeto*. México: Alfaguara, 2010. Impreso.
- SERRA, Edelweis. "La noche boca arriba". En *El tiempo en el cuento hispanoamericano*. Comp. Samuel Gordon. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1989. Impreso.
- TABUCCHI, Antonio. *Sostiene Pereira*. Barcelona: Anagrama, 1999. Impreso.
- VARGAS LLOSA, Mario. *Cartas a un joven novelista*. Barcelona: Planeta, 1997. Impreso
- VICENS, Josefina. *El libro vacío*. México: Lecturas Mexicanas, 1986. Impreso

WELLEK, Rene. *Historia de la crítica moderna (1750-1950) Crítica francesa, italiana y española (1900-1950)*. Madrid: Gredos, 1996. Impreso.

YÁNEZ, Agustín. *Al filo del agua*. 10a. ed. México: Porrúa, 1982. Impreso.